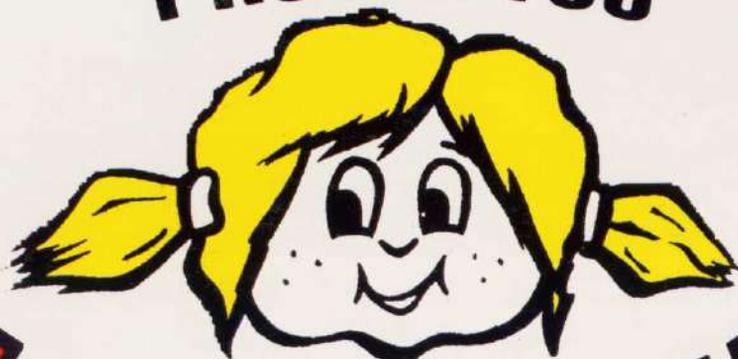


ALBERTA
97



Más de 25 Años a su Servicio

PRODUCTOS



LA MUÑECA
La calidad que da seguridad

- Elaborados de forma artesanal
- Hechos a gusto de todos porque no llevan sal
- Sin aditivos ni conservantes naturales 100%

FABRICACIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE PATATAS FRITAS Y APERITIVOS

Polígono Industrial CAMPO ALTO Calle Francia, N.º 5
Tfno. 538 36 20 Fax 538 34 47
Apdo. Correos 590

ELDA



«Iban caminando
y se han encontrado,
a unos pastorcillos...
y le han preguntado
si para Belén...
queda mucho
por andar»

■ Villancico popular anónimo ■

ALBORADA

Edita:

Ayuntamiento de Elda

Dirección:Manuel Serrano González
Concejal de Cultura, Sanidad y Medio Ambiente**Coordinación técnica:**Pedro J. Navarro Requena
EMIDESA**Consejo de Cultura y Redacción:**Joaquín Laguna Blasco, José Luis Bazán López, José Casao Lucas, Francisco Martínez Navarro, Pedro Civera Coloma, Francisco Sánchez Martínez, José Mateos Gras, Francisco Payá Busquiel, Juan Marhuenda Soler, Charo Moreno Martínez, Miguel Barcala Vizcaino, Octavio J. Peidró Padilla, M^a Salud Corbí Sánchez, Javier Ortiz Parra, Dolores Delgado Fernández, Ana M^a Esteve López y Antonio Mira Sempere.**Textos (por orden de aparición):**Manuel Serrano González, José Luis Bazán López, Alberto Navarro Pastor, M^a salud Sánchez López, Consuelo Poveda Poveda, Pedro Gras Chinchilla, Juan A. Alchapar Cayuela, Pedro Maestre, Sacra Leal, José Mira Torregrosa, Evangelina Lorenzo, Lydia Sanchis Pérez, Eduardo Sanchis Pérez, Juan Luna, Encarna Rico, Manuel Quiroga Clérigo, Ana Verdú, Rafael Carcelén García, Francisco Ortega, Norberto Navarro, Francisco Herrero, Octavio J. Peidró, M^a Jesús Sánchez, Heinrich Sánchez, Ana M^a Esteve López, Fernando Matallana Hervás, Enrique Selva Poveda, Octavio López, M^a Concepción Sirvent Bernabeu, Miriam Cano Nieto, Juan José Sánchez Gras, Ramón Candelas Orgilés, Juan Rodríguez Campillo, José Esteve, Adriano Gómez Ruiz, Rafael Juan Ortega, Luis G. Torregrosa López, Vicente Alarcón Juan, Vicente Beltrá, Santiago Sierras y Carmen Guarinos Maestre.**Fotografía de portada:**

Francisco Albert

Fotografías en interior:

Manuel Serrano González, Francisco Albert, Rafa, Juan José Pagán, Juan Cruces, Carlson, Pedro Gras, Ramón Candelas Orgilés, Adriano Gómez, Archivo de EMIDESA.

Ilustraciones:

Teresa Gil y Valero

Ilustraciones portadillas capítulos:

J. García y S. Aguado

Distribución:EMIDESA (Empresa Municipal de Información de Elda, S.A.). Jardín de la Música, s/n.
03600 ELDA. Telf. 5392577. Fax 5394433. CIF. A-03272598**Diseño, maquetación y fotomecánica:**

Estudio DAC, s.l. Petrer

Impresión:

Quinta Impresión, S.L. Alicante

Tirada:

1.500 ejemplares

Depósito legal:

A-1197-1996

42

STAFF

ARTE
 pag. 9

COSTUMBRISMO
 pag. 37

EFEMERIDES
 pag. 55

Vida y obra de Rafa (Rafael García Richart) 10
 Vida y obra de Miguel Angel Esteve, pintor 23

Los inolvidables días de Pascua de los años cuarenta. 39
 Paco Mollá y Carolina González, dos almas unidas por la poesía. 41
 Ecos de sociedad en el semanario Idella. 43
 El jardín de allá. 46
 La Justicia en Elda. 47

POESIA 49

55 años de ajedrez en Elda. Historia del club Ruy López. 56
 Antonio Gades, Mabre de Oro 1997. 59
 El homenaje a Evelio Esteve. 61
 Homenaje a Vicente Valero y Joaquín Romero. 63
 Premios Madrassa. 65
 Centenario de la Generación del 98. 66

LIBROS 69
 La prensa eldense puesta en solfa. 69

Lo pagano en el origen de nuestras creencias.	72
La duda metódica. Hoy.	81

POESIA	86
--------------	----

AL-AZRAQ, nuestro Visir desconocido.	93
Una ermita rural en Elda.	96
Un alcalde edense en su lugar correspondiente.	99
La plaza de Sagasta.	102
Los otros iberos: avance al estudio del alto curso del río Ciguela. ...	105

Con el alma fuera de la boca.	112
¿Ha dicho «ternera»?	115
Oro rojo.	117
La equivocación.	123
Los orígenes.	126
Efectos de la sequía.	128
¿Qué hacen los vivos mientras tanto?	131
Los árboles humanoides.	134
Nuestro corto camino.	138

ENSAYO

pag. 71

HISTORIA E INVESTIGACIÓN

pag. 91

NARRATIVA Y CUENTOS

SUMARIO

Euando se aproximan los días fríos de diciembre en cada año, el calendario se llena de escarcha, y mientras las plantas se duermen en el suelo, sólo los madroños, los arrayanes, el romero o el muérdago nos ofrecen sus preciados frutos de colores variopintos, desafiando al viento y nos anuncian en esta eclosión de júbilo y alegría en cada navidad, que pronto en Belén, una mujer llamada

maría dará a luz un hijo, que cambiará con nueva filosofía de vida el destino de un mundo llamado occidente. Así cada año y en cada Navidad y este 1997 una vez más amanece nuestra Alborada nº 42, que nace paralelamente con la Navidad, que queremos que en este libro impregnado de poesía, de narrativa, de arte, costumbrismo, ecología, ensayo, historia, música, efemérides, narrativa, cuentos y sociedad, sea un mensajero enviado o adelantado, de esta nueva Navidad que ya se muestra por su estrella-lucero, como un alardo de las próximas fiestas, que en esta envuelta hemos querido mostrar todo lo que el mundo de la cultura local o foránea quiere y puede ofrecer a la ciudad en estas fechas casi como un regalo de Reyes. Sabemos que faltan algunas firmas, pero tenemos que decir que todo el mundo de la pluma fue en su día convocado e invitado a la participación en este número como era obvio y obligado. A todos los colaboradores, literarios, pictóricos, fotográficos o cualquier tipo de colaboración iconográfica, quiero mostrar mi agradecimiento, así como a los colaboradores de la Concejalía y Emidesa, especialmente a Pedro Navarro por su dedicación y técnica, apostando por este nuevo desafío en este nuevo número de Alborada 1997.

A todos ellos y a ustedes, lectores, sólo me resta desearles felices fiestas de Navidad y venturosos años del Señor de 1998, donde todas las expectativas e ilusiones se vean colmadamente cumplidas. Aunque sólo sea dentro de las limitaciones propias, que la vida y el destino nos imponen.

por

MANUEL SERRANO GONZÁLEZ

*Concejal de Cultura,
Sanidad y Medio Ambiente
Director de este número*



Detalle del Jardín de la Música.
Foto: Francisco Albert.

El desarrollo de los más sofisticados medios de información y comunicación no han conseguido arrinconar la página escrita y cuidada. Al contrario, hoy se acercan a la lectura de libros, revistas y periódicos más y más gente. Alguien dará oportunas explicaciones. Hay maestros para contentar todos los variados comportamientos sociales.

Este acercamiento al papel me sugiere la necesidad de contactar con las expresiones en toda su pureza. Negro sobre blanco es un compromiso de quién escribe con quien lee. Tocar el papel es una necesidad del lector que apoya su conocimiento. Quizás no. Quizás todo sea moda. Ya veremos.

Alborada es papel sobre el que se vuelca la creación, un poco al viejo estilo. Nos vamos de los cánones hipermodernos al uso, sin renunciar pero sin buscarlos, y encontramos una revista que nos habla.

En Navidad nos invadirá la publicidad y todos pecaremos/picaremos. Dejaos tentar por Alborada, acercaos a sus imágenes y palabras. Y leer, y mirar, y tocar, y oler la tinta.

No es ésta la página para llamar la atención sobre la política local. Me guardo los méritos que no me corresponden a mi solo y calló los desperfectos propios y ajenos. Prefiero que de estas cosas se ocupa el ciudadano por sí solo. El sentido común es más sabio que todo lo que yo pueda decir o callar.

Alborada de Elda: «tiempo de amanecer» de una ciudad, de un pueblo. Esto dice bastante. A ver si somos capaces de hacerlo realidad. Ese es nuestro compromiso, mi compromiso, para esta navidad. ¡Y no me parece poco!

Un saludo.



por

JUAN PASCUAL AZORÍN

Calendario 1998

Como cada año, diciembre deja caer su hoja del calendario y tras un horizonte de ocaso y un atardecer de sombras, amanece un nuevo despertar de luz y de esperanzas.

Este nuevo horizonte de esperanza es el de 1998.

Con el número 42 de la revista Alborada, este año hemos querido introducir y regalar un calendario para el Año Nuevo, en el cual hemos pretendido enviar los dos mensajes que la Concejalía de Cultura y de Medio Ambiente del Excmo. Ayuntamiento de Elda quiere transmitir: de un lado, ayudar a preservar la cultura y la tradición local, en este caso concreto divulgando parte de nuestro patrimonio vegetal natural común, así como el uso que bien en infusiones, tisanas o cocimientos, se hace de la folkmedicina popular en nuestra comarca. De otro, la divulgación de especies botánicas de nuestro medio ambiente próximo para que aprendamos mejor a conocerlas, para amarlas, preservarlas, y respetarlas, como si de tesoros naturales de nuestro entorno se tratara.

En el calendario de las seis plantas y portada: La Corregüela, Romero, Espino Blanco, Rabo de Gato, Marrubio, Salvia y Tomillo, hemos realizado unas secciones de las mencionadas plantas, así como sus usos y composiciones, al tiempo que aportamos datos para su preparación y elaboración. En otro casillero introducimos las fechas festivas más significativas, así como las actividades culturales o ecológicas que realizaremos a lo largo del año.

Queremos también que este calendario sirva para deseárselos todo tipo de bondades en 1998, salud y felicidad.

Manuel Serrano González
Concejal de Cultura, Sanidad y Medio Ambiente



1998
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ELDA
CONCEJALÍAS DE CULTURA Y MEDIO AMBIENTE



Feliz 1998

LA CORREGÜELA

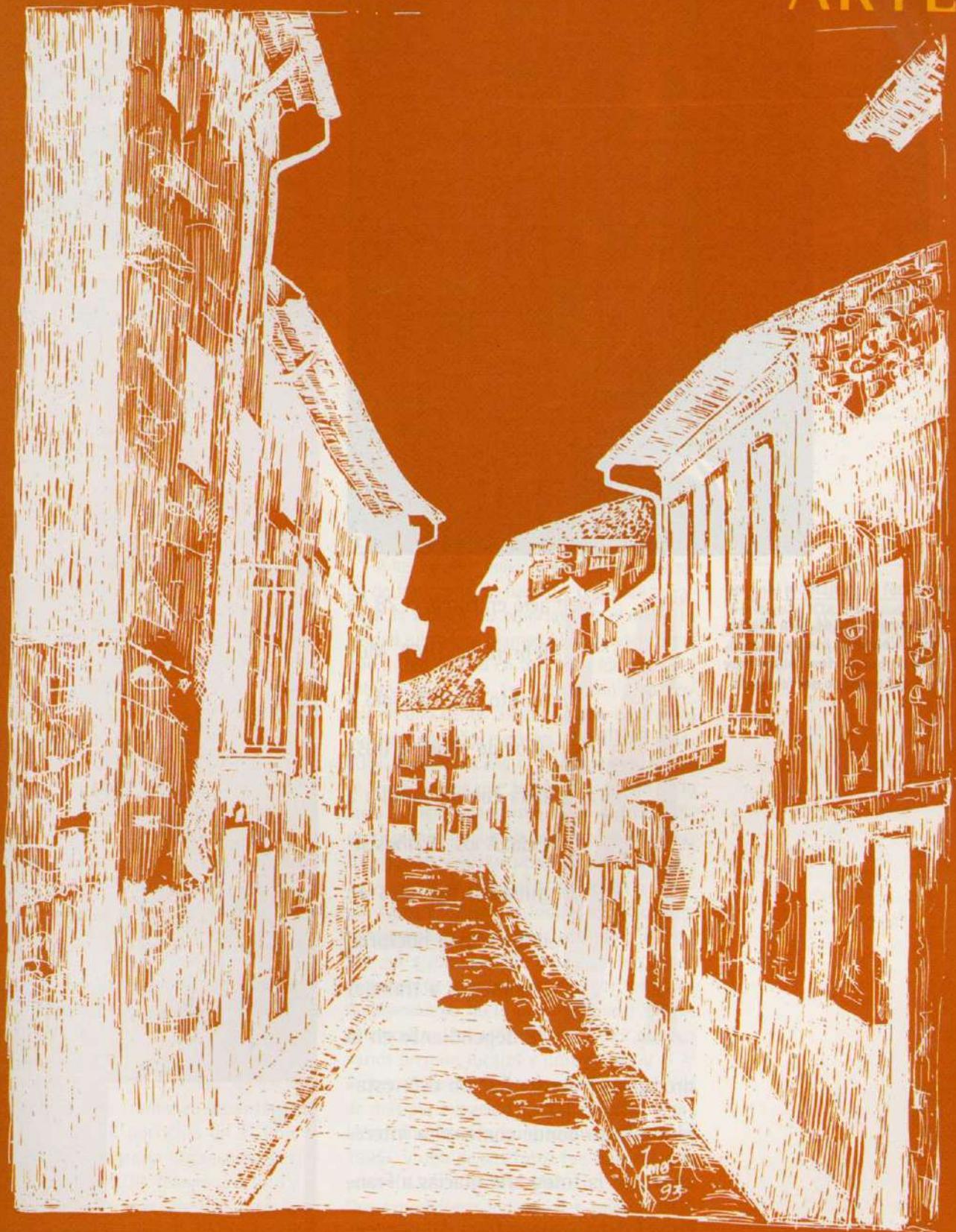
Es una planta silvestre usada como laxante en el Valle del Vinalopó.

Nombre en Latín: CONVULVUS ALTHAROIDES

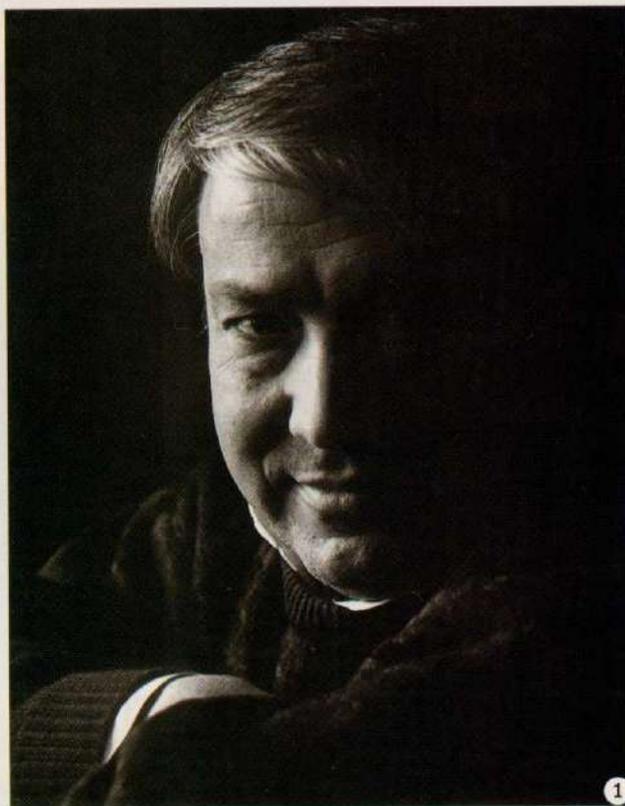
Familia botánica: CONVULVACEAS

ESTE CALENDARIO NO ESTÁ A LA VENTA, SE DEBE REVALAR POR LA REVISTA ALBORADA.

ARTE



ALBORADA



① Autorretrato de Rafa (Rafael García Richarte) a blanco y negro. Es un buen primer plano muy contrastado del fotógrafo.

Nació en Lorca, el 28 de febrero de 1943. Muy pronto, con tan sólo 8 años de edad se trasladada con su familia a Elda. A los 15 años siguió sus estudios en una escuela nocturna y comenzó a trabajar de dependiente en la droguería Eldense. Fue en este establecimiento donde comenzó a interesarse por la fotografía gracias a Francisco Esteban, propietario del negocio, que le enseñaba sus obras.

Vida y obra de Rafa

(Rafael García
Richart)

por

MANUEL SERRANO GONZÁLEZ



Antonio Penalva, que antaño era fotógrafo reportero, les compraba los productos químicos para el revelado. Muy pronto el propio Penalva le propuso a Rafa si quería ser su aprendiz, a lo que éste aceptó muy gustosamente iniciándose así en el complicado mundo de este arte. Estuvo con él dos años, pero Rafa quería aprender más y se puso en contacto con Antonio Sirvent, fotógrafo de mucha experiencia y gran técnico en la materia con el que, según nuestro protagonista, aprendió mucho y fue como un padre para él.

A los 18 años se trasladó a Francia, país en el que nació la fotografía. Allí comenzó a practicar en la técnica del revelado de blanco y negro. En el laboratorio que trabajaba se luchaba en competencia por la calidad, así que las fotos tenían que ser verdaderas obras de arte. Esto fue lo que le hizo aprender todas las técnicas de la fotografía, pasando a ser el encargado de uno de los mejores laboratorios franceses durante siete años. Estando allí participó en el Primer Concurso de Fotografía organizado por la revista científica ALGO. Mandó una foto y le concedieron el primer premio. Esto, que ocurría cuando él tenía 20 años, le animó mucho ya que era el primer concurso al que se presentaba.

A los 26 años volvió a Elda bien empapado de fotografía. Se instaló y comenzó a trabajar la técnica del reportaje, en el diario La Verdad junto con Manuel Mira Candel con el que formó equipo en la delegación local del rotativo alicantino. En 1968 volvió a participar en uno de los concursos más codiciados por los fotógrafos españoles, el «PREMIO NEG-TOR». Cuando recibió el telegrama en el que se le anunciaba que había ganado, no se lo creía. El premio consistía en un viaje de 8 días a Colonia, a «Fotokina», con todos los gastos pagados y 40.000 pesetas en metálico.

A partir de entonces comenzó a mandar fotos a concursos locales y nacionales, consiguiendo en muchas ocasiones el primer o segundo premio. Estuvo así hasta que se ocupó de otros negocios y, por tanto, su dedicación ya no le permitía hacer tantas fotografías. A partir del año 1972 obtuvo varios premios locales y provinciales y el 4º Premio Whiski «Passport», que es uno de los de más participación a nivel nacional. También obtuvo el primer premio «Sonimag 1995», y una de sus fotos fue seleccionada para el Museo de Arte Moderno de Madrid. Dos exposiciones individuales, una en 1969 en Elda en la Caja de Ahorros Provincial y otra en 1991, en la Casa de Cultura también de Elda, completan esta breve biografía.

1
Foto muy característica del movimiento conocido como Realidad sucumbida. Realizada en las calles del Elda.

2
Imagen de una calle de Elda en 1969, cuando se estaba construyendo el edificio FICIA.

2
Original montaje de la fachada de la antigua FICIA, formando un chaflán o abanico con los tres edificios. En 1969.

3
Imagen de una calle de Elda en 1969, cuando se estaba construyendo el edificio FICIA.



3

③

Foto de una escuadra de negros de las fiestas de Moros y Cristianos de Elda.

④

El puerto de Alicante. Imagen donde la luz y las sombras conjugan una poesía realizada en sepia con las nubes, el mar, los barcos veleros y las grúas del puerto alicantino.



4



5

5

Foto muy contrastada con movimiento titulada *Juventud nocturna*. Realizada en las Casas del Señor.



6

6

Bella marina donde Rafa consigue contrastes muy acertados en las luces y en los toques coloreados en sepia.

6

Una imagen de la vida cotidiana en Benidorm, tomada desde el Paseo Marítimo, muestra la actividad de la ciudad y la presencia de los edificios de la zona.

7

Una imagen de la vida cotidiana en Benidorm, tomada desde el Paseo Marítimo, muestra la actividad de la ciudad y la presencia de los edificios de la zona.

7

Imagen del paseo marítimo y playa de Benidorm entre bruma y poca luz, consigue captar la magia con que el Sol despierta a la mañana, en días de neblina.

8

Una imagen de la vida cotidiana en Benidorm, tomada desde el Paseo Marítimo, muestra la actividad de la ciudad y la presencia de los edificios de la zona.





8 Foto manipulada del paisaje urbano de la avenida José Antonio de Madrid en 1997.

15
 Trabajo de una exposición de la
 Escuela Libre de Arte con una
 intención a la obra y su
 perfectamente conseguida.

9
Foto del lago de Anna (Valencia) en otoño. El fotógrafo transforma con su imaginación y técnica la imagen real y casi la lleva a que se vea virtual mediante su percepción exquisita de la realidad, jugando con la luz y el reflejo de agua del lago y las barcas.



9



10

10

Imagen de una procesión de la Semana Santa de Lorca con unos contrastes a blanco y negro perfectamente conseguidos.

11
Foto realizada en sepia y
coloreada de las estatuas del
Trocadero en París.





12

12 Paisaje urbano de una calle de Jerusalén realizada en 1992.



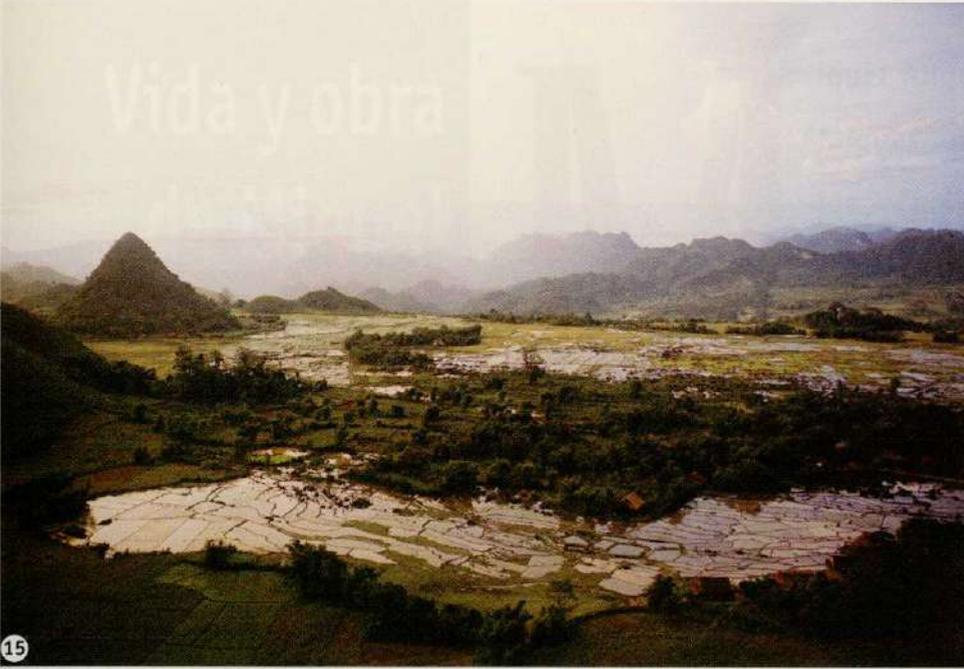
13

13
 Una visión de Rafa del Gran Canal de Venecia en 1995. Con esta foto consiguió el premio anual de «Sonimag». Es casi más que una bella foto, una buena obra pictórica.



14

14
 Cultivos de arroz del Vietnam. Realizada en 1997.



15

15

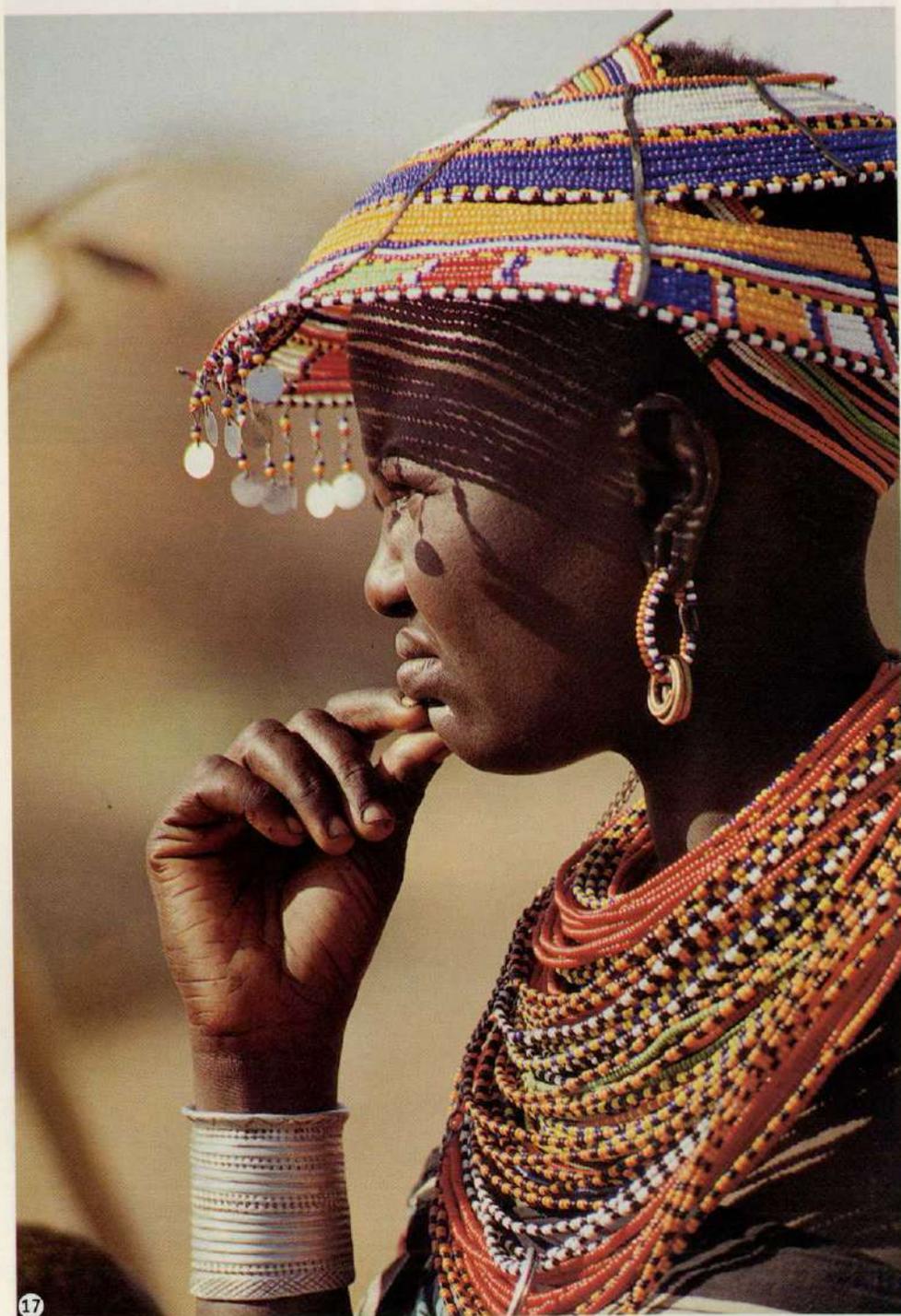
Se corresponde la imagen a un paisaje de Tailandia con un gran panorama donde la profundidad de campo nos lleva desde la inmediatez hasta el infinito de este paisaje subtropical.



16

16

Paisaje de Tailandia.



17
 Mujer negra del Zaire. Foto realizada en 1995 en el safari fotográfico que hizo Rafa durante su visita a la zona.

Vida y obra de Miguel Angel Esteve, pintor

Miguel Ángel o Miguel para los amigos nace en Elda. Recibió las primeras clases de pintura y dibujo de los pintores G. P. Leirbag y

de A. Arribas. Obtuvo la licenciatura de Bellas Artes en la Facultad de San Carlos de Valencia. Complementó sus estudio de grabado en la «Scuola Internazionale de Grafica» de Venecia, donde realizó el curso de técnicas experimentales.

Fundó y dirigió la Escuela Municipal de Artes de Sax. Asiste en Albarracín al I Curso Superior de Pintura.

Dirigió la Sala Sorolla de Elda.

Ha sido director gráfico del libro «Historia del Calzado» prologado por Cela.

Ha ilustrado el libro de poemas «Fuego y agua» de M. Serrano. Ha dado numerosas charlas y conferencias sobre arte.

La colección sobre «Grabado contemporáneo español» editada por la Biblioteca Nacional, ha incluido tres grabados de Miguel.

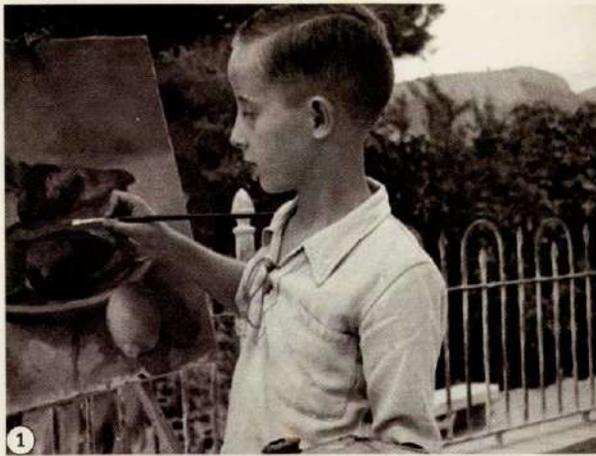
Ha obtenido también diversos galardones en el campo de la imagen:

- El primer premio de investigación con el tema «Azorín», de la Generalitat Valenciana.
- El segundo premio de turismo «Murcia, costa cálida», de la Comunidad Murciana.
- Fue premiado por la Fundación FICIA en el concurso anual de periodismo.

ARTE

por

MANUEL SERRANO GONZÁLEZ



1 Miguel Angel pintando a los 8 años, su vocación le viene desde niño.



2 Foto reciente del pintor ante los «Naipes Zapateros» que expuso en Villajoyosa.

2 Premios logrados en la plástica

- Segundo premio de carteles «Año Internacional de la Juventud» (Elda).
- Primer premio de carteles del Concurso de Carnaval (Petrer).
- Primer premio del II Certamen Pintor Sorolla (Elda), para artistas eldenses.
- Segundo premio I Concurso de Grabados «Bendarhim» (Benidorm).
- Primer premio del II Concurso de Pintura al aire libre de 1997 en el Jardín de la Música (Elda).
- Primer premio del II Concurso de pintura rápida Ciudad de Alicante.

La obra de Miguel Ángel

La crítica especializada ha recogido en sus notas el contenido de la obra de Miguel, el semanario «Le mois à Nice» define así la obra del pintor: «Esteve es un artista de espacios abiertos a la imaginación, en sus obras la profundidad llega al alma, en los que los sueños se mezclan con la realidad. En sus cuadros la naturaleza es una creación dinámica que nos proporciona emociones de un mundo donde el cielo y la tierra nos fascinan».

El crítico de arte califica a Miguel como: «Artista sensible, emotivo, mediterráneo y humanista que interpreta el paisaje obteniendo armonías serenas de los colores de su país natal».

Por su parte el excelente poeta Antonio Porpetta dice de la pintura de Miguel: «es viva, humanizada, intemporal, que se apoya en un fulgurante contorno geográfico para transmitirnos, sosegadamente, nada más y nada menos que esas formas de ser y de estar, de pensar y de sentir, que nuestro mundo mediterráneo ha ido adquiriendo con el lento y lejano paso de los siglos».

Exposiciones

- Galerías de la CAPA de Elda y Benidorm.
- Sala Sorolla de Elda.
- Galería «Roch Minué» de Palma de Mallorca.
- «La Galerie» de Moraira.
- Caja de Crédito de Petrer.
- Sala de «La Caixa» de Mahón.
- Sala de la CAM de Lorca.
- Casa de Cultura de Elda.
- Casino Costa Blanca de Villajoyosa.
- Galerie «Art et Culture» de Niza (Francia).

En la actualidad prepara y trabaja el montaje de dos próximas exposiciones.



③

③

Bodegón lleno de luminosidad y fresca con técnica de acuarela precisa.

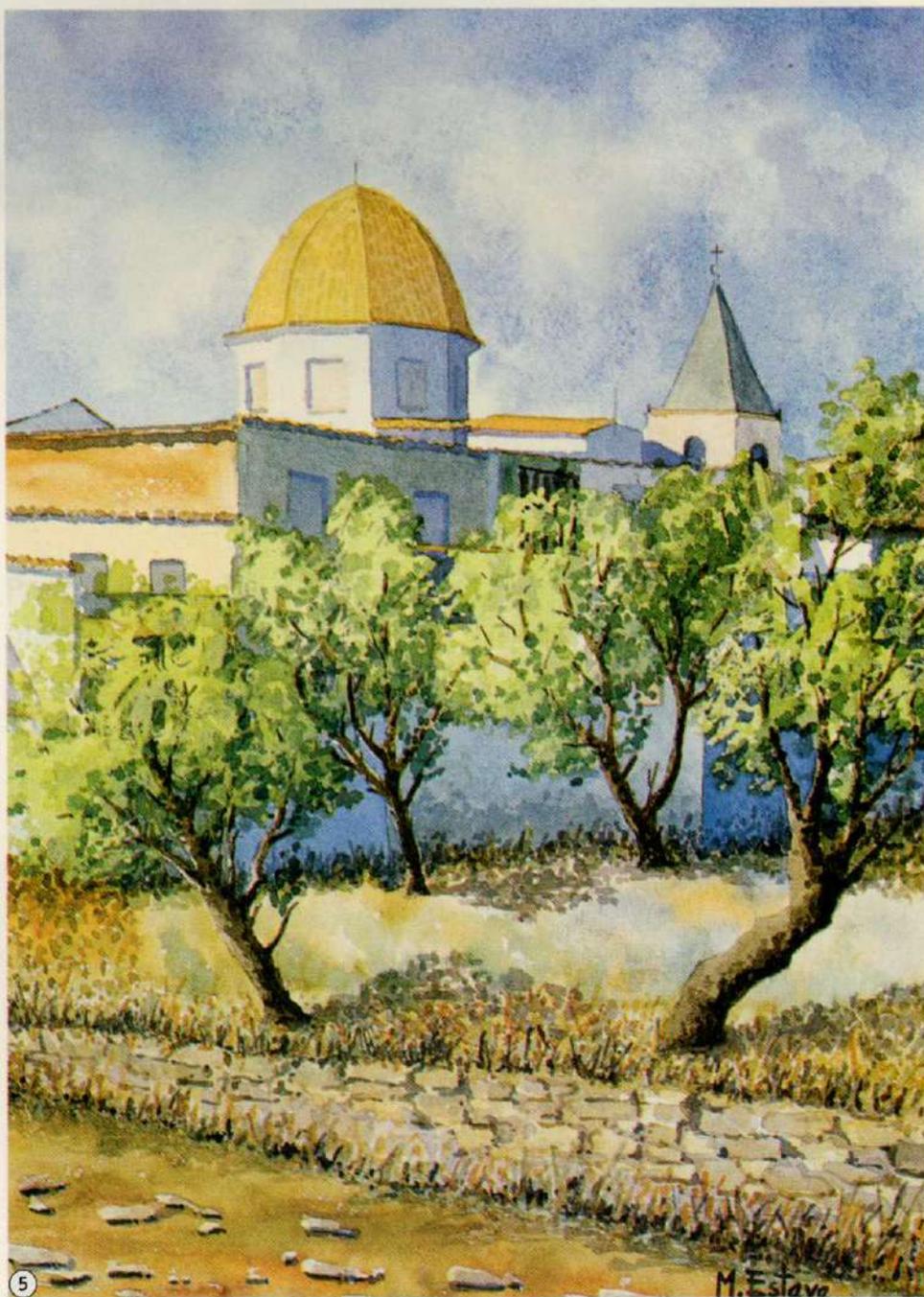


④

④

Bella acuarela del paseo marino de Villajoyosa. El mar es un motivo de inspiración casi permanente en este pintor.

5
Acuarela con iglesia y almendros.
Bussot.





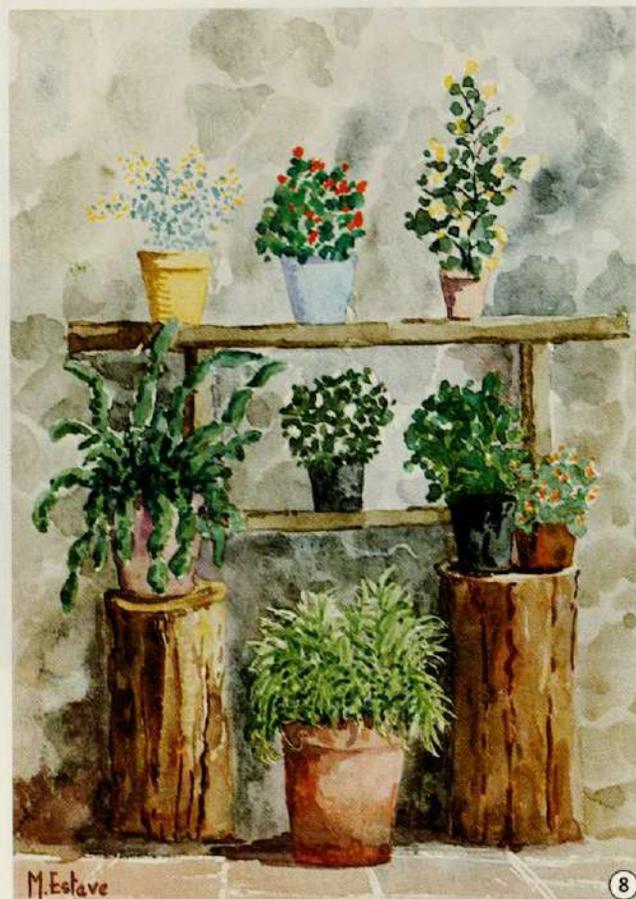
6

Acuarela del barrio antiguo de Villajoyosa con sus típicas casas pintadas en colores fuertes y luminosos.



7

Acuarela conteniendo una calle de Castalla.



8

Acuarela con los motivos florales de un patio interior.



9

9

Bello grabado de Miguel que forma parte de las ilustraciones del libro «Fuego y Agua».



10

10

Foto de Miguel con su amigo el pintor alicantino Gastón Castelló que sentara escuela principalmente por sus mosaicos y murales.



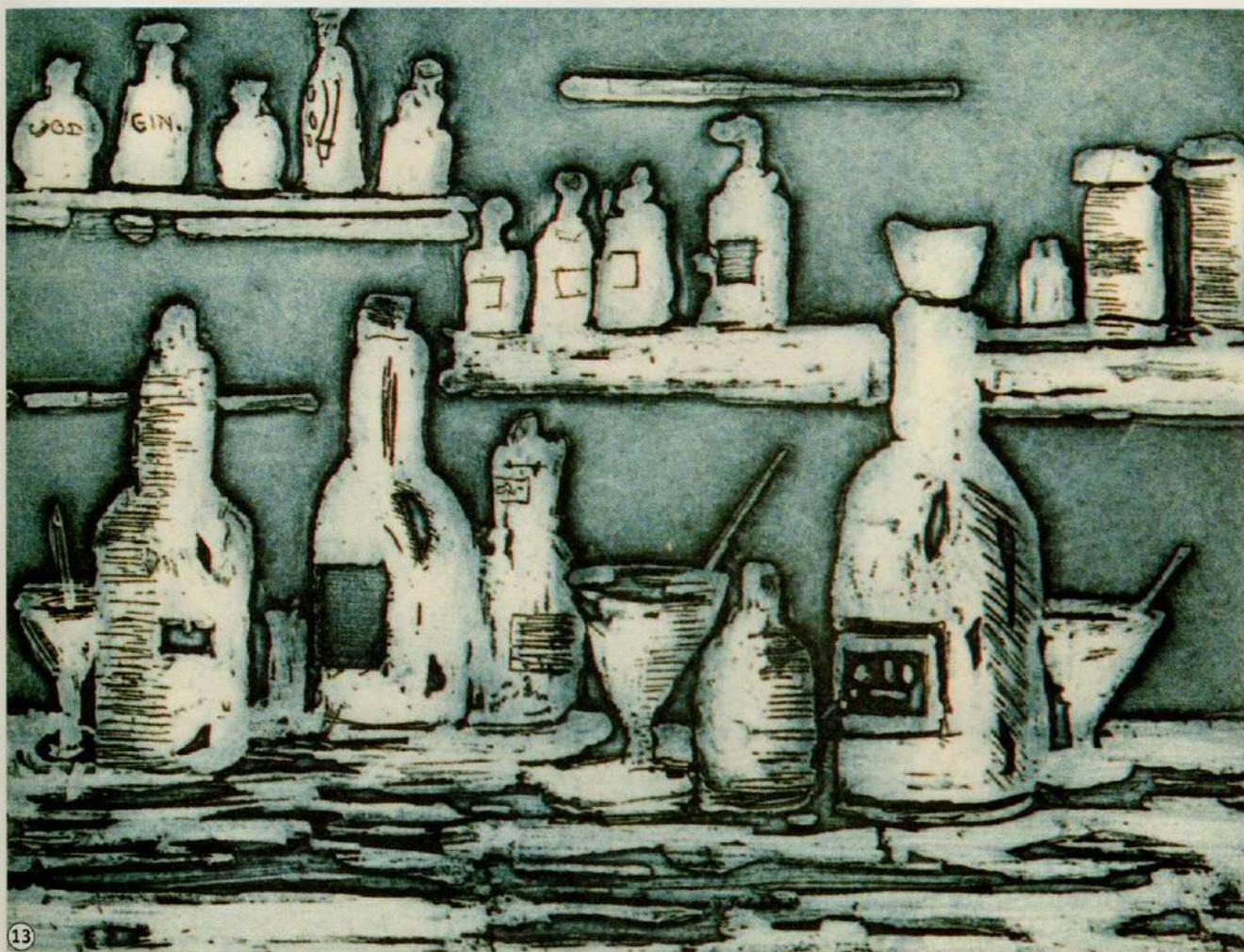
11

11
Grabado de paisaje rural
realizado con la técnica del agua
fuerte y resina.



12

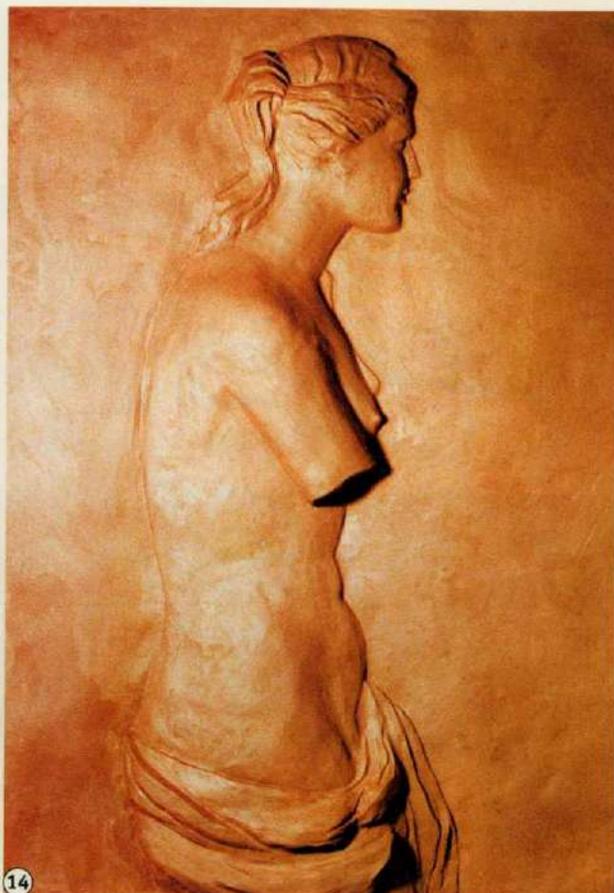
12
Foto de Miguel con el premio
Nobel de Literatura, Camilo José
Cela y el entonces alcalde de Elda
en la presentación del libro
titulado «Historia del calzado»,
que dirigió técnica y
estéticamente.



13

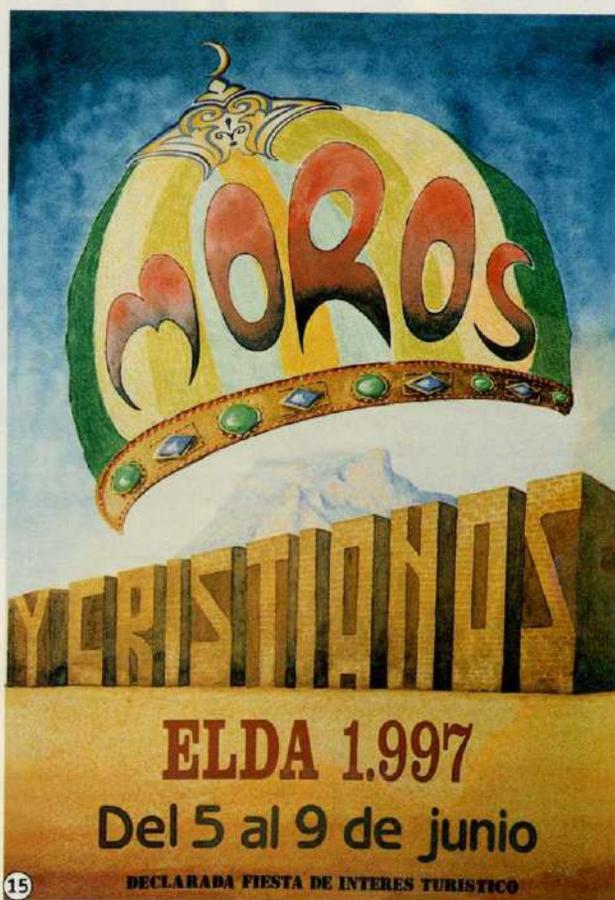
13

Grabado realizado por el pintor
con la técnica de agua fuerte.



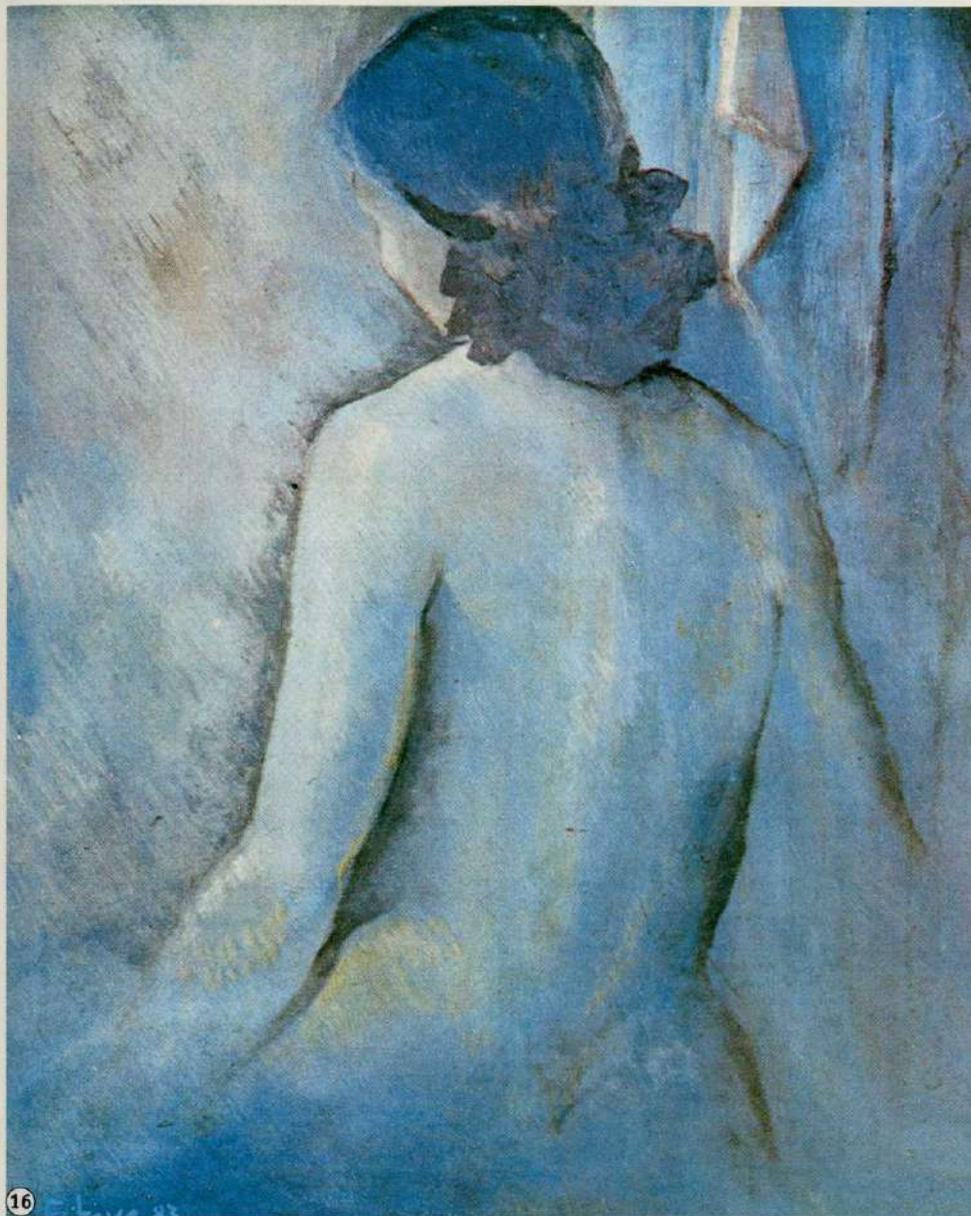
14

14
Bella escultura femenina
modelada en barro por Miguel en
su época en Valencia.



15

DECLARADA FIESTA DE INTERÉS TURÍSTICO



16

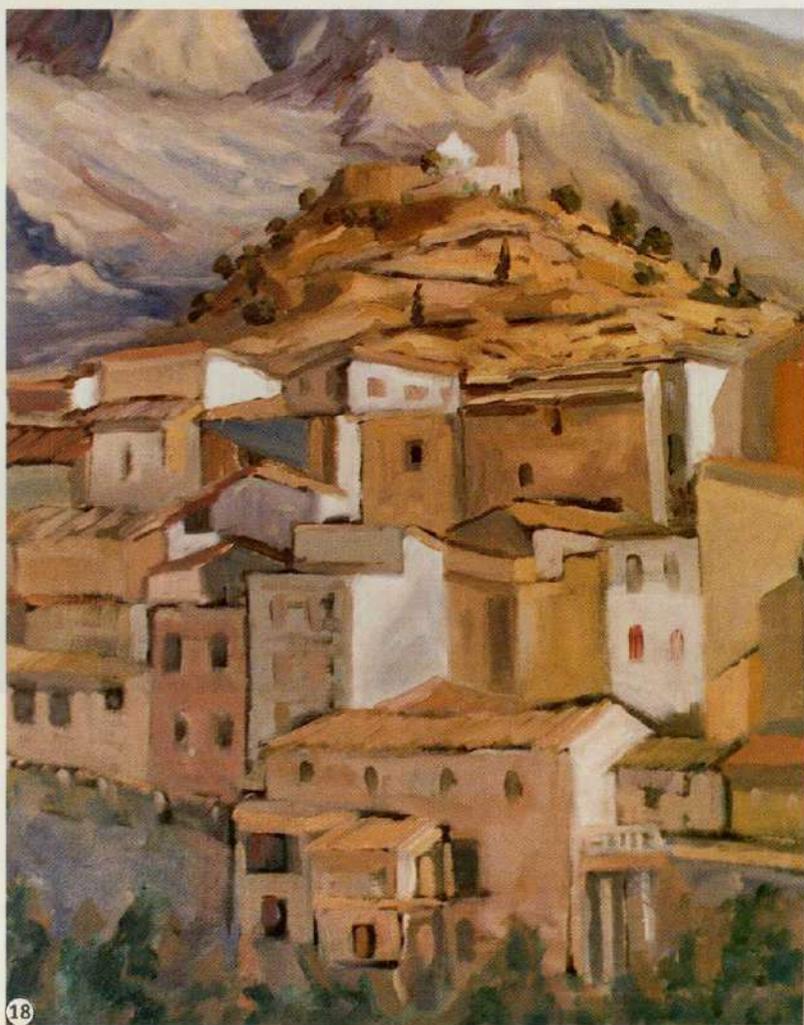
Oleo del pintor, titulado:
«Señoritas en azules». En esta
obra como en otras de esta fase,
el artista demuestra su dominio
en temas monocromos.



17

17

Paisaje al óleo del pintor con el tema de una gran perspectiva de una bahía y el mar al fondo.



18

18

Bella panorámica urbana del pintoresco pueblo alicantino de Sella.



19

Serigrafía en verde, rojo, blanco y negro titulada «máscara veneciana».

20

Xilografía de Miguel Angel a blanco y negro de una hamaca en la playa y costa mediterráneas.

20



21

Xilografía del pintor cuyo motivo es un marinero recostado en una roca soñando con el mar y su barca.

21



COSTUMBRISMO

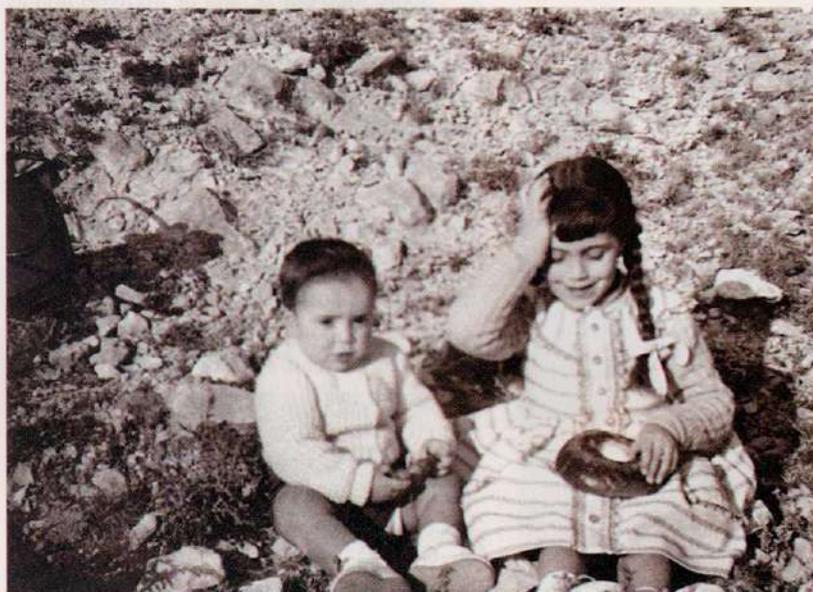


ALBORADA



El Instituto Azorín en el año 1967, semanas antes de su inauguración oficial por los alcaldes de Elda y Petrer, Antonio Porta y Pedro Herrero, respectivamente.

Los inolvidables días de Pascua de los años cuarenta



A Lola Juan por su ayuda y que continúe sin que se le escurra de entre sus manos la arena del tiempo.

A partir de 1939, una vez finalizada la guerra civil española, se inició en nuestro país una etapa de industrialización cuyo objetivo principal era conseguir un exponente alto de autarquía económica. De lo que ver-

daderamente se trataba era de desarrollar los recursos necesarios para alcanzar una autosuficiencia económica frente a otros países. Este sistema económico derivó en el fortalecimiento de las industrias de guerra y las de sus materias primas.

Elda también sufrió el retroceso industrial padecido por toda España.

por

JOSÉ LUIS BAZÁN LÓPEZ



Sobre todo por la falta de materias primas necesarias para la industria del calzado. Aunque es verdad que aparecieron un número elevado de pequeñas empresas con unos altos porcentajes de trabajo clandestino, principalmente aquellos que siempre hemos conocido como «tallericos».

La vuelta al trabajo de ciertas empresas no se demoró un tiempo prolongado, este proceso hubiera sido más rápido si las restricciones energéticas no hubieran descontrolado la puesta en marcha. Aún así el ritmo cotidiano eldense se inició a principios de la década de los cuarenta con sucesos como la llegada de los Santos Patronos, la reorganización de la Comisión Gestora municipal, la inauguración del nuevo Campo de Deportes, varias obras en determinadas calles, ...

Nuestra ciudad como núcleo industrial siempre ha tenido una inclinación innata a las fiestas y al divertimento. Nos imaginamos por unos momentos la vida de los eldenses dedicados al trabajo excesivo y agotador, con pocos descansos domingueros y deseosos de la llegada de cualquier fiesta tradicional. Recordemos un párrafo de Eloy Catalán en una revista de los años treinta. «Así, podemos contestar a cuantos quieren torcidamente hallar un vicio en estas costumbres nuestras: Elda se divierte porque trabaja y trabaja porque se divierte. Y en esta cadena sin fin de efectos y causas, está la razón de la vida y la laboriosidad de este nuestro pueblo tan discutido y tan envidiado».

Una de las fiestas más emblemáticas de Elda, en la época de los cuarenta, era la que se celebraba con motivo de la festividad de la Pascua de Resurrección que se prolongaba desde el domingo hasta el miércoles, aunque este último día fuese laboral. Los escenarios eran el Arenal, Santo Negro, Tía Gervasia y el Pantano donde las familias y las pandillas pasaban la jornada jugando a la comba, culebra, prendas y a los pilares.

Durante estos días los eldenses salían al campo a celebrar la reciente llegada de la primavera, aparte que esta alegría ponía fin a la seriedad típica de una larga cuaresma en la época franquista. Atrás quedaba el Domingo de Ramos con aquel dicho tan popular en toda la geografía española:

*Domingo de Ramos
el que no se estrena no tiene manos.*

Las palmeras bendecidas colgadas de los balcones y la visita en la tarde-noche del Jueves Santo a los pocos monumentos existentes.

El Domingo de Pascua era distinto, el ritmo acelerado por los preparativos destacaba por encima de todo. En las cocinas se preparaba la fritada de conejo y las «tortillicas», las cestas se llenaban de frutas, algo de companaje y de las queridas gaseosas, con esas chapas que más tarde servirían para jugar sobre el bordillo de la acera, y no se olvidaba la típica bota repleta de buen vino, aparte de las monas que el día anterior habían visto amasar en los lugares más significativos de la ciudad.

Algo que se convirtió en un acontecimiento eran los vestidos de la Pascua. Las chicas con sus batas, algunas con delantal, zapatillas blancas y la gran mayoría con el pañuelo a la cabeza era el vestuario femenino de estas fiestas, sin embargo los chicos no tenían un modelo determinado aunque prevalecía la camisa blanca, pantalón más bien corto y un chaleco o un jersey fino de lana.

El lugar de encuentro del lunes era el paraje conocido por Santo Negro y el martes se reunían en la Tía Gervasia, al día siguiente se dirigían a comer el atún de zorra al Pantano y, a partir de ese momento esperar a que llegara el día de San Vicente, momento trascendental ya que los chicos se encargaban de invitar a sus parejas o amigas a comer, en correspondencia por las invitaciones realizadas por las chicas durante los anteriores días festivos.

Quizá lo más destacable de estas fiestas era cuando llegaba el momento que el huevo de la mona era aplastado en la frente de un ser querido. En muchas ocasiones este acto era casi como una declaración de amor pues era normal la conexión entre parejas, por lo menos hasta el día de San Vicente.

Estas fiestas ya desaparecidas tuvieron unos buenos momentos, eran una tradición con fuertes raíces y llevaban la ilusión a toda la población eldense. Un escritor anónimo (Revista «Horizonte» septiembre del 31) describió perfectamente estas fiestas populares de la siguiente manera: Tardes de «Mona», corros, alegría... La vida que ríe en esas mocitas sencillas y bonitas, típicamente ataviadas con bordaditos pañuelos de seda, con sus caprichosos delantales, con sus alpargatitas menudas y dibujadas... En alegre, en educada camaradería con los mozos que las admiran y las elogian y que, a veces, influenciados por el inspirador medio ambiente, vierten en sus oídos galanas, tremulantes frases que ellas, entre alborozadas y complacientes escuchan con un dejo de emoción... Idilios inolvidables de estos días que se suceden para aunar lo amable, lo excesivo y lo bello».

Paco Mollá y Carolina Gonzálvez, dos almas unidas por la poesía

COSTUMBRISMO

por

ALBERTO NAVARRO PASTOR

El recientemente celebrado acto de presentación del primer libro de poesías de nuestra apreciada y admirada Carolina Gonzálvez ha dado ocasión a que numerosas personas hayan centrado su atención en esta figura eminente de

la poesía local que, a pesar de que sus poemas valoraban en numerosas ocasiones las revistas «Dahellos» y «Fiestas Mayores», o semanarios como «Valle de Elda», no había tenido mayor repercusión, tal vez por lo apartado de la vida social de la poetisa por circunstancias personales y familiares.

Ahora que la publicación de esta «Antología» ha polarizado la atención sobre la personalidad que existe tras la bella sencillez de su poesía quisiera incidir en un tema que se apuntó en la introducción a dicha obra y también en el artículo «A Carolina Gonzálvez», de Manuel Serrano González, el concejal de Cultura que impulsó la edición de este poemario que Carolina creía que nunca iba a ver publicado en vida.

En este artículo se rememora la amistad que unía a Carolina con Paco Mollá, el gran poeta desaparecido, y del poema que le dedicó nuestra poetisa al fallecer Justa, la esposa de Paco, bajo el título «Compartiendo el dolor del hombre-hermano» por lo que supuso para él esta gran pérdida.

Mollá, en sus años de residencia en Elda, había acudido al llamamiento de los poetas que había significado la constitución del grupo lite-



1

1

Carolina Gonzálvez en los tiempos de «Dahellos».



2
Paco Mollá en los últimos años de su vida. (Foto Cruces-Ernes).

rario apadrinado por don Juan Madrona, que después publicó la revista poética «Dahellos» allá a finales de los cuarenta y primeros de los cincuenta. Se hablaba de poesía, narrativa y ensayo, y se hacían reuniones para las que se había fijado un tema al que se concurría con poemas, cuentos, artículos o cualquier otro enfoque, realizándose una votación para escoger el mejor y darle un modesto premio, generalmente un libro de poemas de la colección «Austral» u otra parecida.

Una de estas sesiones la realizamos en la casita de campo de los padres de Mollá, al sur de Petrer, no recuerdo el nombre del paraje pero sí los numerosos árboles que había en el huerto, que nos recordaban las sentidas estrofas de su poema «El árbol sagrado», en memoria de su hermano muerto en la guerra.

Entre los árboles que poblaban su huerto, había un hermoso laurel cuyas hojas nos sirvieron para entrelazar una corona, remedo de aquellas que antiguamente ornaban las sienas de los aedas griegos para ensalzar su lírica prodigiosa. Y esta corona, como premio concedido por todos los aspirantes a poetas y escritores allí presentes, fue a ornar la frente de Paco Mollá como premio a su trabajo y en gesto de amistad, camaradería y admiración. Al ceñirle aquella verde diadema, su rostro mostraba más turbación que orgullo ante la demostración de homenaje, y en cuanto pudo se la quitó, pues probablemente hería su innato sentido de la modestia; humildad y llaneza que siempre le caracterizó.

Carolina no estuvo en este episodio lírico, pero sí en otros en los que, como siempre, la cordialidad reinó entre todos y estrechó aún más la amistad entre los componentes del grupo.

Dispersado ya éste, continuó esta amistosa relación entre los componentes del mismo, así como la recíproca admiración entre algunos de ellos, concretamente la de Carolina y Mollá, manifestada únicamente en situaciones destacadas o dolorosas, como la mencionada del fallecimiento, el 4 de abril de 1989, de la esposa de Paco, su compañera de penas y alegrías, hecho que para Mollá significó el portazo final a una vida compartida y el comienzo de un camino de soledad y dolor de ausencia que sólo terminó aquel 22 de diciembre del mismo año, en que el poeta exhaló su último suspiro.

Pocos meses antes, en el mismo abril, Carolina publicó en «Valle de Elda» este poema dedicado a Mollá, postrado en una cama del Hospi-

tal General, cuya lectura le conmovió profundamente:

«POETA» (A Paco Mollá, con emoción)
Encendido en su hoguera de palabras
su corazón de niño-viejo embrujado,
el poeta mira ya la lejanía
con ese mirar de hoy, triste y cansado,
en el duro camino de su vida
las huellas luminosas de su paso.
Su voz dulce y humilde dice adioses
en poema de un amor desconsolado...
Se adormece y en sueño renacido
en un mundo de luz allá en lo alto
ungido de pureza y de ternura,
compartiendo el dolor del Hombre-Hermano.

(Valle de Elda, nº 1668, 28-IV-1989).

Un par de meses después, algo repuesto de su dolor y de su enfermedad, Mollá respondió con estas emocionadas frases:

«Al ver y leer un bellissimo poema dedicado a mí, de Carolina González: Nadie me ha dedicado una joya -tu poema- tan valiosa y tan pura. Bellísimo poema en la forma y en el fondo y en la altura lírica, como el que me dedicaste, Carolina».

«Un poema redondo de perfección y belleza. Y si a esa inspiración añadimos que pasaba yo uno de los momentos más amargos de mi vida, puede pensarse el bien, el efecto espiritual que me causó. ¡Cuanto bien me hiciste, admirada y querida amiga mía! Fue como un aire suave y delicado, causado por unas alas leves que, de pronto, me acariciaba inefablemente y se hundía, consolador y amable, envolviendo de serenidad mi alma...».

«El gozo de sus versos me sabía a agua tersa, cristalina y fresca en la segura de mi sed. Mano blanca en mi fiebre...»

¡Gracias, oh poetisa humana y etérea!

Jamás olvidaré tu solidaridad terrena y trascendente.

Se estableció tu corriente de Amor y Belleza, de Poeta a Poeta. La alta telepatía de dos almas gemelas.

¡Gracias, Carolina! (Nuestra inolvidable Carolina)».

Paco Mollá (Valle de Elda, nº 1679, 14-VII-1989).

Pocos meses después, en vísperas de la Navidad de aquel 1989, falleció el gran poeta y gran persona, a quien recordamos con cariño y nostalgia los que admiramos al Poeta y quisimos al Amigo, amistad estrecha, preciada joya que no entregaba fácilmente.

Ecos de sociedad en el semanario Idella

COSTUMBRISMO

por

M^ª SALUD SÁNCHEZ LÓPEZ y
CONSUELO POVEDA POVEDA

Durante los años 1926 a 1930 sale a la calle en nuestra ciudad el Semanario Idella, con el objeto de servir de propaganda a la creación de un monumento a Emilio Castelar. Desde sus páginas

se incitaba la adhesión de los eldenses a este proyecto para celebrar el centenario del nacimiento del ilustre orador, pero también se reflejaba la preocupación por otras cuestiones de la vida local sin llegar a ser una publicación que tratara de la actualidad de la forma en que hoy se entiende, es decir un tratamiento de los hechos ocurridos en la población en los últimos siete días. No obstante, una sección del semanario, «Ecos de sociedad», o «Notas locales», informaba puntualmente sobre pequeños acontecimientos o sucesos del pueblo.

Dicha sección estaba a cargo de José Francés Berenguer, quien daba cumplida información sobre nacimientos, bodas, dece-



ALBORADA



① Vista parcial de los jardines del Casino.

② La Plaza de Sagasta en 1928, después de su primera remodelación.

sos, reuniones de sociedad, viajes, enfermedades y un largo etcétera de vicisitudes cotidianas de la vida privada de un sector de la población eldense. La vida privada era, pues, casi la única actualidad que reflejaba esta publicación y sin embargo no por ello podemos determinar una similitud entre una publicación como Idella y la posterior «prensa rosa», pero sí a todas luces entre la sección que nos ocupa y el citado tipo de periodismo, que se dedica en exclusiva a este tipo de noticias, tan criticado y vapuleado pero a la vez tan en auge ya que ha trascendido a otros medios de comunicación como televisión y radio.

Podemos entender que la curiosidad del hombre sobre la vida de sus propios semejantes es insaciable, para imitarlos o para denostarlos, para envidiarlos o para despreciarlos. En realidad, eso que conocemos por periodismo tiene en buena medida su origen en esta curiosidad. Para saciarla, todas las sociedades de todas las épocas han desarrollado mecanismos peculiares, tanto a escala privada como de modo más institucionalizado. Ximénez de Sandoval, en su libro «Historia del cotilleo» afirma que cotillear «es referir a los demás con inteligencia, gracia, ironía e imaginación, todo cuanto de la vida en torno son capaces de captar los sutiles sentidos del narrador». (1) Está claro que en toda sociedad organizada, por una u otra razón, hay siempre personalidades destacadas, ya sea por cuestiones de poder político o económico, ya por alguna cualidad o virtud, ya, simplemente, por desarrollar una actividad cara al público y, como hemos dicho, un interés por conocer de ellos a través de un tipo de noticias que han tenido siempre unos lectores fieles, a tenor de su inserción en un semanario que se ocupaba de «cuestiones serias» y de carácter inminentemente cultural con firmas de prestigio, tales como Azorín, Miró, Baroja, Gregorio Marañón, etcétera. Cierto es que esos ecos de sociedad guardan la compostura en sus comentarios de la prensa rosa de los primeros años, e incluso de algunas publicaciones actuales, muy alejadas de una prensa sensacionalista o «amarilla» y, además, tenemos que precisar que se retroalimenta de sus propios lectores, ya que es improbable que no fueran los lectores de clase media-alta los que adquirieran el semanario y son ellos mismos los protagonistas de esos «Ecos...»

Elda contaba en aquellos años con una población en torno a los 12.000 habitantes con un incremento importante a partir de 1920 a causa de la inmigración, es decir de personas que vinieron a Elda atraídas por el auge de la industria zapatera y que lógicamente pertenecían a la clase obrera. Idella tenía una tirada de unos 1.000 ejemplares, según las estimaciones de Alberto Navarro, por lo que podemos deducir que el semanario, que nace con unas pretensiones de élite era leído por la clase dominante, y a la clase dominante pertenecían sus redactores, todos ellos profesionales liberales o miembros de esa clase pequeño-burguesa a la que hemos aludido. Su ideología era republicana, con ese republicanismo que se corresponde con una social-democracia muy apartada de un sentimiento revolucionario en una Elda, en la que sin embargo existía una fuerte implantación de la ideología anarquista para la que, entre otras cosas, existía un concepto de igualdad del papel de la mujer en el contexto social.

Lo anteriormente expuesto viene a colación porque ya la justificación de la sección «Ecos de Sociedad» cuanto menos nos llama la atención por lo argumentado por José Francés «entre las otras secciones componentes del semanario, se ha querido dar lugar preferente a la crónica de sociedad (...) Al hablar de sociedad, de la vida de sociedad de los pueblos olvidados, y evocar entre sus aspectos aquellas reuniones familiares a las que se daba carácter de solemnidad; aquellas reuniones que eran teatro de las horas color de rosa de nuestra adolescencia, inevitable el corazón nos pregunta ¿te acuerdas? y el corazón, que es joven, empieza a recordar sus tiempos mejores (...) Ponte alegre gentil lectorcita. Dame la mano y vayamos juntos a fiestas y reuniones, que nos vamos a divertir. Déjate tus corrientes de «girl» ultramoderna, para volver a sentirte romántica como entonces, cuando alegrabas nuestra alma cantando al piano aquellos zorquicos de sabor añejo». Como vemos las pretensiones de José Francés son muy poéticas pero, no nos engañemos, en las crónicas de sociedad aparecen tan sólo un par de fiestas y el resto son natalicios, defunciones e incluso viajes a lugares tan «remotos» como Petrer o Monóvar.

No obstante lo dicho merece la pena reseñar la crónica de El Baile de Carnaval en

el Casino que aparece en el número 3: «Carnaval. Baile en el casino. Una orquesta que lanza al aire el eco vibrante de sus violines y toca el «shimmy», el «foxtrot» de moda; gente abigarrada en el salón y unas parejitas que danzan por la reducida pista que dejan las hileras de sillas (...) Y como colofón añadamos que, si bien este año el Carnaval no nos ha traído mascaritas que nos hicieran mantener el enigma de unos ojos bellos tras el antifaz, en cambio nos ha depara-



do la ocasión de poner en nuestras notas que unas bellas coquenses (sic) Dorita Zúñiga y Pilar Ferrer que irradiaban simpatía, y otras eldenses no menos simpáticas Sara y Rosita Botella y Enriqueta Maestre, animaron la fiesta de la primera noche luciendo primorosos y atrayentes disfraces que constituyeron la mejor nota de color de la carnavalada». En términos similares está escrita la crónica de un baile en una casa solariega del paraje de La Torreña que aparece en el número 8 o la celebración en el número 10 de la onomástica de «la bellísima y simpática señorita Gloria Rodríguez, hija del culto contador del Ayuntamiento D. Andrés Rodríguez Capelo (...) por la tarde obsequió a sus numerosas y distinguidas amistades con un espléndido lunch y baile que estuvo animadísimo en el que el bello sexo estuvo muy bien representado».

Como decíamos llama la atención el lenguaje empleado en estas crónicas de sociedad o en cualquier otra nota que pudiésemos transcribir en las que, a las claras, existen unos arquetipos a través de los cuales se evidencia el papel secundario de la mujer para la que nunca existen calificativos referentes a sus cualidades intelectuales. Las damas siempre son gentiles o simpáticas, cuando, suponemos, no eran demasiado agraciadas físicamente o directamente bellas o bellísimas cuando su hermosura, por lo visto, era indiscutible. Los caballeros, por el contrario, eran inteligentes, cultos y emprendedores. Siempre aparecen mencionados seguidos de su profesión, mientras que ellas son hijas de o esposas de los personajes relevantes en la sociedad eldense de aquellos años. Sujetos a arquetipos están también los niños para los que debía ser toda una connotación negativa no haber nacido rollizos o hermosos.

Citando a Alberto Navarro en su reciente publicación, «La Prensa Periódica en Elda

(1866-1992)» «a los 70 años casi de Idella, sus páginas nos acercan a la pequeña población que era entonces Elda, encontrando problemas, anécdotas, comentarios, aspiraciones, sucesos, pinceladas sobre sus personajes representativos, el ir y venir de sus gentes en las «gacetillas de sociedad» y todo lo que en resumen constituía la pequeña historia de la población, pasada por el tamiz de la agudeza periodística de los redactores y colaboradores de Idella». Aunque quizá nos quedaríamos con una visión sesgada de la realidad de aquellos años en los que existió un sentimiento revolucionario por parte del proletariado que constituía el grueso de la población eldense que vivía al margen de la «dolce vida» de la clase social que aparece reflejada en las páginas del semanario Idella.

Notas

(1) XIMENEZ DE SANDOVAL, Felipe: Historia del cotilleo. Madrid: Guadarrama, 1960.

Bibliografía

SAMPER ALCAZAR, Joaquín: Elda a través de la historia. Comunidad y territorio. Elda: Ayuntamiento; Alicante: Universidad, 1995.

NAVARRO PASTOR, Alberto: La Prensa Periódica en Elda (1866-1992). Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Diputación Provincial, 1997.

«El semanario Idella, cima periodística de la Elda de anteguerra». Alborada, nº 32, Elda, 1985.

PIZARROSO, Alejandro y RIVERA, Julia: Corazones de papel. Sensacionalismo y prensa del corazón en España. Barcelona: Planeta, 1994.

3 Dos señoritas eldenses en los jardines del Casino. Años 30.



A lado de Elda existe otro barrio. Los edificios no son muy altos. Cinco pisos a lo sumo. También hay fastuosas construcciones unifamiliares e incluso subterráneas. Y muy pocas de ellas son de alquiler.

A los de Elda, como buenos españoles, nos gusta ser dueños de donde nos metemos.

Los mármoles y la piedra natural se intercalan por doquier con bronce y metales. Y es justificable el gasto inicial pues se tiene la ventaja de que se construye con vistas a una utilización muy prolongada y de que no se paga contribución, luz ni agua.

El espacio es escaso pero bien distribuido y en pocas hectáreas se acomodan miles y miles de ciudadanos.

Los moradores de este otro barrio reciben muchas visitas al principio de trasladarse a él. Después estas visitas se van espaciando y, con el paso del tiempo, se reducen a una o dos al año en fechas especialmente señaladas. Pero no se nota demasiado las ausencias pues siempre hay vecinos nuevos y visitantes renovados. Además, la mayoría de los que van de visita terminan, con el tiempo, quedándose permanentemente.

El ambiente es tan apacible que se olvidan rencores y envidias. El pobre es vecino del rico. El feo del guapo. El de derechas del de izquierdas. Incluso es muy frecuente que matrimonios separados vuelvan a juntarse allí definitivamente con gran alivio de sus hijos.

Barrio de calles rectas y arboladas. Barrio de vecinos poco discutidores. Jamás se ha conocido una disputa entre la gente del Jardín de Allá.

El jardín de allá

PE德罗 GRAS CHINGILLA

La Justicia en Elda

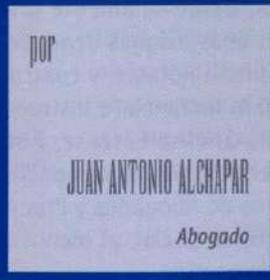
COSTUMBRISMO

Los pasos que ha dado en Elda la justicia, es prolija y agitada. Y remontándonos a fechas preteritas, hemos de dar noticia, del «iter» seguido por la institución judicial en Elda y su comarca, teniendo en cuenta que únicamente se pretende hacer una especie de cronología de lo acontecido, salvo error de fechas.

En efecto, en los años de la postguerra (40, 50 y 60), en Elda funcionaba únicamente el Juzgado de Paz, situado físicamente en la C/. de San Roque, ya que la capitalidad judicial estaba en Monóvar, cabeza de partido; en tal sentido, los pleitos llamémosle «mayores», se ventilaban en Monóvar, con las correspondientes instancias superiores en Alicante.

Posteriormente, ante el desarrollo que experimenta Elda, a finales de los sesenta, se traslada la capitalidad judicial a Elda, y consiguientemente se instala en nuestra Ciudad la sede de los Juzgados de Primera Instancia e Instrucción y el llamado entonces Juzgado de Distrito, procediéndose a la ubicación de tales órganos, en lo que hoy son dependencias de la Casa Consistorial, concretamente en la parte que da a la C/. Andrés Amado y Espoz y Mina, recíprocamente el Juzgado de Paz, se traslada a Monóvar.

La consolidación del crecimiento que se da en Elda y la comarca, repercute en las actividades de los Juzgados de este partido, y a comienzos de los ochenta, se

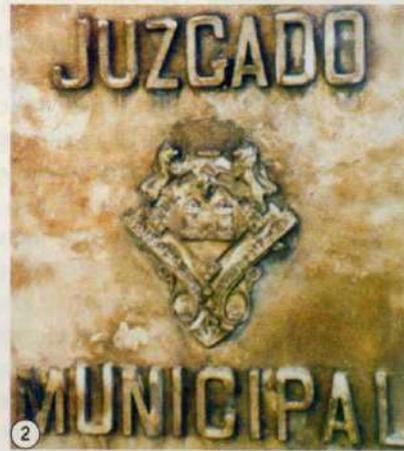




①

① Edificio del antiguo Juzgado Municipal en la replaceta de las Monjas, calle San Roque, 1967.

inaugura por la necesidad imperiosa que había, la nueva sede de los juzgados, el llamado Palacio de Justicia, construido en los solares que en gran parte ocupaba la antigua lonja o almacén de frutas del «tío Vicente»; a la sazón los nuevos juzgados son ya tres, ya que se crea uno nuevo de Primera Instancia e Instrucción.



②

② Detalle de la fachada del antiguo Juzgado.

La reforma de la L.O.P.J., así como la promulgación de la nueva Ley de Planta y Demarcación Judicial, hace que unos años después se cree un nuevo Juzgado de Primera Instancia, con lo que son ya cuatro los Juzgados de Primera Instancia e Instrucción en el partido judicial, ya que desaparecen con la nueva normativa, los juzgados de distrito, con la consiguiente reconversión de los mismos en Juzgados de

Primera Instancia e Instrucción; ocasionándose a su vez un hecho de incidencia, cual es, la división del partido judicial a raíz de la mencionada normativa, en dos partidos judiciales: Elda y Novelda, quedando el partido judicial de Elda, con el término de Elda y Petrer.

Por tal motivo, el organigrama judicial de Elda, a pasado en este último siglo a contar, desde solamente un Juzgado de Paz, en unas exiguas dependencias, a tener un edificio notable, y cuatro Juzgados de Primera Instancia e Instrucción, Registro Civil, Oficina Forense, Fiscalía adscrita no permanente, y delegaciones de los Colegios de Abogados y Procuradores, lo Penal, y de lo Social, al menos en el primer caso itinerante.

Poema con cabeza en forma de amor

A tí, Vicente.

¡Oh, Adamá querido!, te
busco dentro de mí y
el eco de tu nombre invento a lo
lejos, y te pareces a ti,
pero no entiendo lo que me dices,
y me parezco a mí tan-
to que todavía no cicatrizo, y me odio.
Es indispensable transparentarnos antes de
que la sequía de metáforas
nos diseque después de la última cerveza.
Los demás están vivos o lo fingen,
sólo quedamos tú y yo, ¡oh, Adamá!,
tú y yo recorriendo las calles desiertas de
esta ciudad fantasma
donde ya ni la literatura es un espejismo.
(Panero nos ha abandonado
en una vejez prematura).
¿Dónde están aquellos atardeceres macha-
cados de vino? ¿dónde aquel sueño de
perdonarnos la vida, esta vida mezquina?
¿dónde del semen rubio el recuerdo?
¡Oh, desierto del que da
y dicen que te vuelves piedra y yo
me busco dentro de ti y fugaz-
mente nos parecemos a nosotros, tanto
que en una migaja de complicidad nos basta
para delatarnos: ¡cómo nos hemos echado de
menos y qué viscosa la nostalgia!
De un lugar entre el olvido y la muerte
regresamos con los ojos cerrados
como si tuviéramos miedo de
abrirlos y no reconocernos.
Tú eres el que me espera
en un equilibrio silencioso
y yo soy a quien le tiembla la voz
cuando te dice: no
dejes ahora que me caiga de ti,
ahora que te ofrezco en mi mano
los sauces que no he visto,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
pompañero del alma, pompañero.

■ Pedro Maestre ■

He perdido la geografía,
la brújula y los conceptos
y el archipiélago aquel, sembrado de edenes,
donde ahora se hacen pruebas nucleares.
Y no sé que bandera ondea en esas tierra
donde el dolor, cotidiano y amigo,
se sienta a cada mesa,
se abraza a cada pecho,
se torna perpetua presencia
en los hogares donde ya no danzan
las voces de los niños.
He perdido la geografía
y las fronteras son ahora más grandes
y los gestos ya no sirven
para comunicarse sin palabras,
sólo el grito cavernario de la barbarie
ocupa plazas, mercados, recreos voluntarios
y el ronco aullido de la sangre
navegando caminos de polvo hacia el olvido.
Quizás hubiera sido mejor
no haber sabido nunca geografía
ni que esos mapas miméticos los ocupa gente,
gente con ojos y manos como yo,
gente con voz y conciencia como yo,
gente con derecho a la vida, como yo...
Así pues, hoy, viendo a la muerte deambular
entre las leyes y las firmas de tratados,
ya sin voz para la venganza ni el olvido,
empuño la espada de la palabra
alistándome a todas las legiones de los vencidos.

■ Sacra Leal ■

Te me vienes, de repente, a la memoria
 como a los ojos,
 y el ambiguo perfume de las lilas y el jazmín
 se confunden en la dulce verbena de mis manos
 alborozadas al acariciarte de nuevo.
 Hemos andado tantos silencios juntos...
 tantas distancias a la par de un olvido...
 tantas grutas de herméticas soledades...
 nos hemos callado tanto, tanto,
 que jamás fuimos capaces de confesarlo en vida.
 Ahora, desde tu hogar de espectros, tu flotante anatomía
 -lumen incorpóreo entre la gelatina y el ámbar-
 me vienes a visitar la memoria,
 a ordenarme los recuerdos,
 a renovar los vasos, las venas, los iris
 que tante querencia tuya
 acomodada en el silencio
 de los que aman sin palabras

■ Sacra Leal ■

«Versos desde las tinieblas»

Viven en chabolas
 y encienden hogueras bajo la luz de la luna.
 Fuman hachís. Trafiean con coca y con caballo.
 Son los camellos de guante negro, son los delincuentes de guante negro,
 son la principal escoria de los subúrbios.
 Pero el hombre de guante blanco conduce un descapotable
 último modelo y vive en una mansión en las afueras.
 Probablemente, ni tan siquiera haya probado el veneno con el que negocia.
 Todas las noches se va de putas
 y todos los domingos acude a misa de doce para rezar con los más feligreses.
 Es una persona respetada
 que dota de un elevado estatus y una succulenta reputación social.
 La multitud lo admira y lo venera a su paso.
 Organiza fiestas en su macrochalet.
 A sus matones los hace llamar guardaespaldas.
 Tiene cámaras ocultas en la fachada del jardín y perros de presa al acecho.
 Soborna a los policías. Soborna a los jueces.
 No es un camello. Es un hijo de puta hombre de negocios.
 Recordad:
 En las metrópolis todo se puede comprar,
 y todo se puede vender.
 Desde pequeños souvenirs hasta la dignidad de las personas.

■ José Mira Torregrosa ■

Nana para dormir a un ángel de 86 años. Mi abuela Evangelina.

Ea, ea, ea...
A la nube blanca,
a la luna aquella.
¡Silencio que duerme
y se me desvela
con pesares negros,
noches sin estrellas!

Ea, ea, ea...
A la flor del aire
que el aire se lleva.
¡Déjala que duerma,
que no se impaciente
y se me entretenga
en saber liturgias
que le den quimeras!

Ea, ea, ea...
A los bastidores
de hiladas promesas.
¡Que no la despierten
que le causan penas
las telas de Holanda
que lloran su espera!...

Ea, ea, ea...
A la fuente alegre
del agua en la huerta.
¡Pasa sigilosa,
que solo te sienta:
que le trae recuerdos
de sábanas frescas!

Ea, ea, ea...
Camino celeste,
paloma serena.
¡Abrir vuestros brazos
al ángel que llega
son su sien de plata,
desnuda, pequeña...
Arrullarle el alma,
llevarla a su esencia!

¡Los demás, silencio...
dejarla que duerma!

■ Evangelina Lorenzo ■

Quisiera subir al cielo
montada en un pensamiento.
Con los ojos de mil astros
miraría tu silueta
preñada del universo,
pequeño planeta, Tierra.

Quisiera ser tu luna
y rodearte,
un ave migratoria,
ser nube al viento
y explorarte.

Quisiera ser un barco,
molécula del viento
y recorrerlo.

Quisiera ser extensa,
amoroso ecuador,
para abrazarte.

■ Lydia Sanchís Pérez ■

Ni siquiera el dolor que tanto nos unió
pudo vislumbrar tanta tristeza, tanto olvido...

No existen relojes
que unan nuestras vidas,
en una parafernalia de risas y enraizamientos.

Saltó la liebre,
libre de fauces
y se la llevó la suerte,
como el mundo la brisa:
Y el sol nos cegó el habla,
en el crepitar chasquido de una brizna
escuché tu último adiós...

A otros lares.
Vuelan las palomas.

En los sitios más inhospitos
chistean los duendes
en las orejas del genio.

Y la noche se viste de novia
con velos negros, tapando de tristeza
tantos olvidos,
ligerezas del corazón
cuando el dolor duerme:
todo está en calma.

■ Eduardo Sanchís Pérez ■

Poeta

(A María José, con dulzura del cielo)

Ay, que temo que mi voz y mi aliento impuro acaricien tu presencia,
cuando recito tu canto jazmínmente, Amor.

Ay, que temo que mis lágrimas no basten para limpiar mi cuerpo, y
presentarme a tí, Amor, con las huellas invisibles de mi yo.

Ay, que temo que Maya, me mime en volandas, y me insinúe al oído:
«¿Acaso hay algo más importante para un poeta, que el prestigio de
un premio Nóbel?, y me olvide, de que, Poeta, sólo hay uno, y eres Tú.
Mi Amor.

Ay, que temo que algún día, como tu inconsciente niño enamorado
que soy, jugando a la pelota, rompa el cristal inmaculado donde
guardas
la pureza, y me atreva a pronunciar la dulzura de tu
nombre, Amor.

■ Juan Luna ■

No me importa dar con mis huesos en el cielo o en el infierno
mientras tú estés.

Porque con tu presencia todo infierno se vuelve paraíso de amor,
y todo cielo en tu ausencia es una caldera hirviente.

Tú el todopoderoso.

Dios te hizo y te hizo a tí
para que por fin de reconociera.

Mis plegarias van dirigidas a tí para que me ames.

Y cumplo a rajatabla los mandamientos
pues te amo a tí más que a mi misma,
y el día que me beses
juro poner la otra mejilla.

■ Encarna Rico ■

«Flores amarillas»

*«Solo en tu amor hay fuentes para cruzar
la noche».*

José Cardenas Peña. LA ELEGIA DEL AMOR.

Dadme una utilidad a tanto viaje
permitid que el amor florezca en cada esquina,
descubrir los dormidos recuerdos de Susana,
atender a los sueños de alguna Lilia,
intentad recordar las ternuras de Belén,
dibujad incesantes los mejores momentos de Pilar,
contemplad Guanajuato en los pasos de Laura.

Se hace precioso entonces atrapar los instantes,
revivir plenamente los espacios sensuales,
esperar que la noche nos devuelva la calma.

Y volver a escuchar el sonido y la música
de la pasión de selva que nos persigue siempre,
arrastrando los versos hacia altares de espuma,
concretando una cita para antes del alba,
penetrando tan suaves en las alcobas blancas...

Tantas mujeres fueron como pájaros leves
inventando los muros para ciertas distancias,
asegurando miedos para seguir viajando,
atrapando su espíritu tan cerca de las horas,
recorriendo sin miedo tantos acantilados.

■ Manuel Quiroga Clérigo ■
Guanajuato (México). 22/10/96

Y si mi savia pudiera sanarte
sería la más feliz de entre las mujeres.

Si esa mi risa te alegra
y en cada capullo de mi historia de flores y abejas
tu rostro moviera sus labios para decirme que quiere perderme.

Saco mi mano por la ventana y digo:
«ahora pasará su cuerpo y lo rozaré,
y con suerte estará desnudo,
y con suerte quizá sienta que mi mano
es la mano del ángel que desea».

Y pasa el tiempo
y mi mano se refugia en el bolsillo temblorosa,
y está segura de que por fin hoy te ha tocado.

■ Encarna Rico ■

Tan sólo adoras de mí
lo que es tuyo y tú
has provocado con tu llegada,
adoras mi risa
pero yo no sé reír
si no poseo tu alegría,
deseas mi cuerpo, que tan sólo
responde al tuyo,
te gusta mi voz
y sólo es un sonido ronco y
apagado cuando no es a tí
a quien hablo,
adoras el resplandor de mi alma
aunque sólo brille
si se refleja en la tuya,
amas mi libertad
y yo vivo en una cárcel
cuando tú te vas,
te maravilla mi carácter
pero sin tu traición estoy vacía.

Tan sólo me amas
porque soy tuya
y aún así, ¡qué poco amor
me llega de vez en cuando
a consolarme de tu vida!
Más me amas
cuando más me tienes
y sin embargo te alejas
y tus pasos te contradicen,
me has descuidado
hasta cuando soñabas tenerme
y confiabas en mi salud
para robarle la fuerza al día,
me has abandonado
y has vuelto a recogerme
con la angustia de haberme perdido,
tienes miedo
¿por qué te cuesta tanto quererme?

■ Ana Verdú ■

Senos y coágulos calle abajo.
Peste somnolienta. Griterio infame.
Palabras comiendo fetos de quimera
Amantes envenenados. Y yo calle abajo
predicando con gestos insolentes.
Y yo en la confusión buscando
una madre o una hermana o un amigo.
Y yo cayendo de cansancio sobre camastros
con rostros troceados en rompecabezas.
Y yo calle abajo preguntando
DONDE UN SER HUMANO.

DIFUNTO VAGO HACIA CALLEJONES SIN SALIDA,
sin ojos,
con un vaso de orina que cerveza fue,
conversando a gritos con lo que no es
mi cuerpo, con lo que no es mi sombra.
Sólo mis pasos saben que estoy vivo,
y, para no parar porque moriría de frío,
sordos y ciegos dentro de su pesadilla
imaginan voces, y siguen a alguien que es nadie
arañando el repentino mutismo perfecto.
Pese a los jazmines en mis venas, difunto vago
hacia callejones sin salida llorando piedras.

En la arena recojo lunas inertes
para el banquete de los acantilados,
y limpio de legañas mi esqueleto.
De mi mano asido de frente esculpo
el horizonte,
pájaras las cosas enjauladas,
brotando serpentinas de mi ombligo.
Soy mis caricias.
SOY
LO QUE NO HE SIDO

■ Pedro Maestre ■

Poemas pertenecientes a su libro de 1989,
inédito, «Soliloquio».

Estoy tan sola
como pueda estarlo un niño nacido del cielo
como un cielo que no es padre, y se estremece,
llueve
llueve como lágrimas cuadrículadas,
como partícula indeterminada
como ser.

Estoy tan sola
que los árboles lo sienten
y algunas tardes lloran por mí.

■ Encarna Rico ■

EFEMÉRIDES



ALBORADA



① Arturo Pomar en una sesión de simultáneas disputadas en el Círculo Católico, el 29 de enero de 1950.

Coinciden todos los testimonios en señalar a Martín Díez de las Heras como el gran impulsor del ajedrez en Elda. A comienzos del año 42 son muchos los aficionados que acuden a su domicilio los sábados y domingos por la tarde para jugar o aprender. El hecho de que desde el balcón de su casa se pudiese ver el campo de fútbol contribuyó a que incluso aquéllos que acudían más por ver el partido del domingo que por jugar al

Historia del Club Ruy López. 55 Años de ajedrez en Elda

por

RAFAEL CARCELÉN GARCÍA

EFEMÉRIDES

ajedrez, también se iniciasen en el juego-cien-
cia. Asisten, entre otros, Vicente Marí, Maria-
no Benedid, José Palao, Eladio González o
Juan Martí. Disponía de 3 tableros y por 50
céntimos, se podía jugar al ajedrez y tomar
café.

Es un año después cuando se aglutina la
afición en torno al recién creado Club de Aje-
drez Ruy López, nombre propuesto por Felipe
Navarro, primer presidente del club, excelente
jugador y animador que inició a muchos jóve-
nes en el juego. Es en el bar Almanegra de la
calle Jardines donde se instala su sede: allí, al-
rededor de unos 14 tableros situados en un
patio interior (donde la humedad o el mal olor
no amedrentan a los que allí acuden) se desa-
rrollan todas las actividades del Club. Este
mismo año, 1943, se celebra el II Torneo Clasi-
ficatorio Permanente en el que participan 40
jugadores y muchas de cuyas partidas fueron
recogidas, revisadas y archivadas por Felipe
Navarro. El primer escudo del Club era circular
y estaba formado por un anagrama constitui-
do por una torre blanca sobre un tablero y ro-
deado por el nombre del club. El jugador más
emblemático de esta época es Vicente Marí,
varias veces campeón de Elda, jugador brillan-
te y de estilo combativo que en 1948 venció a
Francisco Medina, campeón de España, en una
sesión de partidas simultáneas celebradas en
el Salón Imperial del Casino de Alicante. De
cómo se apasionaba en cada partida da cues-
ta el hecho de que hubo de abandonar el jue-
go durante una larga temporada por prescrip-
ción médica. Falleció en 1979 y desde hace
más de una década se juega cada año un tor-
neo que lleva su nombre en el C. P. Padre
Manjón, donde impartió clases el también
farmacéutico Vicente Marí. Destacan también
el ya citado F. Navarro, José Mora (quien man-
tenía con Marí una pugna constante por el
primer puesto en el Torneo Permanente), el
Dr. Molina, José Palao, Oteló, los hermanos
Zammit, Mariano Benedid y entre los más jó-
venes Garrigós, Busquier, Vera y Juan Martí;
éste último, dos veces campeón juvenil y pos-
teriormente campeón local absoluto y otro de
los más importantes animadores del ajedrez
en Elda e iniciador de jugadores de varias ge-
neraciones.

Durante los primeros años, el Club, con
pocos medios pero con mucha voluntad y es-
porádicas ayudas de entidades privadas y el
Ayuntamiento, organiza múltiples actividades.
Como broche, en 1950 Arturo Pomar, que ese

año se proclamará campeón de España por se-
gunda vez con sólo 18 años, ofrece una sesión
de simultáneas en el Circulo Católico, situado
junto al Casino Eldense, donde ocho días an-
tes se celebró una sesión de 8 partidas simu-
ltáneas a la ciega con el campeón de España
de la modalidad, Francisco José Pérez, el cual
sólo perdió frente a Juan Martí.

Durante las dos décadas siguientes se si-
gue manteniendo un alto nivel de actividad, a
pesar del trasiego y los cambios de sede que
padecerá el Club. Se organizan cada año dife-
rentes torneos -el Campeonato Social de Elda,
el Campeonato del Club- de los que sale el
campeón local absoluto que participaba en el
Campeonato Provincial Individual, de donde
salía el representante provincial para el Cam-
peonato de España. Además de los ya consa-
grados, sobresale la figura de Miguel Sempere,
el jugador que más veces ha ganado el Cam-
peonato Local y que durante dos años conse-
cutivos, 1951 y 1952, se proclamó campeón
Provincial y acudió al Campeonato de España
organizado por la OAR, en Barcelona. También
José Montesinos sobresale como excelente ju-
gador y animador del Club, del que, como
Sempere, sería posteriormente su Presidente.
Junto a ellos, cabe destacar a Cremades, Félix
López y Francisco Arráez. Se organizan parti-
das y torneos con localidades próximas (Alcoy,
Ibi, Villena, Elche, Alicante, etc.) en lo que
constituye el germen del futuro torneo Inter-
clubs. Además de las cuotas de los socios -cu-
yo número aumenta ostensiblemente en esta
época- el Club organiza rifas y sorteos para
sufragar sus propias actividades. Dos campeo-
nes de España, Medina y Palacios, acuden en
distintos momentos a ofrecer partidas simu-
ltáneas en Elda. Así mismo varios jugadores el-
denses se desplazan a Villena para disputar
una sesión de simultáneas frente al portento-
so Pomar.

Tras la salida del bar Almanegra, el Club se
instala en el bar Ideal, aproximadamente du-
rante dos años, y donde dispone de 4 tableros
permanentes para el juego. El aumento de
clientela hizo que se redujera el número de
tableros disponibles hasta que finalmente el
Club hubo de trasladarse al bar Negresco. Por
similares motivos, en 1954, establece su sede
en el local situado encima del cine Alcázar. En
1956 regresan de nuevo al Negresco, donde el
Club permanecerá mucho tiempo y donde se
consolida definitivamente la afición al juego y
el alto número de buenos jugadores.



②

② Sesión de 8 simultáneas a la
ciega ofrecidas por Fco. José
Pérez en el Casino Eldense el 21
de enero de 1950.



La década de los 70 supone una etapa de continuidad. En 1973 es el campeón portugués Durao quien ofrece una sesión de simultáneas en el Casino. Un año antes se había disputado en el mismo lugar una ronda del Campeonato de España Juvenil. Con Sempere y Montesinos, destacan por estos años Julio Herrero, Emiliano Delicado, Juan Cabrera, Francisco Sanchís y José Juan. Tras una estancia de 4 años en el Casino y otra breve en el Centro Excursionista, el Club regresó al Negresco, donde permanecerá hasta su ubicación definitiva en la Casa de Cultura desde 1983.

Los años 80 suponen una etapa de consolidación y crecimiento cualitativo considerable, tanto por el número de nuevos valores como por la cantidad de actividades desplegadas. Además de la organización anual del Campeonato Local y el Trofeo de las Fiestas Mayores, el Club participa en el Campeonato Interclubs, que gana 7 veces, y el Campeonato Provincial por Equipos, obteniendo clasificación para el Campeonato Autonómico de los años 89 y 90. Acuden a Elda a ofrecer simultáneas durante este período jugadores de primera magnitud: en abril de 1985 lo hace A. Karpov, entonces campeón del mundo, que se enfrenta en la FICIA a 25 jugadores locales, venciendo a 24 de sus rivales y entablando con Miguel Sempere. Un mes antes, el dos veces aspirante al título mundial, Víctor Korchnoi, se enfrenta a 30 tableros, cediendo sólo unas tablas frente al joven valor Antonio Rueda. En septiembre de 1981 fue Román Torán, campeón de España y posteriormente Presidente de la Federación Española de Ajedrez, quien ofrecía dos sesiones de partidas simultáneas, celebradas en la Plaza Castelar y en el C. P. Padre Manjón. En 1990 se celebra en la Casa de Cultura el I Open Internacional Luis Maestre, con la participación de 40 jugadores y cuyo triunfo correspondió al ilicitano José Clement.

Hace su aparición durante estos años una nueva promoción de jóvenes valores, entre los que destaca Antonio Juan Vallés, 4 veces campeón local, primer tablero del equipo eldense en el Campeonato Provincial por Equipos y en la actualidad Presidente del Club. Sobresalen también los hermanos Luis y Joaquín Sempere, ambos campeones locales y Joaquín, además, 7º clasificado imbatido en un campeonato de España Juvenil. Por estos años, Víctor García obtiene el título de campeón provincial absoluto representando al club eldense. Destacan los también campeones locales

Manuel Alfaro y Julio del Amo. Además cabe mencionar a Antonio Rueda, Pedro Pujalte, Antonio Herrero y Pedro Pérez; éste último ganador de las dos últimas ediciones del Campeonato Local.

Al crecimiento del Club en estos años ha contribuido, además de los fondos aportados por los socios, la asignación anual que el Ayuntamiento destina para la organización de actividades y torneos.

En el momento actual, y desde marzo de 1997, el Club de Ajedrez Ruy López tiene su sede en el Centro Social Severo Ochoa. Además de la organización de torneos, se ha puesto en funcionamiento una Escuela de Ajedrez y se está organizando un torneo para escolares de entre 10 y 14 años. Extender la práctica del juego-ciencia, en coordinación con los muchos colegios que desde hace años divulgan el ajedrez entre sus escolares -tanto iniciándolos como organizando anualmente competiciones escolares en sus diversas categorías-, es una de las tareas más importantes del Club para el inmediato futuro. De la labor en los colegios da cuenta el hecho de que a finales de los 80 el C. P. Emilio Castelar se proclamó campeón autonómico de los juegos escolares. No obstante son varios los jóvenes eldenses que están demostrando sus cualidades ajedrecísticas: Juan Carlos Lain como campeón provincial juvenil en 1995 o Héctor Motilla como subcampeón en 1997 dan fe de ello. Otros jóvenes valores destacables son A. Javier Motilla, David García, Rafael Poveda o Pablo Ortega. Suyo es el futuro.

Resumir la historia del ajedrez eldense en tan breve espacio supone dejar fuera numerosos nombres y hechos de relevancia. Espero que mi reconocimiento hacia ellos sirva como disculpa por no haberlos mencionado. Finalmente, agradecer también a todos cuantos con su testimonio han contribuido a reconstruir estos últimos 55 años de ajedrez en Elda.

Si hay una imagen que representa como ninguna la historia viva de nuestro ajedrez, es la que ofrecen los muchos jugadores de todas las edades que cada fin de semana acuden al Club a convivir y a compartir partida y comentarios. Lo que el ajedrez les aporta, lo resumen a la perfección estas palabras de Miguel Sempere: «A mí, el ajedrez lo que más me ha dado ha sido grandes satisfacciones y sobre todo buenos amigos, ricos y pobres, porque moviendo peones y caballo todos somos iguales».

El Mabre de Oro

Antonio Gades Mabre de Oro 1997

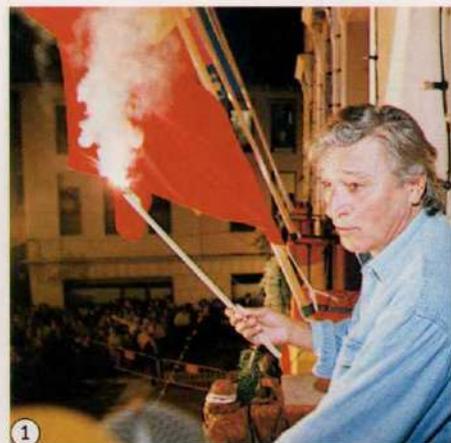
Corría el año de Gracia de 1977 y un grupo de amigos íbamos de estreno. Éramos jóvenes y estrenábamos matrimonios, democracia, Comparsa y Cuartelillo. Nacían las Huestes del Cadí y nacía un nombre: «Los Mabres»,

nuestra escuadra, nuestro apañadísimo cuartelillo de la calle Fal Conde.

Con los años, con los hijos, con las canas, el Cuartelillo se nos quedaba pequeño; Sorprendente y milagrosamente, nos hicimos el ánimo y compramos una casa vieja en la calle San Blas convirtiéndola en la acogedora Sociedad Gastronómica «El Mabre» al estilo de los txokos vascos. Ahí empezó todo.

En 1989 se instruye el «Mabre de Oro» para expresar nuestro particular agradecimiento y amistad hacia aquellas personas significadas en la defensa de Elda, su Cultura, su Fiesta, su Gastronomía y una particular manera de entender la Amistad, la Convivencia y los buenos ratos compartidos.

1989 D. Francisco Torreblanca... *«Que el Mejor Artesano Pastelero de Europa dé nombre a nuestro patio que algún político astuto tenga a bien poner su nombre a una calle bien larga, donde los ríos de agua procedentes de Petrel se transformen en torrentes de*



1

1

Antonio Gades en el balcón del Ayuntamiento pregonando las Fiestas Mayores del 97.
Foto: Juan José Pagán.

por

FRANCISCO ORTEGA,
NOBERTO NAVARRO y
FRANCISCO HERRERO

almibar y jalea. Paco Torreblanca ya es una estrella en un firmamento plagado de cometas de azúcar y lunas de chocolate».

1990 D. Ángel Raposo Laborerías... «D. Ángel tuteló la aventura mabre desde sus orígenes; suministrador de Estatutos de Sociedades Gastronómicas Vascas primero y conspicuo proveedor de fresquísimos manjares después, ha pasado a engancharse a la fiesta eldense con la ilusión del chiquillo y el aguante infatigable del festero converso».

1991 D. Ramón González Amat... «Madrugador en poner las calles de música, los cuerpos de jota y la carne de gallina festera; traquero de cielo seco y alivio hondo cuando en Moros sólo llueve café, confeti y estrellas; Ramón de Corpus Christi y nazareno, de patio y Salve Máter; ayer de charanga y charamita, hoy sinfónico y estéreo».



2 Los «mabres» con el bailarín y coreógrafo Antonio Gades y varios miembros de la corporación municipal.

1992 D. Karlos Arguiñano... «Nuestro Mabre de Oro es un homenaje de intimidad y de alto en el camino. Que, por una noche, descanse tranquilo, respire jazmines y escuche chistes tan malos como los suyos entre risas del Sur y amigos nuevos. Desde un Mediterráneo repleto de cuartelillos, casales y barracas, la amistad y la buena mesa. Karlos Arguiñano es el Gran Comunicador de esa idea».

1993 50 Aniversario de las Fiestas de Moros y Cristianos de Elda.

1994 D. Jenaro Vera... «Cuando Jenaro Vera dejó de acaudillar la Fiesta, le llovieron, con perdón, homenajes de mañana, tarde y noche. Los Mabres quietos paraos. Jenaro sólo podía ser el Mabre de Oro del 50 Aniversario de la Fiesta. Cincuenta años de lucha por

Moros y por Cristianos. Cincuenta años de paciencia y tenacidad. Otra noche Mabre y Mora y ésta de Aniversario para cenar con la Fiesta; para brindar por la Fiesta; para abrazar a Jenaro y darle el Mabre de Oro».

1995 D. Raimundo González Frutos... «Cuando pocos sabían llevar el sol, la huerta y el Mediterráneo a los fogones, él ya estaba de vuelta. Cuando a los snobs se les llenaba la boca de «nueva comida» y pagaban por no comer, él mimaba a sus clientes-amigos de su Rincón de Pepe murciano con condumios irrepugnables y viandas esplendorosas. Cuando el Norte arrasaba, él esperaba con sonrisa sarcónica y paciencia entre sabores viejos de romero y de tomillo; de cantueso y de albahaca; de macetas encendidas y platos bien rebañados».

1996 D^a. Ana María Sánchez... «Después de tanto Mabre gastronómico y festero este Mabre de Oro suena a coro de ángeles y música celestiales. Ana María entra en la historia Eldense y Mabre como está entrando en la historia de la Lírica: a bombo y platillo y por la puerta grande. Esta noche no cantará; es una noche de palabras emocionadas y risas entre amigos».

1997 D. Antonio Gades... «Su Historia con Elda es una Historia llena de Desencuentros y Espaldas Vueltas. Ya es Hora de Remediar y Reencontrarse. Juega a Favor una Madre y un Pueblo. Los Mabres somos hoy Notarios de ese Reencuentro. Bienvenido sea Antonio Gades a su Casa y a Su Pueblo».

Fue un Mabre de Oro muy especial. Se celebró del día de la Alborada a mediodía, toda una revolución en el protocolo Mabre. Asistió el Alcalde Juan Pascual Azorín y los Concejales Manuel Serrano, Domingo Orgilés y Benjamín Ortuño. Fue un acto entrañable y entre amigos; fue el distendido prólogo al Pregón que esa noche iba a dedicar Antonio a su Pueblo. Esa mañana nació un vino, el «Señorio del Mabre» «Blanco Gades», un vino de encuentros y de festejos.

En las puertas de un nuevo siglo que se anuncia, nuevos Mabres de Oro irán engrosando las filas de esta Sociedad Eldense. Cuando el siglo XXI termine, 102 nuevos Mabres de Oro habrán sido agasajados por una quincena de eldenses animosos que seguirán manteniendo el espíritu y el amor de la primera generación de Mabres de Elda.

Para orgullo de propio y golica de extraños.

El homenaje a Evelio Esteve

Mis impresiones personales

EFEMERIDES

por

OCTAVIO J. PEIDRÓ

uando me presentaron a Evelio una tarde del pasado mes de julio se me antojó un hombre humanamente sencillo, un hombre tímido y bueno, un ser todo simpatía y corazón, que escondía detrás

de su serio semblante la genialidad, la figura, la voz. Me di cuenta enseñada de que todo iba a salir bien.

Entonces me presentaron a Rosita Abril, su esposa, y encontré una personalidad totalmente diferente, un talante dinámico, dicharachero, chispeante, con buenas dosis de humor en todo momento. Encontrábamos en Evelio y Rosita una complementariedad bien notable.

Paco Martínez Olcina (director general del Homenaje) y yo, habíamos trabajado juntos en varios espectáculos, tanto en la Agrupación Lírica que él dirige como en montajes teatrales con las compañías que yo dirijo. Fue Paco el que me ofreció la dirección musical de lo que se preveía un ambicioso proyecto, y como a posteriori así fue. Después de pasado ya el homenaje tengo que decir que Paco y yo volvimos a trabajar una vez más con la compenetración y rigurosidad de siempre. Alrededor de nosotros, por supuesto, figuras fundamentales



1 Evelio Esteve durante el pregón de las Fiestas de Fallas de este 1997.
Foto: Juan José Pagán.

en la Producción del espectáculo: Gabriel Martínez, Francis Valero y Andrés Molina (este último el que nos metió a todos «en el ajo»). La importancia del trabajo de estas personas mencionadas es crucial.

El trabajo durante todo el mes de julio con las corales fue de una eficacia y una seriedad francamente dignas del mayor elogio. Así tengo que destacar la ayuda y el apoyo del maestro concertador Mario González Puche, persona a la que personalmente no conocía y con la que conseguí una unión de criterios muy positiva para el montaje. Por ello las calurosas noches del

mes de julio se nos fueron con la «Gran Vía», «El puñado de rosas» o «La Verbena de la Paloma». De esta manera, nos fuimos de vacaciones con mucho trabajo adelantado: coros, el Libro-biografía escrito por el amigo José Luis Bazán, las entradas, la cartelería... (todo ello hablado y discutido en largas y numerosas reuniones en el Ayuntamiento con el concejal de Fiestas).

Termina el mes de Agosto. Todos regresamos de nuestras merecidas vacaciones para reencontrarnos con la realidad patente de quedar 15 días para

te extraordinaria, pero eso es otro cantar.

El día de la actuación llegaba. Los decorados se terminaban, los vestuarios se acababan y todo parecía estar en orden y listo para el gran momento. El problema de la acústica al fin se solucionó mediante tecnología, esto es, micros en la orquesta y en el escenario, y altavoces en todo el teatro.

El lunes 15 de septiembre me levanté temprano para repasar algunas lagunas de última hora. Esa misma mañana me acerqué al teatro para «husmear» los preparativos del montaje y para ensayar con las hijas y el yerno de Evelio que ya estaban en Elda. Y es que hay que decir que la actuación se tuvo que efectuar un lunes porque precisamente ellos es el único día que libran en el Teatro Español de Madrid donde interpretan «La venganza de don Mendo», el famoso astracán de Muñoz Seca. De esta manera me reuní en el Cervantes con mi alter ego, es decir Mario, el pianista, y en los locales del CEE enfrente de Correos pudimos ensayar con Raquel, Roxana, Carlos y, que se me olvidaba, Rubén, un cantante muy simpático y con mucha tablas que cautivó al público con su interpretación del Padre Prior.

Ya por la tarde iniciamos a las 6 un ensayo general con cantantes, orquesta y coros para ajustar, sobre todo, algunos pasajes musicales que tenían más complejidad. Mientras esto se llevaba a cabo los demás seguían trabajando para dejarlo todo listo, ya que a las 8:30 de la tarde la gente ya se agolpaba en las puertas del Teatro Cervantes, tanto es así que acabando el ensayo general ya había gente entrando a la sala para tomar asiento. Lo demás fue una cantidad enorme de gente en los camerinos improvisados del teatro que nerviosamente se vestían, se maquillaban, daban los últimos repases a sus papeles, una orquesta que afinaba a las órdenes del concertino, y un protagonista como Evelio Esteve que se comportaba como uno más de la fiesta, con tranquilidad, disimulo, en definitiva, con ejemplaridad.

Del espectáculo en cuestión que quieren ustedes que les diga. Tantas sensaciones, tantas emociones vividas en tan poco tiempo, dan como resultado un cúmulo tan grande de impresiones que es difícil explicar con palabras lo que aquella noche se vivió. Y en cuanto a Evelio seguro estoy de que este homenaje pululará por su mente por mucho tiempo, y si no que se lo digan a sus hijas.



②

②

Evelio Esteve y su mujer Rosita
Abril en el transcurso del
homenaje en el teatro Cervantes.
Foto: Juan José Pagán.

el homenaje. Lo apremiante musicalmente hablando era la Orquesta sinfónica y con ella arrancamos de nuevo. Gracias a dios nos llegaron a tiempo las partituras de Madrid que enviaba la Sociedad General de Autores, ya que la cosa no estaba del todo clara. De esta manera, con la Orquesta trabajada pudimos hacer un ensayo en el Cervantes el día 10 de septiembre con Orquesta y Coros, del cual extrajimos conclusiones determinativas para la mejor resolución del espectáculo. Hay que decir que la acústica del Teatro-cine Cervantes no es precisamen-

Se celebró el homenaje a Vicente Valero y Joaquín Romero



El pasado día 11 de septiembre dentro de la programación de las Fiestas Mayores, y organizado por la Concejalía de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Elda, tuvo lugar en el café-cultural «La Madrassa» de Elda, el anunciado homenaje a los periodistas veteranos:

D. Vicente Valero y D. Joaquín Romero.

Dicho acto fue muy concurrido, asistiendo los familiares, amigos y un numeroso público al que previamente se había invitado, estando prácticamente abarrotado el citado local.

Iniciaron el acto los presentadores de Radio Vivir Charo Moreno y Rafael Juan, que fueron los mantenedores del homenaje. Intervino en primer lugar el Concejal de Cultura re-

①

Los homenajeados con los alcaldes de Elda y Petrer, y el concejal de Cultura del Ayuntamiento de Elda.
Foto: Cruces-Ernes.

POP

REDACCIÓN DE ALBORADA



2
Joaquín Romero y Vicente Valero
con sus esposas en un momento
del homenaje.
Foto: Juan José Pagán.

saltando los rasgos profesionales y humanos de Vicente Valero y Joaquín Romero, fundamentalmente el primero en sus artículos en «Valle de Elda» y como corresponsal de la Agencia «Efe» en nuestra ciudad. Y Joaquín Romero como profesional de «Radio Elda», «Radio Elche», «Televisión C-4», así como corresponsal del diario «La Verdad».

Charo Moreno glosó la vida y obra de Vicente Valero que a sus 81 años siente la alegría de vivir, tanto es así que piensa llegar al 2004 para disfrutar del aniversario de los Santos Patronos de Elda, la Virgen de la Salud y el Cristo del Buen Suceso.

Valero por su parte relató la curación en Lourdes de modo milagroso, según él, de una monja enferma terminal.

Rafael Juan en tono distendido, mantuvo una curiosa y original entrevista con Joaquín Romero y algunos asistentes al acto, sobre la vida profesional de Romero y su comentada entrevista a Marujita Díaz, así como las retransmisiones importantes, con el Eldense cuando jugaba el ascenso a segunda división.

Ambos personajes fueron muy aplaudidos y se apreció en el ambiente un inmenso calor humano del afecto y aprecio.

Posteriormente, se ofreció sendos ramos de flores por la organización a las señoras de los homenajeados entre un aluvión de aplausos.

Más tarde se leyeron las adhesiones al acto, siendo de destacar la de Antonio Porpetta desde Madrid, así como del equipo de redacción de «Valle de Elda» Alberto Navarro, Rodolfo Guarinos y Eduardo Gras, así como de otros colectivos culturales de la ciudad.

Los compañeros de los medio de comunicación les regalaron sendas placas de emocionado recuerdo.

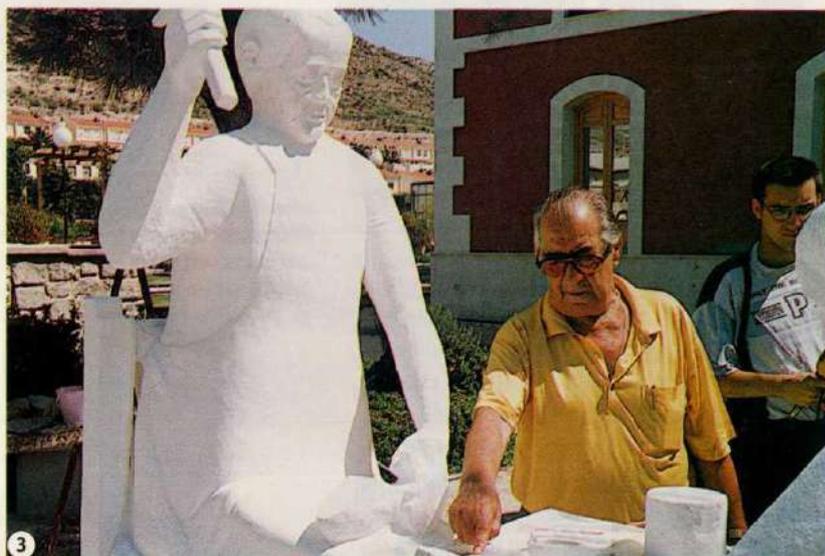
Lo mismo sucedió con los alcaldes de Petrer y Elda José Antonio Hidalgo y Juan Pascual Azorín, respectivamente, que ofrecieron obsequios y placas a Valero y Romero.

Posteriormente, los homenajeados muy emocionados, agradecieron a todos este reconocimiento público.

Cerró el acto el Alcalde de Elda Juan Pascual Azorín, que recaló su amistad con ambas personas desde muchos años, así como elogió la dedicación de nuestra ciudad.

Finalmente se ofreció un vino español a todos los presentes.

3
Joaquín Romero junto al
monumento al zapatero en las
instalaciones de la Casa Colorá.
Foto: Manuel Serrano.



Premios La Madrassa

EFEMERIDES

Desde hace dos años, nuevas voces, pinceles, plumas y artistas de lo más variado han dado a conocer su nombre y su obra más allá de las paredes de esta pequeña sala. Intentamos cumplir así con la misión de poner un grano de arena en el difícil camino que decide emprender cada artista de este valle.

La Segunda Gala de los Premios Madrassa ha sido la mejor recompensa que hemos recibido al tratar de mantener viva la cantera artística de nuestra ciudad. En esta ocasión el acto cultural contó de nuevo con el marco de la casa de la cultura; la poetisa Evangelina Lorenzo, el músico Javier Ortiz, el fotógrafo Luis Cutillas, Edy (el Mago) y el pintor Jaime Miguel Carpio recibieron el merecido galardón a su trabajo. El apoyo que encontramos, una vez más, por parte del Ayuntamiento y algunos amigos como Emilio, Pedro, El Biuti, Charo y Antonio, Luis, Paco y Tele Elda, junto a los medios de comunicación, en general, ha sido el mejor reconocimiento a nuestra labor para ayudarnos a incrementar nuestra lista de premiados. No hay que olvidar que la sorpresa de la noche estuvo protagonizada por Pepa Sarrió y Juan Miguel Reig, a los que esperamos en la tercera Gala tras su salto a la fama sobre los escenarios valencianos.

Entre las imágenes para el recuerdo nos queda la de Carolina Gonzálvez, quien emocionó al público con sus poemas cargados de vida y ternura. Ahora, felicitamos a Manuel Serrano por permitirnos conservar parte de la obra literaria de Carola al editar su primer libro.

También, los periodistas eldenses, Vicente Valero y Joaquín Romero, fueron el centro de un emotivo homenaje organizado por la Concejalía de Cultura en reconocimiento a su larga y prolífica trayectoria profesional.

Esta iniciativa sigue siendo un placer y mantendremos un sillón vacío para que sea ocupado por nuestros personajes más queridos y merecedores de nuestro aplauso.

Una temporada más, nos enfrentamos con una apretada agenda cargada de nombres de artistas que esperan su primera oportunidad. La cita ya sabes que tiene lugar en La Madrassa.

Recuerda, buscamos nuevos talentos.



por

M^o J. SÁNCHEZ y H. SÁNCHEZ



Se cumplen ya cien años de la mítica fecha de 1898: el Desastre de la Armada Española en Cuba y la pérdida de las colonias fueron efemérides de un año que impactó sobremanera en la conciencia de los intelectuales de la época. Tan importante fue esta fecha en la historia moderna de nuestro país que dio pie a la investigación azoriniana de la «generación del 98», marchamo acuñado en sus artículos de 1912, que tanta repercusión ha tenido en la literatura española del siglo XX.

A las puertas de 1998, nos encontramos en el momento idóneo para reflexionar sobre la auténtica envergadura de los acontecimientos históricos y políticos que desencadenaron la crisis de 1898, así como para precisar el alcance real de los mismos en la mentalidad de la sociedad española del momento;

Centenario de la Generación del 98

por

ANA MARÍA ESTEVE LÓPEZ

Profesora de Lengua y
Literatura del Instituto
Monastil

EFEMÉRIDES



1

lejos de la mediatizada visión ofrecida por los intelectuales, que fueron en realidad los que se sintieron defraudados por el fracaso de la actuación de la Armada Española y los que consecuentemente asumieron dicho fracaso como propio, extendiendo su crisis personal a la sociedad en general. Creo que desde el punto de vista histórico quedan todavía muchos aspectos por matizar y muchas cuestiones que limar. Precisamente con el ánimo de subsanar errores generalizados han aparecido recientemente en el mundo editorial dos libros de inestimable valor: *La España del Desastre* de Javier Figuero y Carlos G. Santa Cecilia y *La España del 98* de J. Eslava Galán y D. Rojana Ortega. El primero de ellos, escrito en forma de diario, nos pone al corriente de los acontecimientos más relevantes ocurridos en todos los órdenes de la vida española de 1898. El segundo compagina la exhaustividad y rigor de los datos sobre la explosión del Maine y el desencadenamiento de la guerra, evitando la manida explicación de la inferioridad de medios de la flota española frente al poderío de la estadounidense, con otros enfoques más interesantes, quizá por ser desconocidos, como el capítulo dedicado a la «Vida cotidiana de los españoles del XIX». A estos aciertos habría que añadir la fina sensibilidad de los autores en la selección de los grabados e ilustraciones que adornan el libro y que lo convierten en un

material de grandísima utilidad y de fácil y amena lectura para el aficionado a la historia y la literatura de la España finisecular.

Pero no es la vertiente histórica y social de los acontecimientos la única importante de aquel «annus horribilis» de 1898 (identificado con el atraso, oscurantismo y decadencia del Desastre de toda nuestra historia nacional) sino que quedan todavía muchas otras facetas por investigar, como el arte finisecular (los pintores del 98: Aureliano de Beruete, Darío de Regoyos, Zuloaga, etc.); la literatura «mediocre» —quizá no tanto— de muchos escritores que aunque no fueron primera fila ejercieron una notable influencia en los del 98, llegando a ser considerados como los precursores de esta generación, (Alejandro Sawa y Silverio Lanza, entre otros); la profundización en el pensamiento de los ensayistas del grupo (Ganivet y Maeztu) que, por no ser autores de obras literarias de mayor divulgación, no alcanzaron la fama de sus compañeros de generación, cuyas ideas fueron el soporte de gran parte de los pensadores españoles de las décadas siguientes; la revisión de la obra de Benavente desde una perspectiva teatral ajena a los prejuicios antiburgueses que siempre la han rodeado y que han cerrado en torno a ella un hermetismo absoluto y un rechazo que, más que apoyarse en consideraciones literarias, se basa en lo que se

1

la Generación del 98 vista por el artista I. Zuloaga.

2

la Generación del 98 vista por el artista I. Zuloaga.

crea un justo castigo para quien tuvo la osadía de tener un gran éxito de público en un momento en que la moda era ser un revolucionario y automarginarse de la tradición literaria más reciente; y así seguiríamos enumerando otras tantas tareas a realizar.

Son muchos los actos conmemorativos que están a punto de iniciarse en este año de 1998. Desde todos los ámbitos sociales e institucionales se prepara una contribución a la celebración de dicha representativa fecha. TVE, por ejemplo, está preparando una serie de documentales sobre los autores del 98, que esperamos con ilusión, porque parece ser un proyecto muy ambicioso. Diferentes instituciones culturales se están ocupando de la celebración de Congresos con la participación de ilustres especialistas que, a buen seguro, aportarán nuevos datos y originales enfoques de la cuestión. Ya se ha oído hablar de algún Congreso que tratará la vertiente histórica de la guerra de Cuba y la cuestión del Desastre nacional. Tampoco faltarán los Coloquios sobre literatura noventayochista, como el ya celebrado recientemente en la Universidad de Pau (Francia), en colaboración con la CAM, con el lema «Azorín y la generación del 98», en el que intervinieron numerosos investigadores de Alicante y provincia. Añadiremos también a esta lista de actos conmemorativos la organización de diferentes exposiciones, como la que se prepara en Madrid desde el Ministerio de Cultura y la que pronto tendremos ocasión de ver patrocinada por la CAM, a través de la Casa-Museo Azorín en Monóvar.

A todos estos actos de gran escala, se unirán otros muchos más modestos, pero no menos importantes por su repercusión a nivel local, como la realización de cursos, talleres, seminarios, etc., organizados por diferentes instituciones culturales y educativas.



Dentro de esta modesta, pero apasionante contribución, se halla el homenaje que el Instituto Monastil de Elda pretende hacer a la conmemoración del centenario del 98 y que ocupará gran parte de las actividades escolares y extraescolares de este año académico. El homenaje contará con el patrocinio desinteresado de la obra social de la CAM y de la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Elda y será el marco para muy diferentes actos en torno al 98, como la celebración de concursos entre los alumnos sobre ensayo, pintura, cuentos, carteles, etc.; la lectura e interpretación de obras de autores noventayochistas, un recital de poemas de Machado, la dramatización de textos de ese periodo, la realización de un video-reportaje y la impartición de charlas y conferencias en el Centro a las que se invitará a varios especialistas en el tema. Esperamos que este homenaje no sea sólo de puertas adentro del Instituto, sino que a través de la divulgación de alumnos y profesores, podamos implicar al pueblo de Elda y a todos los que tengan algo que decir o interés por saber algo más sobre el 98.

② El escritor monovero José Martínez Ruiz, *Azorín*, fue uno de los más destacados miembros de la Generación del 98.

La prensa eldense puesta en solfa

LIBROS

1107

FERNANDO MATALANA HERVÁS

El pasado 24 de octubre se presentó en el salón de actos de la Asamblea Local de Cruz Roja el libro *La prensa periódica en Elda (1866-1992)*, de Alberto Navarro Pastor, que se enmarca con el número 15 -

séptimo de los aparecidos hasta ahora- en la *Historia de la prensa alicantina* dirigida por el profesor Moreno Sáez, ambicioso proyecto que, auspiciado por el Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», trata de recuperar, catalogar, microfilmear y difundir el patrimonio hemerográfico provincial. La obra de Alberto Navarro recoge, como su título indica, un amplio estudio de todas las cabeceras aparecidas en Elda durante ese periodo de casi 130 años. Consta de dos partes bien diferenciadas: un análisis previo en el que se aborda de forma diacrónica la evolución de los distintos periódicos y revistas, 

La prensa periódica en Elda (1866-1992)

ALBERTO NAVARRO PASTOR

Alicante: Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1997
407 p. ; 24 cm. (Historia de la prensa alicantina / director, Francisco Moreno Sáez; n. 15)

Alberto Navarro Pastor



LA PRENSA PERIÓDICA EN ELDA (1866-1992)

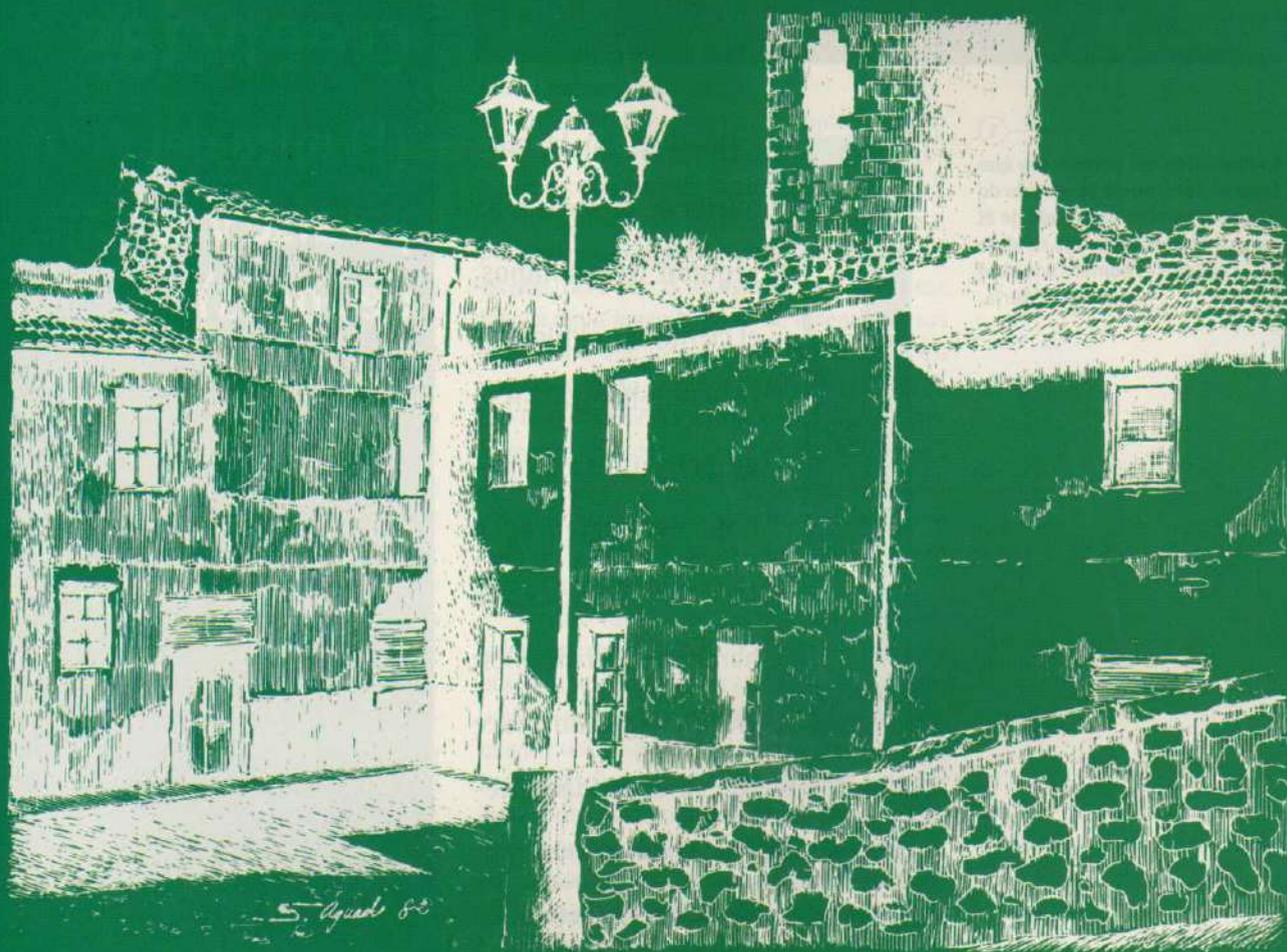
metodizando las distintas épocas en que salieron a la luz y estableciendo, por afinidad de materias, diferentes grupos temáticos y una segunda parte, más importante y significativa, que comprende el catálogo alfabético de las 94 publicaciones periódicas -algunas de duración muy efímera- surgidas entre 1866 y 1992, en el que el autor, sirviéndose del modelo de ficha adoptado por la institución editora, describe de una forma pormenorizada y exhaustiva todas y cada una de ellas. Y es aquí donde, a nuestro juicio, reside el verdadero valor del libro, donde se aprecia el trabajo callado, riguroso y carente de todo protagonismo que a lo largo de los años ha desarrollado el Cronista Oficial de la Ciudad sobre un tema que le resulta especialmente grato y del que es una consumada autoridad; en este caso, no sólo se ha limitado a aplicar unas normas catalográficas preestablecidas, sino que, llevado quizá de su afán de amenidad, desgrana anécdotas sobre redactores, «empresas» periodísticas, acogida popular, relaciones entre periódicos, etc. que muy pocos conocen. Fruto de su curiosidad e inquietud, ha venido a acrecentar el grado de conocimiento que teníamos sobre la historia de la prensa lo-

cal a base de un trabajo de recopilación de fuentes, de investigación y contraste de datos que le han llevado a unas no menos significativas revelaciones como, por ejemplo, establecer la que, por ahora, se considera como la primera publicación seriada aparecida en nuestra ciudad, el programa de fiestas septembrinas de 1866, o el primer periódico eldense propiamente dicho de que se tiene noticia: *El Águila*, publicado once años más tarde, así como la localización del que parece ser único ejemplar conservado en la actualidad del semanario *Juventud*, que data de principios del año 1922. Señalemos, asimismo, que ha sido la primera vez que un estudioso del tema se ocupa de reunir y sistematizar las publicaciones periódicas eldenses surgidas con posterioridad a la guerra civil.

Por todo ello, es claro que el último libro de Alberto Navarro está llamado a convertirse en un manual de consulta obligada para amantes e investigadores de la historia local en sus distintos aspectos, puesto que constituye una guía imprescindible para la consideración de la prensa como objeto con valor en sí mismo y para su aprovechamiento como fuente historiográfica, «una fuente multivalente de carácter privilegiado en la historia contemporánea».

Hemos de decir para finalizar que ya va siendo hora de que el encomiable quehacer de este historiador, cronista y director de periódico, entregado desde hace más de 50 años a la investigación humanística y a la profunda indagación en el conocimiento cultural de su pueblo, responsable de cientos de artículos que han aparecido en los más variados medios, autor de libros como la *Bibliografía de Elda* (1957), *Historia de Elda* (1981), *Vida y versos de El Seráfico* (1982, 1996) y de otros que guarda inéditos en espera de que alguna entidad u organismo se interese por ellos y se digne publicarlos, colaborador de obras colectivas como *Elda en tres décadas* (1980), *Elda, 1832-1980. Industria del calzado y transformación social* (1992), participe en diversas iniciativas culturales que sería prolijo detallar en estas líneas y distinguido con diversos premios, obtenga a sus 76 años el justo reconocimiento que merece, por parte de sus conciudadanos y de las instituciones que los representan, al conjunto de su labor intelectual.

ENSAYO



ALBORADA



① La Expulsión del paraíso hay que interpretarla no en el sentido de que el hombre es echado de él sino que es el edén el que se aleja cuando el hombre adquirió sabiduría.

El Hombre, en la búsqueda de la Verdad, ha seguido tres caminos: el científico, el filosófico y el religioso. En el primero utiliza el método experimental, a través de hipótesis que han de ser verificables; en el segundo hace uso preferente de su capacidad intelectual y obtiene conclusiones por deducción o por medio inductivo; en el tercero hay más bien un contacto más directo con la Trascendencia mediante su capacidad afectiva. Son formas complementarias con un mismo fin y su comprensión conjunta la mejor manera de acercarse al conocimiento de Dios.

Lo pagano en el origen de nuestras creencias

(El mito del paraíso y el viaje de Jonás)

por

ENRIQUE SELVA POVEDA

La tercera vía, la religiosa, la que voy a tratar en este ensayo, es, como todo lo humano, evolutiva. En su largo camino histórico el hombre ha tenido oportunidad de acercarse a Dios, por esta vía, a través de la Revelación y del mensaje que expresan las propias criaturas creadas; pero siempre de forma progresiva, a pequeños pasos.

Esta capacidad le ha sido dada a todos los pueblos, bien es que ha habido algunos que han estado especialmente dotados para alcanzar un nivel relativamente elevado de comprensión de la trascendencia y de perfección moral – ej., los egipcios, indios, chinos y, sobre todo, los hebreos; también los pueblos aborígenes americanos–. Queda con esto dicho que la capacidad religiosa de acercarse a la Verdad no es exclusiva y que en todas las religiones –desaparecidas o actuales– hay aspectos positivos dignos de consideración y, como luego indicaré, todavía actuales.

Si miramos a la historia no como caducidad sino como permanencia. Si pensamos que nuestra personalidad es nuestro presente más lo que hemos sido. Que en nuestra forma actual de pensar, sentir y actuar influye toda nuestra experiencia anterior. Y que nuestra vivencia religiosa presente es fruto de nuestra experiencia religiosa evolutiva a lo largo de nuestra existencia.

Pero no sólo de la nuestra individual. También de la experiencia colectiva de toda la Humanidad. El inconsciente colectivo (JUNG) –fruto de la vivencia colectiva y expresado simbólicamente a través de mitos diversos– sigue actuando al modular nuestra manera, nuestra afectividad sobre todo, de relacionarnos con Dios.

Por ello, inevitablemente, lo pagado está inmerso en nuestras creencias, las cristianas. Pero no hay que considerarlo como algo peyorativo, sino como una rica aportación vivencial a nuestro sentir religioso. El mito no es leyenda muerta, sino realidad actuante; y lo es porque todavía habla a nuestro inconsciente, a modo de mensaje afectivo y de esta forma condiciona nuestra conducta. También la religiosa.

El mundo religioso de Oriente Medio

El hombre, al comienzo de su inquietud religiosa, ante el cúmulo de fenómenos inexplicables que le rodean, piensa que existe un

dios detrás de cada uno de ellos. Sin Revelación, no tienen otro camino para acercarse a Dios que el conocimiento de las cosas. El peligro está en quedarse en ellas, limitarse a los datos científicos sobre las mismas y no transcender hacia su por y para qué a través del pensamiento religioso.

Hay que reinterpretar el papel del Mundo en relación con Dios. La famosa oposición arquetípica entre ambos, tan bien expresada por S. Agustín en el contraste entre Eva y María, hay que mirarla con otros ojos. Ver no oposición sino culminación de aspiraciones, relación entre deficiencia y plenitud, ya que el Mundo, en su existencia, como creado por Dios, también es bueno.

El pueblo Sumerio, por ejemplo, creía en un dios detrás de cada fenómeno, tan real como él y comprendido antropológicamente. Y así, un junco sirve para construir una casa, para hacer un caramillo o como utensilio del escriba, pero detrás de estas posibilidades estaba la diosa junco Nidaba. No inventaban sus dioses sino que los encontraba alrededor. La jerarquía de su panteón venía determinada por la repercusión sobre el hombre de los fenómenos que dominaba cada dios: presidía **Anu**, señor del cielo; **Enil**, su hijo, ejecutaba sus designios; la tercera gran deidad era **Nin-tu**, la Tierra, fecundada por **Enki**, dios del río y el manantial...

En su conjunto, estos dioses tenían un nivel moral muy bajo. Pero el pueblo Sumerio poseía unas características religiosas, sociales y políticas que repercutieron sobre el pensamiento religioso hebreo. Se estructuraban en forma de ciudades dotadas de gran autonomía. Todas acaban a un mismo conjunto de dioses, pero cada una de ellas estaba bajo la protección especial de una deidad en particular–Nippur pertenecía a Enlil, Ur a Nanar (la Luna), Babilonia a Marduk...–.

El gobierno de cada ciudad era teocrático y toda la vida tenía su punto de referencia en el templo; el mismo rey era el sumo sacerdote. Con el tiempo se fue complicando el fenómeno ceremonial y para el ciudadano corriente el dios se hacía inaccesible, lejano. Hizo falta un intermediario entre el dios de la ciudad y el simple creyente, el **dios familiar**, confundido con la familia misma.

Aquí está entroncado el nacimiento de las creencias originales hebreas. Este pueblo, descendiente de la rama occidental de los semitas –que ya poblaban en el tercer milenio las



El dios familiar...
El dios familiar...

tierras de Siria-, se situaba entre la hendidura del Jordán y las estribaciones de Anatolia. Según la tradición, su primer lugar fue Harrán; después, una parte del pueblo descendió hasta Ur, donde se supone que nació Abraham. Estas dos ciudades, Harrán y Ur, eran las capitales de los reinos terrenales de la diosa luna Nannar. La religión de Abraham fue, pues, la de Ur; más adelante los judíos dirían que «sus padres honraron a extraños dioses más allá del río». El supuesto padre de Abraham, Taré, es en realidad el nombre hurrita de la diosa Luna en Harrán.

וְיָצֵאתָ מִבְּרֵית אֲבֹתֶיךָ וְלָבִיתָ אֶת אֱלֹהֵי אֲבֹתֶיךָ
וְלָבִיתָ אֶת אֱלֹהֵי אֲבֹתֶיךָ וְלָבִיתָ אֶת אֱלֹהֵי אֲבֹתֶיךָ



② Rabinos hebreos celebrando la Pascua. El sacrificio del cordero pascual fue una superación de los antiguos sacrificios humanos. El relato del sacrificio frustrado de Isaac por su padre Abraham expresa simbólicamente esta transición.

Es muy probable que Abraham fuera contemporáneo de la civilización de Larsa (1920-1800 a.C.), período en que alcanzó su máximo desarrollo el culto al dios familiar. Cada casa disponía de su capilla doméstica, bajo cuyo pavimento estaban las tumbas de los antepasados. Este culto fue sustituyendo al distante del Templo, acentuado además por la crisis política y religiosa creada por la presión exterior de otros pueblos. Al dios familiar se refiere Jacob cuando ante su primo Labán invoca al «Dios de Abraham, Dios de Nahor y el Dios de su padre».

En Harrán seguían también las mismas creencias. Aplicaban, por ejemplo, la ley hurrita que determinaba la posesión por el primogénito de la figuritas «terafim» del dios familiar (Génesis, XXXI, 19).

El pueblo no empezó a cristalizar en sus peculiaridades hasta que Abraham decidió emigrar hacia los territorios bárbaros de Palestina. Trasladó con la familia sus tradiciones, su cultura, su ética.

En la cosmogonía hebrea se ve bien la influencia sumeria y la de los otros pueblos semitas. Pero también ha marcado su huella en el Génesis ese camino de emigración del pueblo desde tierras ricas en agua y propensas a la inundación a otra en que abraza el sol y el agua se busca como un tesoro.

En el relato del Génesis sobre la creación existe una mixtura de los documentos. El más antiguo, llamado J o Jhavista, es más antropomórfico y restringido al hombre, sus deberes, finalidad, etc. El posterior, llamado Sacerdotal, escrito por personas cultas, da una visión más amplia del origen del Universo. Pues bien, en este último la cosmogonía está dominada por el agua, considerada hostil al hombre —la conquista del suelo cultivable, supone desecar los pantanos mesopotámicos?—; en el documento Jhavista, en cambio, lo dominante es un desierto que ha de ser hecho fértil por la lluvia y los manantiales.

El relato del Diluvio también está relacionado con la leyenda sumeria de Gilgamesh. Aunque relatos semejantes estaban extendidos hasta el confin del mundo —la leyenda de Túbal, céltica, en el Finis Terrae español—. Muy probablemente se trataba de recuerdos de la última convulsión geológica; hubo varias inundaciones después del hundimiento del estrecho de Gibraltar y el maremoto que lo produjo todavía permanecía en la memoria de la época de Virgilio; el mar del Sahara se vaciaría en el Mediterráneo. La duración que el Génesis marca para el Diluvio es simbólica —40 días—, indicativa del tiempo de purificación y que se repetirá luego frecuentemente en la Biblia.

Como decía, Abraham, al llevarse a su familia con sus formas de vida, tuvo que realizar una solución de continuidad con su vida religiosa pasada. La diosa Luna ya no tenía autoridad fuera de sus ciudades; además, necesitaba un templo; por ello fue dejada atrás. Lo único que Abraham podía llevarse consigo era su dios familiar.

Por entonces cualquier viajero, al dejar una ciudad dejaba de adorar al dios respectivo, para acatar al de la ciudad visitada. Y así, Abraham paga diezmos al sacerdote-rey de Salem. Sin embargo, al ir con sus rebaños, tenía que eludir las villas cananeas y vivir en tierra de nadie,

donde no llegaba la jurisdicción de los dioses. Hay que tener en cuenta también que la mentalidad que traía consigo el pueblo hebreo le hacía menospreciar a los pueblos de la región (Rebeca, Génesis XXVII, 46); arrastraba las leyendas mitológicas de donde procedía y el dios familiar fue ocupando el puesto de los grandes dioses.

Su relación con los cananeos, como se ha indicado, fue más de oposición y reafirmación de su fe por contraste que de sincretismo. Las creencias de los mismos estaban muy relacionadas con las fenicias. Adoraban a Baal —el Señor, dios de la tempestad y del rayo (similar al mesopotámico Hadad)—, a su mujer Astarté y al joven Adonis que muere y resucita. En Tiro el dios más reverenciado fue Melqart, dios-sol, más adelante identificado con Apolo. Existían colegios sacerdotales organizados, incluso aparecieron profetas de Baal (Reyes, I, XVIII). Su ritual era muy despacioso y con sacrificios humanos ofrecidos a Malik —Molok en la Biblia—, dios de los primogénitos. Tenían ya la concepción de que el destino tras la muerte era influenciado de algún modo por la forma en que se había vivido.

Para el sirio el sacrificio a los dioses, considerado como necesario en todos los pueblos del Oriente Medio, suponía un acto mágico ya que por medio de la sangre tenía acceso al dios, comunicaba con él —la oración—. La víctima animal haría después de chivo expiatorio de las culpas del oferente.

Si bien el pueblo hebreo sufrió parcial contaminación en sus relaciones con Canaán, donde perdió sus creencias fue durante su estancia en Egipto, en contacto con una cultura y una religión más elaboradas. Fue necesario que Moisés bebiera de las fuentes antiguas de Labain, su suegro, en el desierto, para que arrastrara a su pueblo fuera de la tierra de esclavitud y en busca de sus creencias primigenias. Al dios innominado se le identifica con Jhavé cuyo culto se había extendido entre los semitas occidentales. Se dio entonces un paso fundamental en la concepción religiosa de este pueblo: «Judá era el santuario de Jhavé, e Israel su dominio». El dominio divino pasa de ser un lugar a una comunidad. Pero se necesitó tiempo, un cambio generacional sobre las atormentadas tierras del Sinaí para que fraguara el genio religioso del pueblo de Israel —40 años de purificación—.

El credo mosaico más que monoteísta fue monólatra. A pesar de su larga estancia en

Egipto y la creencia en otra vida tras la muerte de los pobladores de las riberas del Nilo, nada dice el Génesis sobre el destino futuro. El incentivo para la virtud es el de que «tus días serán largos en la tierra que el Señor tu Dios te ha dado». Queda construido el Estado Teocrático.

Este camino en busca de la luz fue largo y trabajoso. Tras el monolatrismo, vino después el monoteísmo pero en una sociedad de tejas abajo en la que ella misma era el Templo de Dios. El compromiso con los cananeos tras el regreso era imposible pues había que mantener la supremacía de Jhavé y la Fe libre de contaminación. Política y religión se confundieron. Las razones para la guerra eran ente todo religiosas, las victorias suponían el pago de Jhavé a la fidelidad de Israel. Este pueblo, individualista, sólo elegía a sus caudillos en los momentos de peligro (los jueces).

Cuando, posteriormente, a finales del segundo milenio a.C., se creó la monarquía, ésta suponía una investidura más que humana. Pero pronto surgieron conflictos entre la autoridad real y el pueblo, entre la sociedad civil y la sacerdotal; pero de esta oposición nació un paso adelante fundamental en el aspecto religioso: la renovación de los profetas (siglos VIII-VI a.C.).

Aconteció entonces una inversión de valores importantísima. De pensar que el poder material de Israel era el resultado de la recompensa de Dios, se pasó al convencimiento de que para que se cumplieran las promesas de Jhavé era necesario que el poder temporal de este pueblo quedara destruido. Y a partir de aquí comenzaría la historia del verdadero pueblo de Dios, bajo la dirección de «El que vendrá». Surge la impresionante claridad de las profecías mesiánicas de Isaías. Y, más tarde, en los tiempos de los Macabeos, la creencia en la recompensa tras la muerte viene a resolver el gran dilema —el frecuente sufrimiento de los justos y la suerte material de los malvados—.

Aquí aparece el origen de pensamientos cristianos posteriores: de la semilla que es necesario que muera para que dé fruto, de la bajada de Cristo a «los infiernos» antes de la Resurrección, de la muerte del hombre viejo de S. Pablo.

Unas palabras tan sólo sobre la relación de Grecia con el Cristianismo. Fue más filosófica que religiosa. La religión griega estaba muy por debajo que la hebrea y, lógicamente, terminaría siendo conquistada por ella. Pero es de so-

El pagano es el templo de los grupos dominantes a controlar la esfera de la divinidad y sus rituales.

El pensamiento religioso de los griegos fue muy inferior al de los hebreos, pero se convirtió después en pensamiento cristiano.

bra conocido que el pensamiento griego influyó tanto en los primeros siglos de nuestra era –y también en los posteriores– que nos privó del nacimiento de una filosofía específicamente cristiana.

Es innecesario pormenorizar sobre este punto por ser archiconocido: la escolástica es hija de la filosofía griega; la interpretación de la Revelación, la esencia del hombre, su relación con Dios se ha visto con cristales de color griego.

Por lo que he ido indicando, la religión no es algo estético, sino cambiante, viviente. Es, como tantas cosas en el hombre, un camino, una marcha. De siempre las estructuras más o menos oficiales de todas las religiones han tenido una tendencia, quizá inevitable, a esclerotizarlas, más preocupadas por salvaguardar el mensaje de que son portadoras que el de buscarles nuevos horizontales. Es por ello que con frecuencia vemos a nuestra Iglesia ir a remolque de los conocimientos científicos o las nuevas formas de pensamiento, como a regañadientes. El pensamiento religioso precisa ser actual.

Todas las cuestiones que he esbozado en la primera parte de este trabajo, los conocimientos antropológicos y culturales en nuestras creencias, son susceptibles de profundización en muchos aspectos particulares. Dedicaré ahora más atención como ejemplo, al Mito del Paraíso y al Viaje de Jonás.

El Jardín del Edén

«Tú les distes a beber del Río de las delicias, pues contigo está la Fuente de la Vida» dice el Salmo XXXVI, 8–9, refiriéndose a la Fuente del Paraíso.

Y los indios de América del Norte hablaban de la Fuente de la Juventud y del Vigor, la que fortalecía a los viejos y fatigados, retomando fuerzas y juventud en la paradisiaca isla de Bimini⁽¹⁾.

Las leyendas celtas citan a la isla de Avalón en la que fluía un arroyo que daba vida a los espíritus de los que habían partido⁽²⁾.

También cuenta la leyenda de Alejandro la busca por el caudillo de la Fuente de la Inmortalidad⁽³⁾.

El lugar donde se encuentra esa fuente, el Paraíso, es una idea universal. Ya en el segundo milenio a. de C. se encuentra citado en la literatura sumeria⁽⁴⁾. Morada de dioses *«clara y radiante, donde no grazna ningún cuervo, nin-*

guna paloma tiene la cabeza mustia, ningún animal se dedica a la rapiña».

No había enfermedad, vejez ni pesar. Jardín regado por las «aguas de la abundancia», salidas de un manantial «del que manaban todas las aguas de la Tierra». Situado en el lugar en que nace el sol, fue morada definitiva del Noé sumerio.

Eurípides describe el «Jardín de las Hespérides» como *«el apacible jardín de Dios junto al mar»*. Y Hércules, en su trabajo número once, va en busca de las manzanas de oro de las Hespérides.

Los aztecas añoraban a Tlapallan, región espléndida, rica, donde se levantaba el rojo sol y morada primera de sus progenitores. Y los Omiches recordaban a Plan-paxil-pa-cayaba, la tierra entre las «Caidas de las aguas» donde *«no se podían contar los frutos ni calcular la cantidad de miel y alimentos (Ximenes, «Or de las Indias»)*.

Cristóbal Colón partió también en busca del Paraíso, situado hacia Occidente, en las montañas de Paria, lugar *«desde el que brotaban corrientes sobre la Tierra»*.

Los budistas nos cuentan su relato sobre «la Tierra de la Felicidad»: Adornada con árboles de joyas, frecuentada por toda clase de pájaros de suaves trinos, donde corrientes de aguas frías y calientes pasan entre campos de verdor⁽⁵⁾.

El Génesis dice que Dios *«plantó un jardín en Edén... e hizo brotar de la tierra toda clase de árboles hermosos a la vista y sabrosos al paladar»*. Lo sitúa al Este, en Mesopotamia. También los sumerios lo fijaban cerca del sol naciente.

Para los Egipcios (Pyramid Texts) la Pradera Feliz, trasladada a los cielos, se sitúa en el cuadrante oriental. Más adelante, al aumentar el culto a Osiris (VI dinastía) se traslada a occidente. Los Majavoes americanos también creían que estaba en el Este y los aztecas llamaban al viento del Este «viento del Paraíso». Los guarayos bolivianos entierran a sus muertos mirando al Este, el fin del viaje⁽⁶⁾.

Pero si los muertos acompañan al sol en su marcha no tiene nada de extraño que en ocasiones se sitúe el Paraíso en Occidente. Y ahí lo colocaban los griegos, en las Islas Afortunadas (HESÍODO. «Los trabajos y los días») e igual otros pueblos (australianos, iroqueses, tribus chilenas, ahitanos).

Se lee en EZEQUIEL, 13:

«Habitabas en el Edén, en el jardín de Dios vestido de todas las preciosidades:

*el rubí, el topacio, el diamante,
el crisólido, el ónice, el berilo,
el zafiro, el carbunco, la esmeralda
y el oro te cubrían...»*

Y, como en él, en otras leyendas de otros pueblos el Paraíso es tierra de oro y piedras preciosas. El mesopotámico Gilgamesh encontró en los árboles del Jardín de las Delicias frutos de cornalina y lapizlázuli (Gilgamesh IX, v. 45-51).

Las escrituras japonesas antiguas budistas del «País de la Felicidad» hablan que por cualquier lugar de «la pradera de Buda» se encuentran joyas y piedras preciosas y los árboles producen oro, plata, berilo, cristal, coral y esmeralda; al dirigirse al cielo Buda con su discípulo Nanda ve retoños de diamantes y lirios con los tallos de lapizlázuli ^[7].

El enano enamorado de la balada escocesa Hin Etin prepara para su amada en el otro mundo una «glorieta muy segura... a base de carbunco y piedras preciosas».

El Génesis también recoge esta antigua concepción sobre el marco paradisiaco y en II,10,11,12 puede leerse:

«Salía del Edén un río que regaba el jardín y de allí se partía en cuatro brazos. El primero se llamaba Pisón, y es el que rodeaba la tierra de Evila, donde abunda el oro, un oro muy fino y a más también bedelio y ágata.»

¿Qué dicen las leyendas, las tradiciones de los pueblos sobre el Manjar del Paraíso?

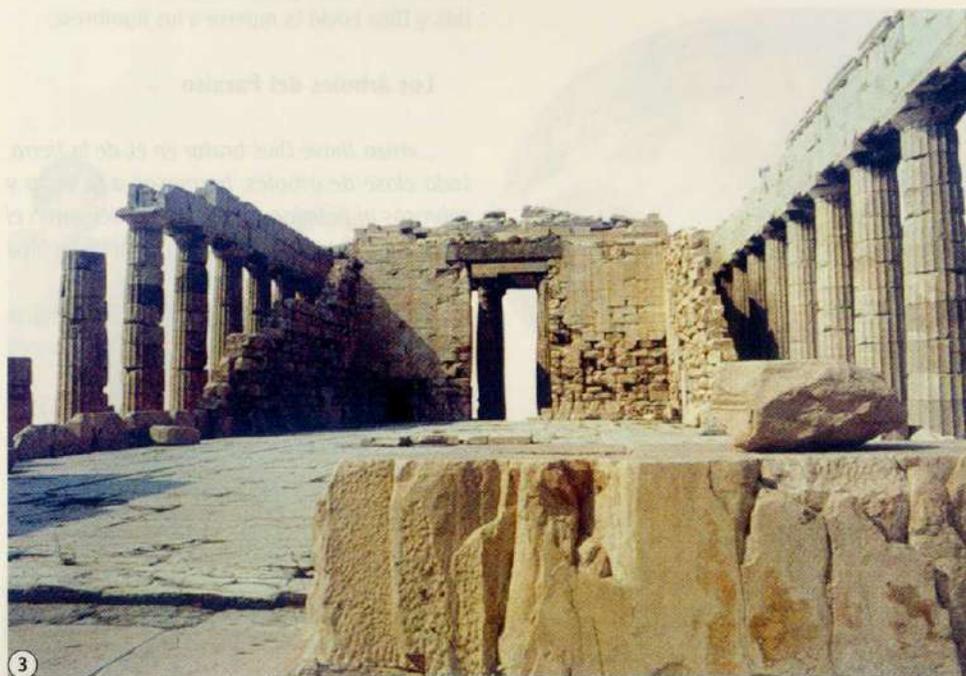
Por ser el Jardín la mansión de los dioses, en él se encuentran los frutos que les confieren sus atributos: inmortalidad, sabiduría... Es decir, los dioses necesitan de sus árboles, de su Paraíso y son celosos de su exclusividad. En el Génesis III, 22, cuando expulsa a Adán y Eva, puede leerse:

«Dijose Jhavé Dios: he ahí el hombre hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; que no vaya ahora a tender su mano al árbol de la vida y, comiendo de él, viva para siempre». No obstante, en el relato bíblico hay una importante innovación: Dios no depende del Jardín sino que es tal antes que exista el mismo, el cual es obra de sus manos: «Plantó luego Jhavé Dios un jardín en Edén, al oriente.»

Una idea semejante inspira otros relatos. Leemos en el Popol-Vuh –libro sagrado de los mayas-quiché– lo siguiente: «Los primeros hombres creados y formados se llamaron el Brujo de la Risa Fatal, el Brujo de la Noche, el Descuidado y el Brujo Negro. Estaban dotados

de inteligencia y consiguieron saber todo lo que hay en el mundo. Cuando miraban veían al instante todo lo que estaba a su alrededor y contemplaban sucesivamente el arco del cielo y el rostro redondo de la Tierra... Entonces dijo el Creador: Lo saben todo ¿Qué vamos a hacer con ellos? Que su vista alcance sólo lo que está cerca de ellos, que sólo puedan ver una pequeña parte del rostro de la Tierra...¿no son por su naturaleza simples criaturas, producto de nuestra mano? ¿Tienen que ser también dioses?».

En la Iliada se cuenta que el principio vital de los dioses en el Olimpo se mantiene porque



3

no comen pan ni beben vino sino néctar y ambrosía. Y se pueden encontrar otras muchas citas en la mitología griega que apoyan la creencia en las propiedades del alimento del Paraíso –Tetis derrama las sustancias citadas en los orificios nasales de Patroclo para conferirle incorruptibilidad, Démeter hace inmortal a Demóforo al derramar sobre él la ambrosía...–.

En el poema cananeo de Aghat, al héroe se le promete que comerá con Baal y gozará de la inmortalidad si hace entrega del arco divino que tiene en su poder.

Lógicamente, como ya se ha indicado más arriba, este manjar se le prohíbe al hombre; es idea aceptada de que todo aquél que come con otro entra de alguna forma en comunidad con él, con su casa. Baal, el dios de la fertilidad y las lluvias, baja a los infiernos al haber sido seduci-

3

El Partenón es el templo de los griegos destinado a contener la efigie de la divinidad y sus tesoros.

El pensamiento religioso de los griegos fue muy inferior al de los hebreos, pero su filosofía inspiró el pensamiento cristiano.

do a tomar el alimento que le ofreció su hermano Mot, el dios de la sequía y la muerte.

En los Zulús de Africa del Sur se encuentra la creencia de que si los muertos toman alimento en el Averno no podrán regresar a la Tierra⁽⁸⁾.

Como última cita, la de los Efe de Africa: Dios encargó a Ba-atsi, primer ser humano –al que amasó de arcilla–, de que sus hijos podían comer libremente de cualquier árbol del bosque, excepto del árbol Tahu. Un día una mujer embarazada tuvo el imperioso deseo de gustar del fruto prohibido e intentó persuadir a su marido; aunque se resistió, al fin accedió; finalmente la luna informó a Dios de la falta cometida y Dios envió la muerte a los hombres».

Los árboles del Paraíso

...«Hizo Jhavé Dios brotar en él, de la tierra, toda clase de árboles, hermosos a la vista y sabrosos al paladar, y en el medio del jardín el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal».

Un árbol de la vida es citado en un antiguo texto egipcio, en cuya busca fue el rey Pheops a una isla lejana.

La tradición se encuentra también en el budismo chino. Y en la isla de Avalón –Paraíso céltico– había un avellano cuyos frutos eran dadores de vida a los bienaventurados y a los dioses.

El fruto del árbol de la vida como premio aparece en el Apocalipsis (II,7) «Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida que está en el paraíso de mi Dios».

El Jardín del Edén, el Paraíso, se encuentra descrito, pues, en todas las culturas, es universal. Y al considerarlo así no queda más que admitir su verdad; no verdad objetiva sino humana. Cada civilización le ha dado su colorido especial, hay variaciones anecdóticas, pero la esencia del relato es siempre la misma: lugar de paz, felicidad, abundancia, fuentes de vida y árboles cuyos frutos confieren supremos dones a los habitantes del Jardín.

Meditando detenidamente sobre lo expuesto se puede vislumbrar una profunda realidad expresada en forma simbólica: la historia de nuestra propia vida, la individual, transferida a la general de la Humanidad a través del inconsciente colectivo.

Es la expresión de la profunda añoranza de cada uno de nosotros por el claustro materno y los primeros años de la niñez; por el tiempo de

la inocencia, de la dependencia, el calor de sentirse arropado, protegido.

Fijémonos en el relato del Génesis. Dios coloca a Adán y Eva en su Jardín, y en el centro del mismo están los dos árboles: el de la vida y el del bien y el mal. El primero está bien visible, no existe prohibición de probar su fruto; sin embargo, no lo toman –se deduce que es así por las palabras de Dios en el momento de la expulsión–. Es un detalle digno de reflexión; tienen a su alcance el fruto de la inmortalidad y no lo prueban.

Obran de esta forma porque no tienen noción y necesidad del futuro. Como en el infante en que la vida es un eterno presente y la muerte aún no es concebida. A un niño no tendrá sentido preguntarle si quiere ser inmortal; existe, es y no concibe más.

Pero queda otro árbol, el del Bien y el Mal, tarado como el origen de nuestros males cuando en realidad es el árbol de la verdad y la sabiduría. Al expresar con su nombre los dos extremos indica la extensión de todo el conocimiento.

De la Sabiduría dice el Libro de los Proverbios, III,13: «Bienaventurado el que alcanza la Sabiduría y adquiere inteligencia; porque es su adquisición mejor que la de la plata. Y es de más provecho que el oro puro. Es más preciosa que las perlas y no hay tesoro que la iguale; de su boca brota la justicia y lleva en la lengua la ley y la misericordia. Es árbol de vida para quien la consigue, quien la abraza es bienaventurado».

La toma de la manzana es equivalente a la adquisición de los conocimientos en nuestros primeros años. Por eso la expulsión del Paraíso se impone como inevitable. Habrá que interpretarlo no en el sentido de que el hombre es echado de él sino que es el Edén el que se aleja. El hombre necesariamente se separa de la Utopía edénica al crecer y adquirir conocimientos. Pero entonces se siente solo, desprotegido, abandonado –«desnudo»–.

Con la Sabiduría adquiere la Libertad y con ella la posibilidad del mal. Duda, sufre, pero ya es semejante a Dios, co-creador de su futuro. Todo ello supone una forma diferente de interpretar el pecado original. Hay en el relato bíblico un fuerte conocimiento por la creencia del pueblo israelita en la herencia del pecado; dado que todo quedaría reducido a la vida terrena, cualquier desgracia suponía un castigo divino a las propias culpas y, cuando no las había, a las de los antepasados. El

modo moderno de considerar al pecado en estrecha relación con la responsabilidad no era de aquellos tiempos.

Como he dicho, con el conocimiento se acrecienta la Libertad y con ella la «posibilidad original» de pecar. Entendemos la falta, entonces, como una regresión, como una mirada atrás. El destino del hombre sería, a partir de su desnudez, ir «vistiendo» su persona.

Pero no se agotan aquí las interpretaciones psicoanalíticas de la narración bíblica. Hay un marcado simbolismo sexual en el relato de la desobediencia de Adán y Eva. Por un lado, parece claro un componente edípico en la actitud de Dios al querer retenerlos en un estado de «inocencia», en que no maduren a una sexualidad adulta.

La toma de la manzana viene a equivaler a una relación sexual, como queda sugerido al indicar a continuación el Génesis que sintieron vergüenza y se hicieron unos ceñidores con hojas. Rompieron el tabú sexual.

Es curioso el parecido de la situación edénica –se ofrecen multitud de árboles excepto uno (pero que está al alcance de los protagonistas del relato)– con aquella que se muestra en muchos cuentos de hadas posteriores. Aquí es «una habitación prohibida» entre muchas otras –ejemplos son el de «Barbazul» o «El cerdo encantado»–. En ellos el secreto prohibido y encerrado en la estancia es también de carácter sexual.

El sexo es tabú en muchas civilizaciones, presentado como horrible –cuentos del ciclo animal-novio– en prevención del incesto o su uso precoz. Pero es lo cierto que la maduración sólo se consigue venciendo las tendencias edípicas y transfiriéndolas a otra persona más acorde socialmente y por la edad –es lo que expresa la salida del Paraíso–.

Pero la añoranza de Edén perdido es grande y ha dado lugar a una multitud de relatos en los que el hombre ha expresado su angustia. El simbolismo del claustro materno, fuente de vida, queda grabado en letras de fuego en las fuentes del Paraíso y los frutos de sus árboles.

«Sácianse de la abundancia de tu casa y los abreas en el torrente de tus delicias. Porque en ti está la fuente de la vida, en tu luz vemos la luz» (Salmo XXXVI)

Es la ambrosía helénica, el maná del Sinai y, finalmente, en un sentido transcendente, como dador de vida eterna, la Carne y la Sangre de Cristo: *«...pero el que beba del agua*

que yo le diré no tendrá jamás sed, que el agua que yo le diere se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna».

La imposibilidad del retorno a los comienzos queda bien clara con la imagen del querubín (el Karibu mesopotámico). Se la encuentra en los portales de los palacios babilónicos y asirios, en un relieve de Alepo. Es la forma mitológica semita del dragón que guarda el tesoro a semejanza de los «hombres-escorpiones» que en la epopeya de Gilgamesh guardan la montaña en que nace el sol, o el demonio Sarameya del Rig Veda indio que cuida el camino del Paraíso.



Pero el hombre no se resigna a la pérdida. El Edén está al Este, por donde amanece el sol. Y si los muertos siguen su curso, como el egipcio Osiris, entonces se intenta alcanzar el paraíso por el Oeste, por la puesta del sol, donde están las islas Afortunadas, donde lo buscaba Colón. En sentido real después de la Muerte, en el ocaso de nuestra vida. Y los cristianos siguiendo al Nuevo Osiris, buscando a Dios tras la Resurrección; a este nuevo paraíso ya no se entrará desnudo, ni inocente, ni ingenuo sino más sabio, más humilde, más libre.

4

La creación de Adán, obra de Miguel Ángel, plasma uno de los pasajes más característicos de la Biblia.

El viaje de Jonás

Comentaré ahora otro relato bíblico sumamente original y extravagante en apariencia: la peripecia de Jonás. Que, como se verá, guarda muchas similitudes con la interpretación que he dado del mito del Paraíso.

Como en éste, el redactor bíblico expresa de forma figurada profundas realidades humanas, vivenciadas por cada uno de nosotros en algún momento de nuestra existencia.

El tema de la travesía nocturna se encuentra por doquier en las mitologías de todos los continentes. LEO FROBENIUS lo expuso detalladamente en su obra «La época del Dios Sol», Berlín, 1904.

Un sentido similar tiene la imagen alquimista de la inmersión de la pareja rey-reina en el agua, viaje nocturno por mar.

Aunque varían anecdóticamente los detalles de unos relatos a otros, los datos generales son los siguientes: «El héroe desaparece durante una tormenta en el Oeste. El pez viaja con él hacia el Este. Mientras tanto enciende fuego en el estómago del pez, pues tiene hambre. Poco después se da cuenta de que el animal ha llegado a tierra y empieza inmediatamente a despedazar al animal comenzando desde dentro. En el estómago del pez hace tanto calor que se le caen todos los cabellos. A menudo el héroe libera al mismo tiempo a todos los cabellos. A menudo el héroe libera al mismo tiempo a todos los que habían sido engullidos antes que él».

La imagen primitiva servía para expresar gráficamente la sucesión del día y la noche. En muchos relatos es el dios sol el que viaja en el estómago del pez. Posteriormente pasó a significar la interminencia vigilia-sueño; en éste el individuo se hundiría en abismos oscuros de los que sólo salía al despertar.

Se trata de un viaje, pero en dirección opuesta al que sigue el hombre al salir del Paraíso. También hay una caída (las entrañas del pez, expulsión del Jardín) y una resurrección (llegada a tierra-regreso al Edén). Precisamente este regreso es por el camino indicado en la travesía de la noche -nuestra vida-.

Pero el relato de Jonás todavía es más rico en significados.

Si he expuesto anteriormente una interpretación referida a un curso vital entero, digamos en un decurso horizontal, tiene también un soberbio sentido vital, en profundidad: expresa la crisis espiritual de un hombre, el descenso «ad inferos», al Hades, a un más

allá de este mundo consciente, al inconsciente; es «la muerte del alma». Ante la dificultad de la misión que se le imponía, incitar a la penitencia a todo un pueblo e incluso predecir la caída de una gran ciudad —Ninive—, se abate. Su conciencia se nubla. Su Yo pierde energía, capacidad de decisión y, preso de angustia, se hunde.

El pez enorme es la representación del abismo del inconsciente al que se entrega. Ha perdido la fuerza del pensamiento —caída del pelo—, pero será en esa larga travesía donde encontrará el vigor —expresado por el calor en el estómago del pez y el corazón que le sirve de alimento— para volver a renacer con nuevos bríos que le permitirán dirigirse y predicar en Ninive.

Es la regresión que se produce en toda crisis humana de cierta entidad. El ascenso hacia «las madres» según decía Goethe. Y, tras la regresión, al progreso. ¿Qué mejor descripción del cuadro depresivo que la que se puede leer en JONAS,II:

«Clamé desde el seno del abismo...Echásteme a lo profundo, al seno de los mares, envolviéronme las corrientes; todas tus olas y tus ondas sobre mí...Las aguas me estrecharon hasta el alma, el abismo me envolvió, las algas se enredaron en mi cabeza. Había bajado ya a las bocas del Hades, la región cuyos cerrojos se cerraron para mí por siempre...Mi ánima desfallecía».

Termino insistiendo sobre la profunda verdad de estos relatos míticos. Pero deseo que estas disgresiones mías culminen con un mensaje de esperanza; que tras la depresión, el hundimiento, la expulsión y la muerte viene la euforia, la progresión, el regreso, la vida.

Bibliografía

- 1.- PETER MAMARYR. «De rebus Oceani», 1574. Dec iii,lib x, pag. 207.
- 2.- Antiguo poema de Villermarqué, Barz, Breiz, y,193.
- 3.- HOPKINS, E.W. Jacs, 26. 1905.
- 4.- DAMKON, A. «La Mythologie sumerienne et les premiers chapitres de la Cnese». 1959.
- 5.- SUKHAVATIYUHA, 15-19; CONZE, E., «Buddhist Scritures, 232-36. 1959.
- 6.- TYLOR, E.B.. «Primitive Culture.»
- 7.- Conze, E.«Buddhit Scritures».
- 8.- LESLIE, D. «Among the Zulus and Amaton-gas». 1875.

La duda metódica, hoy

ENSAYO

por

OCTAVIO LÓPEZ

La calidad de vida actual en los países desarrollados, puesta en parangón con aquella de épocas anteriores, ha ascendido a cotas tan altas que el ser humano de hoy en día puede permitirse, como norma general, llevar una existencia relativamente holgada y placentera. No pretendo con esto en modo alguno ignorar que realmente existen problemas incluso muy graves en relación con el ámbito laboral, la convivencia social o la política, entre otros, sino simplemente señalar que los avances que hemos heredado de la Historia en cuanto a medicina, tecnología, arquitectura y otras disciplinas, nos ofrecen mil y una ventajas abismándonos en un océano de comodidades antes inimaginables. ¿Pues quién no dispone de televisión en casa, o de teléfono, o de gas y suministro eléctrico, o de inodoro en lugar de orinal? Los hay incluso que, teniendo estas necesidades (no diré básicas) cubiertas

con mucha holgura y pudiendo ir más lejos, se atreven con un segundo piso, un microondas, un ordenador último modelo o un flamante cochazo. Naturalmente nada de esto puede ser aplicado a los países subdesarrollados del mundo, aunque de ellos no hablaré en este artículo dado que mi intención es analizar los valores ideológicos de la sociedad y ya Marx señaló, y en eso coincido con él, que la infraestructura social condiciona en gran manera la superestructura; para entendernos: que el ser humano es un ser racional, y tal como viene en la expresión, por lo que de animal tiene primero tendrá que satisfacer sus necesidades vitales, y después, solamente después, podrá darse al pensamiento filosófico. Simplificando aún más: a uno no puede importarle un carajo quiénes somos y de dónde venimos si tiene un hambre de lobo y nada que echarse a la boca.



1

1 El sistema filosófico de Aristóteles, que aparece retratado por Leonardo da Vinci, se fundamenta en una profunda crítica del «platonismo».

Retomando el tema, apreciamos, sin embargo, que no todo lo que reporta la antedicha comodidad son ventajas, sino que a menudo se rebela en nuestra contra pudiendo incluso resultar pernicioso cuando no se administra con moderación. Tan odiosamente zalamera puede llegar a ser y tan acostumbrados nos tiene que hemos dejado de ser selectivos para pasar de ser prudentes administradores a serviles esclavos de ella. La virtud de cualquier cosa depende en gran parte de la finalidad y la medida con que se utilice. En verdad, uno puede caer esclavo

hasta de su propio egoísmo. Pero todo esto no es novedoso; probablemente fue Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, el primero que abogó por la elección de un término medio entre dos extremos. Ni cobardes ni temerarios, sino valientes: ni tacaños ni pródigos, sino generosos, decía él. Del mismo modo, no debemos permitir que la comodidad degenera en holgazanería, pues entonces nos lanzamos a lo fácil y desmañado, a la televisión basura, a la música tocada con enseres de cocina, a cierta prensa de pésima calidad, a la comida derivada del petróleo y un largo etcétera, siendo cómplices indirectamente del descrédito en que están cayendo otras artes más cultivadas como son el buen cine, la música clásica, la literatura, el teatro, la filosofía o la gastronomía tradicional. No estoy adoptando en absoluto una postura antihedonista, sino al revés: contra el tópico tan extendido de que hemos venido a este mundo para penar y morirnos (y en esto suenan ecos de Miguel Hernández), pienso que no hay mayor fin en esta vida que el del placer, entendiéndose éste en su sentido más genérico. Pero comprendase esto bien: abandonándonos a lo fácil y esforzándonos poco, obtenemos también muy poco a cambio. Sin embargo, cuanto mayor tesón pongamos en una empresa, tanto mayor será luego la satisfacción y compensará con creces el esfuerzo invertido. Componer, por ejemplo, *El Cascanueces*, sin duda fue más trabajoso que componer la canción más bailada del verano, pero precisamente a eso se debe que *El Cascanueces* sea una joya que ha ganado un lugar fijo en la Historia de la música, mientras que del Wannabe nadie se acordará pasada la temporada.

Pues bien, merced a tanta sofisticación incontrolada como hemos dicho, nuestra mente se va llenando de materia gris que redunde en la anulación paulatina de nuestra capacidad de pensar como seres humanos, lo que se deja ver en la mucha ignorancia que reina en esta sociedad. No hace falta ir muy lejos para encontrar buenas pruebas de irracionalidad: basta con remitirme (forzado, que no me gusta) a los grupos violentos juveniles, al fanatismo futbolístico, a la beatería religiosa y a los debates televisivos que están tan de moda y donde no se sabe quién es más subnormal, si los estrambóticos mercachi-

fles que asisten para contar su vida y milagros vendiéndola a bajo precio como un paradigma a seguir, o los señores ilustrados que desde la palestra se rebajan a decir chorradas, a ponerse cínicos y a animar la verbena soliviantando al público. Con todo, nada de esto es de extrañar considerando los factores ya citados así como, en el caso de la tercera edad, la época de la que procede, anquilosada en un régimen dictatorial caracterizado por la censura y un importante detrimento cultural y educativo. Aunque tampoco nos sorprenderemos mucho si dentro de unas décadas nos encontramos con una situación similar, en el supuesto de que nuestro funesto sistema educativo permanezca en vigor durante mucho tiempo (eminentemente a nivel de bachillerato), puesto que en él lo más comprensible es que el estudiante aborrezca las asignaturas de puro aburrimiento y rehuya del saber como de la peste, porque con harta frecuencia no recibe incentivo alguno de ciertos profesores muy duchos en su materia (cosa que no siempre está a la orden del día), pero sin la más remota idea de cómo tratar a un ser humano, porque la cultura no es considerada como un fin en sí y a corto plazo sino como un visado para un mercado laboral tan negro y lejano como el día de la jubilación, y porque la materia, se comprenda o no, hay que despacharla a toda pastilla para poder terminarla dentro del ultimátum que dictamina el seminario de turno o una omnipotente coordinadora de selectividad; y todo ello gracias a la existencia de unos aborrecibles números clausus que inician al alumnado en el sano deporte de pisotear al de al lado para subir en el escalafón.

Resuelvo, a tenor de lo expuesto, que el origen de esta quiebra cultural e ideológica hunde sus raíces sobremedida en una serie de factores de hechura relativamente reciente. Atrás quedaron las intrépidas empresas, atrás las venturosas glorias y con ellas la creatividad del Hombre. Ya no corren tiempos de rebeldía, de mordaces plumas y cerebros taimados, pues la juventud actual se diría abocada al fracaso y al conformismo, que no parece sino que nace para morir dentro de un sumiso anonimato con un concepto de la vida totalmente fatalista. Hay que pasar por severos

filtros el legado cultural de nuestros predecesores y escudriñarlos con lupa si fuere preciso, ya que no hemos de ser meros transportistas de él a través de la Historia, sino activos beneficiarios de su usufructo. Somos los herederos de un planeta que tiene visos de ir a alcanzar los 7.200 millones de habitantes para el 2015, según estadísticas de la ONU, y su funcionamiento comienza a ser responsabilidad nuestra. De nosotros depende que sea un lugar pacífico y racional o que necesitemos una base lunar habitable para un éxodo desesperado de quienes quieran escapar de la esquizofrenia y la barbarie. Expresado de esta manera, todo eso resulta un pelín apocalíptico, mas por nada del mundo militaría yo en contra de la juventud, que sería cosa necia perteneciendo yo a ella. Antes bien, soy de la opinión particular que paralelamente a ese sector de la juventud que opera, digámoslo así, en el ámbito de la mediocridad (reitero que, en muchos casos, no por su culpa), va abriéndose camino una élite muy prometedora que tiene consignada la destrucción de tantos cánones obsoletos y dogmas fosilizados así como enarbolada la bandera del buen juicio y la racionalidad. Solamente pretendo aquí señalar que continuamente podemos vernos embaucados por cosas en cuya irracionalidad no reparamos de puro cotidianas que son. Un par de ejemplos representativos son la televisión y el fútbol. En esencia, ninguno de los dos tiene connotaciones negativas. En sí, ¿por qué habrían de tenerlas? Pero «el hombre es la medida de todas las cosas», dijo el sofista Protágoras, de manera que depende de nosotros que la televisión sea un entretenimiento como cualquier otro, cuando la utilizamos con moderación, o un trasto execrable cuando la vemos sin medida ni selección convirtiéndola en punto arquimédico de nuestra existencia. Exactamente lo mismo sucede con el fútbol, pudiendo considerarse un deporte maravilloso, si quiere entenderse como tal, o contumaz fanatismo y ridícula obsesión cuando «la confrontación futbolística va tomando caracteres de verdadera agonía y la menor quiebra de la patria imaginaria es vivida como la mutilación más íntima», según hace constar Víctor Gómez Pin, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona, en un

El Fútbol y el entretenimiento: Víctor Gómez Pin, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona, en un artículo publicado en el número de la revista *Alborada*, del mes de junio de 2011.

espléndido artículo suyo titulado Vivir sin filosofía (EL PAÍS, lunes 27 de enero de 1997).

Por otro lado, habría que cavar mucho más hondo a fin de hallar las verdaderas causas que rigen nuestro presente en sus más diversas manifestaciones, imponiendo asimismo un férreo condicionante a nuestro libre albedrío. Es en este punto donde la Historia tiene que dejar de ser el soporífero despliegue de erudición a que estamos acostumbrados merced a la usanza académica (aunque personalmente tengo experiencia de que esto quiere ser enterrado) para servirnos de eficaz herramienta de trabajo en nuestro afán por alcanzar una mayor claridad mental. Porque cuanto más nos remontemos en tiempo, en virtud de la comparación histórica tanto más perplejos quedaremos al comprobar que un sinnúmero de formas de pensar absurdas y dogmáticas que están a la orden del día no son sino vestigios de épocas en que los ideales de los Hombres se forjaban con el miedo, y la libertad de expresión era severamente castigada con absoluta impunidad por quienes ostentaban el *argumento de autoridad*. A estas alturas parece mentira que tales formas de pensamiento sigan incordiando en nuestra vida espiritual y gozando de nuestra credulidad y transigencia, cuando menos de nuestra idolatría, si bien el cosmopolitismo de los tiempos que corren y la tenencia de unos derechos humanos de que antes no se disponía, están permitiendo, sobre todo en las nuevas generaciones, la entrada de conceptos novedosos y revolucionarios. Para ilustrar empíricamente lo dicho no se me ocurre otra cosa mejor que trazar un somero bosquejo de la situación de la mujer a través de la Historia. Bien es verdad que actualmente tiene reconocidos casi idénticos derechos que el hombre dentro de la oficialidad, mas pese a todo, y fuera del archizarandeado ámbito doméstico, una rápida mirada a nuestro día a día revela que lamentablemente continuamos viviendo en un mundo de hombres (ahora con minúscula). La *ley sálica* permanece vigente en nuestro país y el sacerdocio sigue vedado para las mujeres, mientras muchas de las que se consideran defensoras a ultranza de sus derechos siguen aplaudiendo tamañas faltas de consideración por parte del Estado y de la Igle-

sia. Con respecto a este tema, no vendría nada mal un pequeño ajuste de cuentas con esta última, ya que ha venido jorobando e inmiscuyéndose en nuestras cabecitas durante casi dos mil años; en especial durante los nueve siglos que duró la Edad Media, en que se levantaron todas las quimeras que han llegado hasta nosotros con pretensiones de verosimilitud. Desde el 529 d.C. año simbólico por la fundación de la Orden de los Benedictinos y el cierre de la academia de Platón en Atenas, la Iglesia cristiana puso manos a la obra en el proceso de cristianización de los filósofos griegos y helenísticos (en particular Aristóteles, Platón y Plotino) adaptando las teorías de aquéllos a sus postulados con tal de evitarse polémicas y salvaguardar los fundamentos de la fe, ya que la Inquisición como medida represora no sería fundada hasta el siglo XIII. Pero tal cristianización no fue llevada a cabo al buen tuntún, sino con gran perspicacia, pegamento y tijeras, recortando y pegando aquí y allá, principios de uno u otro autor según conviniera. Así, cuando llegó la hora de adjudicar a la mujer un papel en la sociedad, los varones, que por tradición gozaban de la potestad de decidir, optaron por hacer caso omiso a los argumentos de Platón, que había abogado por una amplia igualdad de sexos, y se centraron en los de Aristóteles, que al final de sus razonamientos había llegado a la conclusión de que la mujer era inferior al hombre; aunque, eso sí, lo había hecho en un acto de pura lógica y por falta de datos, lo que, si no lo justifica, al menos sí lo disculpa. Hemos de entender que entonces no se disponía de los medios de hoy en día y que por lo tanto hay que juzgar otras épocas relativizando bastante. Hoy en día Aristóteles sería un machista sinvergüenza, pero vivió hace más de 2.300 años. En cualquier caso, el artífice de la cristianización de Aristóteles fue en buena medida Santo Tomás de Aquino (1225-1274). Para que luego digan que si esta o aquella norma de la Iglesia tiene su inspiración en la divinidad. ¡Menos lobos, Caperucita! En la Biblia tal vez sí, hasta cierto punto, por lo de la costilla de Adán. Pero de todos modos, el desprestigio de la mujer en la Iglesia procede de la tradición aristotélica, que no se vaya a decir ahora que Jesús tenía algo contra las mujeres.

El primer libro de Aristóteles que se publicó en España fue el *Ética*, en 1569, en la imprenta de Juan de Valera en Alcalá de Henares.

Esta visión retrospectiva a vuelo de pájaro nos pone de manifiesto que no todo el legado histórico es necesariamente de fiar. Dado que nosotros mismos somos parte integrante de la Historia, pues nos hemos criado en su seno, no debemos sino humildemente admitir que los cimientos ideológicos de nuestra existencia pueden estar podridos e inestables, puesto que presumir de la irrefutabilidad de nuestro código de valores sería demasiado pretencioso. La duda como método para ahuyentar los fantasmas de la credulidad y la ignorancia fue introducida por el filósofo racionalista René Descartes (1596-1650) y es, a mi juicio, una de las invenciones más geniales que ha dado de sí la mente humana. Descartes decidió que durante toda su vida su conciencia se había alimentado ciegamente de las enseñanzas del «gran libro del mundo» y que ya iba siendo hora de poner todas aquellas enseñanzas en tela de juicio y de comenzar a pensar por sí mismo. A veces hay que destruir primero si se quiere hacer algo constructivo sobre cimientos sólidos. No han faltado quienes han querido clavar a Descartes la etiqueta de escéptico, pero nada está más lejos de la verdad. La duda cartesiana es en todo caso metódica, lo cual quiere decir que sirve de instrumento para detectar viejas ideas falseadas y sustituirlas por otras nuevas y más veraces. No obstante, el concepto de pensar por uno mismo parece no tener mucho eco en nuestra sociedad. Por ejemplo, cuando se le pregunta a ciertas personas por qué creen en Dios, por qué María era virgen o sobre cualquier otro dogma de fe, es frecuente que te larguen una retahíla de razones ilógicas e inconexas que se saben de carrerilla con soniquete machacón porque no han escuchado otra cosa desde que las mamaron bobaliconamente en el catecismo, cuando pensar por uno mismo significa precisamente prescindir de los argumentos ajenos que se nos dan ya masticados para elaborar los propios. Todo el mundo tiene derecho a creer en lo que quiera, pero siempre y cuando avale sus opiniones con argumentos racionales e inteligibles que comporten una necesidad lógica en la relación de causas y efectos, y no parapetándose, como se suele, detrás de la inefabilidad y de argumentos pseudomísticos que, de ser



veraces, se convertirían en germen del caos e imprevisibilidad de los procesos naturales del universo. Si se procediera del modo correcto, se acortarían las distancias entre las diferentes opiniones y acabarían convergiendo en conclusiones menos dispares y más cercanas a un acuerdo dialéctico. Sometiendo a la duda metódica incluso su propia entidad, Descartes intuyó, sin embargo, que había una cosa de la que no era posible dudar sin incurrir en una contradicción: de que estaba dudando. Y el hecho de que dudar es una facultad inherente al pensamiento le condujo casi automáticamente a formular su celeberrima cláusula que habría de ser la base de toda su filosofía: *Cogito, ergo sum* (Pienso, luego existo). Más adelante Descartes dice muchas tonterías en sus escritos, entre ellas la defensa de la existencia de Dios con argumentos nada convincentes y anteriores a él, de San Anselmo de Canterbury. Pero el inicio de la filosofía cartesiana es un logro en sí revolucionario, porque aunque no se presenta como una providencia reveladora de las incógnitas que aquejan la insatisfecha curiosidad del Hombre, lo que nos ofrece con la duda metódica es algo mucho más viable y en consecuencia mucho más importante: un saludable punto cero en la escala para la búsqueda de la verdad; un cambio de actitud ante la vida.

② El filósofo y matemático René Descartes, fundador de la filosofía moderna. Retrato del pintor Sebastian Bourdon, del museo de Louvre, París.

Entorno Windows

Intro.

Píntame ventanas,
abiertas de par en par,
sobre horizontes inmarcesibles,
lejanos y diáfanos,
con el mar de fondo,
alto y amigo.

Píntame ventanas,
abiertas de par en par,
bajo cielos estrellados,
refulgentes y profundos,
cuya música acordada
suena en el titilante silencio infinito.

Píntame ventanas
abiertas a las esperanzas verdes,
a los deseos oscuros,
a las ilusiones blancas;
abiertas a los paisajes que no existen
y a las flores que están por nacer.

Píntame paseando de ventana en ventana
como a cibernauta que navega por la falsedad virtual.

Pero antes...
deja que salve del olvido
los jirones de mi alma:
la seda de los sueños,
el tul de las nostalgias,
los recuerdos perdidos...,
para tejer con ellos una cometa
ligera, vertical,
en cuyo vuelo se airee
el olor rancio de la costumbre.

Deja que bucee
por mis entrañas absurdas
y borre de su memoria
la estrecha realidad,
secretamente grabada;
porque es la hora de pulsar *escape*
anulando los muros interiores
y las mazmorras selladas.

Ya no quiero pantallas,
ni visillos ni persianas,
ni contraventanas;
ni comandos, ni programas;
¡sólo ventanas!,
ventanas abiertas de par en par.

Píntame desnuda en una ventana,
mirando la pureza de la nieve,
con el corazón abierto
de par en par.

Escape

■ M. Concepción Sirvent Bernabeu ■
Alicante

*Primer premio, Categoría Adultos, en
el VII Certamen de Poesía del Colegio
Público Miguel Hernández.*

«No tu sombra sino la agitada y gris penumbra»

Incluso la noche languidece
 porque la luz en los ojos duerme.
 La penumbra cae sobre penumbra, eso acontece,
 hasta que la Oscuridad muere.

Pronto el ojo convierte
 de la noche la complejidad,
 en una paz donde la mente,
 se mece en fabulosa luminosidad.

La luz en el horizonte oriental
 es perenne y matutina.
 Renueva el aire con su hálito vital.
 La fe, el anhelo aglutina.

La tenue luz del este
 arranca de la oscuridad,
 la maquinaria del fulgor celeste,
 de la alondra la pristina ingenuidad.

A través de la noche, en la penumbra, cabalgan las estaciones,
 se rinden los años de la cambiante luz de las esferas,
 y en el alma o crepúsculo vacuas se tornan las emociones,
 en la abstracción de las lunas postreras.

Cuán serena es la medianoche, amor,
 cuán tibios los vientos donde el cuervo vuela,
 donde el cambiante claro de luna, amor,
 palidece en tu ciega retina, se congela.

Tu corazón a gritos me llama, amor.
 La oscuridad en tu seno ha abierto una brecha,
 por la que corren los ríos de sangre, amor,
 en la que, sugerente penetra esta endecha.

Amor, el calor que encierra tu piel, en agonía,
 puro como la sal, como la muerte devastador,
 cabalga a lomos de la luna roja, en la lejanía,
 desde la fosforescencia de tu aliento, tu estertor.

Pues siempre hay vestigios de muerte en el verde prado,
 y estrellas fugaces sobre el cruel matadero,
 siempre, aunque sombrías sus copas y trazado,
 en los árboles reverbera la luz del día venidero.

Incluso la noche languidece,
 cuando la luz en los ojos duerme.
 La penumbra cae sobre penumbra, eso acontece,
 hasta que todo en la Oscuridad muere.

Pronto el ojo se disuelve,
 perplejo por la nocturna complejidad,
 en la paz eterna de la mente,
 vencida para siempre la luminosidad.

■ Miriam Cano Nieto ■
 C.P. Miguel Hernández

*Primer premio, Categoría Juvenil, en el VII Certamen de Poesía del
 Colegio Público Miguel Hernández.*

Ven y recuérdame que el día
precede siempre a la noche.
Inúndame la cintura
con mirtos y caracolas.
Abreme cauces de seda
y resbala por mis dunas
hasta rescatarme el gozo
almendrado que por ti
hoy reconozco y espío...
Elabora con tus dardos
las caricias más perfectas.
Bébetelo todo este llanto
hasta que mi alma toda
nunca más sea caída.
Ven a mí que casi muero
y tú ni siquiera expiras.

■ Evangelina Lorenzo ■

Quizá llegaste a mi vida
para gritar que existían
los almedros jamás sidos.

Quizá sólo me traías
un lazo color azul,
aquel que deje olvidado
y al que ya no reconozco...

Quizá, porque no soy mía
ni soy de nada ni nadie,
no te miré al hallarte
junto a mi alma y partí...

Ahora estoy aquí, sin mí,
debatándome en el aire.

■ Evangelina Lorenzo ■

«Más me amas»

Amo tu recuerdo,
tu cara desnuda,
tus manos perfectas,
tu cuerpo echado en el sofá,
la suavidad que adquiere tu piel
cuando roza la mía,
el temblor de tu alma
cuando mi cuerpo tiembla,
eres un sueño repetido en la eternidad
de las noches y los días...

Te quiero desde mi caos,
perdida en lo más oscuro de mi mente,
te quiero como te quise una vez
con la carne abierta y el alma sangrante,
te quiero más de lo que he podido
quererte antes y juro
que te querré siempre,
por mucho que me burle
el tiempo en tu ausencia,
por muy escasa que
se vuelva mi pena, siempre habrá una lágrima
derramada por tí,
una visión nublada por tu imagen,
por muchas tinieblas que deba
cruzar en tu espera,
juro que siempre, siempre,
siempre, te querré.

■ Ana Verdú ■

Ya atardece
ya la música se vuelve gris
y bailan hipnóticas las brujas de cielos e infiernos.

Ya los mantos
recogen mis hombros y los acarician en tu ausencia.

Se me ha helado el corazón
al lado de las confituras
y de los órganos jóvenes,
se me ha helado el corazón sin poseerlo.

■ Encarna Rico ■

Cae la tarde intrépida sobre todas las frases.
No existirán cosméticos ni adioses. No deseo
partir sin tener otra vez tu mirada. No me hagas
cruzar los viejos mares sin poder reposar un minuto
en la loma bonita, en tu calle. Regresas de los bosques.
Hay alguna cortina que te oculta, entreabres los labios.
¡Patético un poeta viajero enamorándose!
Pero toda la música nos lleva hacia la danza,
hacia cualquier teatro, hacia los auditorios
(de Madrid, Santander o Guanajuato). Cae la tarde
con esa somnolencia incoherente del pasado,
de un México insurgente. Eres la misma musa,
el espíritu bello que vive atardeceres.
No quiero despedirme ni dejarte sin besos.
No inventaré nostalgias. Este amor es nostálgico.
Tengo cerca unas flores amarillas pero un reloj me grita.
Ya está limpio el avión para imprimir distancias.
¡Son tantas paradojas en la lenta agonía de tu silencio grave!
Guanajuato nocturno no permite tu blusa,
tu vestido ceñido, tu figura perfecta. No te permite intacta.

■ Manuel Quiroga Clérigo ■
Guanajuato (México). 22/10/96

Danza de dos amantes

Unos peces de colorines
vivarachos hasta tus hojos,
sólo surcan mis colores
algún espacio hacia tu tiempo.

Un tiempo de guirnaldas de colores
tan estampado
como las margaritas de una enamorada.

Enamorado de la luz de una estrella
que me conoce luminosa
su estampa de mujer.

■ Eduardo Sanchís Pérez ■

Te amo tánto
que se me infla la vena que riega mis sentimientos,

me viene luego la pasión
que desborda mis palabras
y luego mi cuerpo
se repite con sus temblores,
me siento indefenso
ante la lujuria que brilla
en el pozo oscuro de tus hojos...

Cuando el sol sale por entre tu frente
para calentarme el latir de este amor
que la vena infla, sí mujer,
ésa que riega mis sentires.

■ Eduardo Sanchís Pérez ■

Ciprés

Como una pira verde
ardiendo te levantas.
Tus pies los das al suelo
el resto lo reclamas
para pintar senderos
que no los tumbre el tiempo.

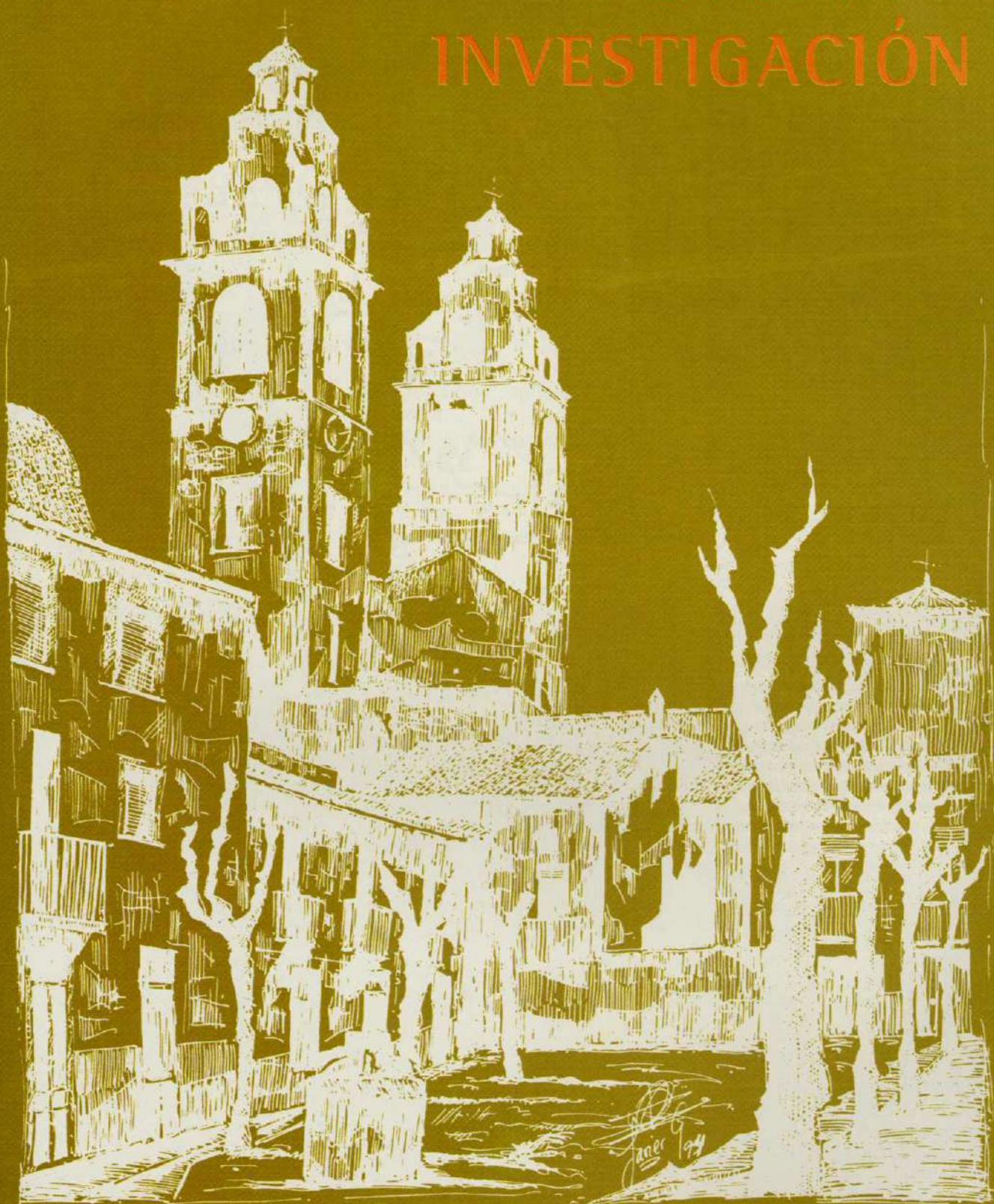
¡Un grito silencioso
que parte en dos el aire!
Con el dolor te abrigas
Como el dolor recoges
llorando tus ropajes

Como un faro en la niebla,
como un dedo de plata,
del barro te levantas.
Señalas otras metas.

Yo bien quisiera, amigo,
que en mis mejillas de aire,
volvieras a mis hojos
como lágrima... verde.

■ Lydia Sanchía Pérez ■

HISTORIA E INVESTIGACIÓN



ALBORADA



Ad-Elum

Nombre romano que se daba al lugar donde hoy se ubica Elda.

Está contenido en el mapa «Hispania antiquae tabula» publicado en 1641 en París, por Nicholas Sanson. Pertenece a la colección de cartografía antigua de M. Serrano cedido para este número

Al-Azraq, nuestro visir desconocido

HISTORIA E INVESTIGACIÓN

por

JUAN JOSÉ SÁNCHEZ GRAS

Hace unos años, casualmente, llegó a mis manos un pequeño librito muy poco documentado que hablaba muy sucintamente de este personaje árabe alicantino y su figura, la trayectoria histórica que le intuía, me intri-

gó, y a la vez, me cautivó hondamente. Pasó el tiempo quedando dormido en mí, en curiosa hibernación espiritual, este personaje que tanto me atraía, tal vez por causa de la dinámica rutinaria de la vida laboral que tanto nos paraliza el intelecto.

Pero de pronto en una tarde de invierno frente al mar, en familia, y en conversación amena y distendida surgió el personaje con toda su fuerza y la decisión, ya iniciada en años anteriores, por iniciativa de mi cuñado Blas de visitar las tierras cuyo señorío ostentaba en aquellos tiempos tan insigne figura poco gratificada, a mi juicio, por la historia. Para darle consistencia al relato es preciso hacer



1
Busto de Al-Azraq que se conserva en la población de Alcalá de la Jovada.

un poco de historia y a tal cometido me dedico a continuación.

Al-Azraq, El Blau era el sobrenombre de Muhamad Abu Abdallah Ben Hudzail le llamaban así "El Blau" por el color azul de sus ojos. Nace en Alcalá de la Jovada en la Vall d'Alcalá al nordeste de la actual provincia de Alicante, parece que entre los años 1218 y 1220 (no existe documentación detallada al respecto), de la familia árabe española de los Beni-Hud que reinaron en Zaragoza, Dénia y Murcia, muriendo en heroica gesta a las puertas de Alcoy en abril de 1276.

A los nacidos en la Vall d'Alcalá se les denominaba "els blauets" (los azules), en homenaje permanente a su figura. Al-Azraq señor de Alcalá era visir de un amplio territorio entre los estados de Dénia y Murcia que podríamos ubicar en los valles de la Marina entre los antiguos partidos judiciales de Pego, Callosa de Ensarriá y Cocentaina y puntos aislados de Alcoy, de Villajoyosa, de Dénia, Gandía y Albaida. Alcalá de la Jovada era el centro político y religioso donde Al-Azraq ejercía gobierno y jurisprudencia sobre los castillos y guarniciones de Margarida, Gallinera, Pego, Ceta, Ebo, Xurolas (también en la Vall d'Ebo), Polop, Pop (en la Vall de Laguard), Castiel, Bourbuxen, Tárben y Segaria. En las alturas de la "penya blanca" de 914 metros se alzaba el castillo que fue el principal centro de resistencia en la lucha del caudillo musulmán contra Jai-

me I poco tiempo después de acabada la conquista del Reino de Valencia, especialmente después de la derrota que sufrió en Benicadell. Todavía se conservan restos de murallas, almenas y torres muy deterioradas por las batallas, el tiempo y la acción de los humanos.

Alcalá de la Jovada tiene el nombre de castillo (alcalá) por la fortaleza de Al-Azraq pero ¿por qué de la Jovada? Según los datos etimológicos que nos brinda el diccionario Català-Valencià-Balear significa:

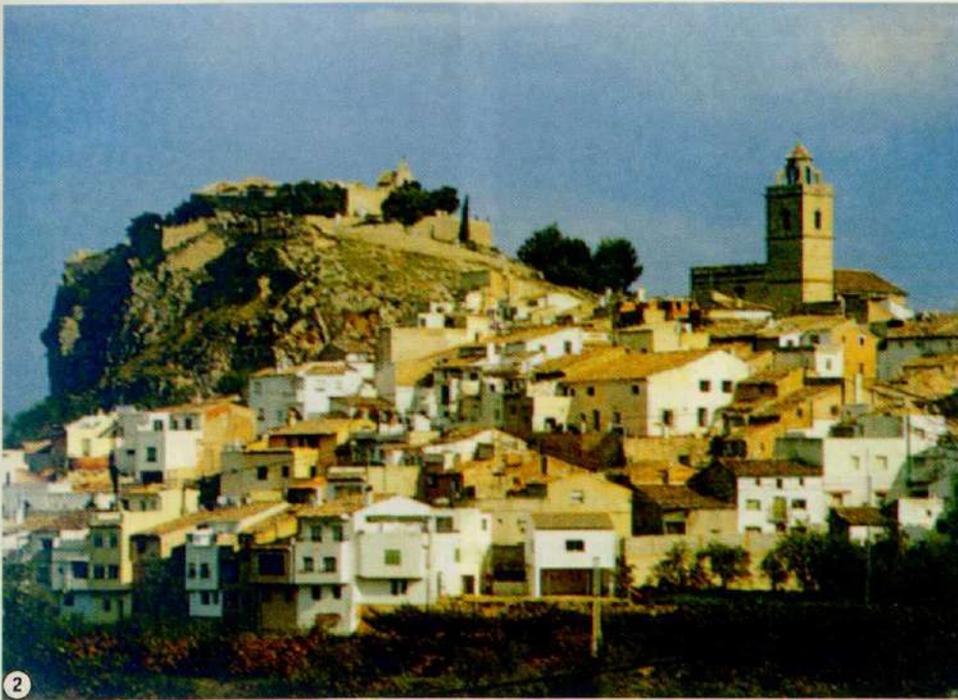
Jou: Se refiere a instrumento de madera o de hierro, más o menos curvado con el cual dos animales (toros o mulas) son unidos por la cabeza o por el cuello al arado o al carro (en castellano yugo). Dos derivados de Jou son jova y jovada. Jova significa, en interpretación gratuita, que se hace para contribuir a las obras de la comunidad. Obligación feudal impuesta al payés de labrar la tierra del señor durante un día con un par de mulas o toros.

Jovada expresa, en definitiva, extensión de tierra que labra normalmente una pareja de mulas o toros en un día.

Se cuenta de viva voz (puesto que relatos escritos no existen) la gran generosidad y nobleza de conducta de este gran señor alicantino y musulmán para con sus súbditos y lugareños así como el gran respeto y cariño que le profesaba, a él, su pueblo.

Riguroso cumplidor de los preceptos teológicos del Alcorán (Corán) observaba en todo momento sus principales obligaciones: La limosna, la oración y el ayuno. Pero el Corán también dice y difunde el siguiente mensaje: La lucha contra los tiranos es más importante que la oración y el ayuno, y así lo predicaba por los poblados de sus tierras y así lo lee él mismo en los escritos del islam. Por tanto, hombre convencido de estas máximas filosóficas se puede entender su trayectoria política.

Jaime I quiso evitar la confrontación sangrienta y optó por los pactos de vasallaje que permiten a la población autóctona seguir rigiéndose por sus propias leyes y costumbres y conservar las propiedades; es en este contexto cuando se acuerda y firma el «Tractat del Pouet» (el tratado del pozo) se denomina así porque se firmó en Alcalá al lado del pozo del cual brota el agua que se conducía por un acueducto a la balsa que había en la plaza del pueblo. Fue el 14 de



abril de 1245 y estuvo presente Alfonso de Aragón, hijo primogénito del rey Jaime I y de Leonor de Castilla; y Al-Azraq, señor de Alcalá según «un conveni per a concertar la pau». La importancia del tratado queda de manifiesto en el hecho que el rey Jaime envía a su primogénito, en su nombre y representación, a quien acompañan cinco caballeros, altos personajes de la corte y que firmaron también como testigos.

Y dice la historia que, aunque difícil y vellosa, en épocas, la convivencia entre las dos comunidades fue duradera. Hubo núcleos humanos árabes en nuestras comarcas hasta el año 1610 donde fueron expulsadas las últimas familias moriscas quedando totalmente despobladas amplias zonas de estas tierras alicantinas (como ocurrió también en Elda).

Estoy convencido y así lo expreso, que el origen de los conflictos entre el poder (representado por los reyes de Aragón y de Castilla junto con la iglesia católica) y las comunidades hebrea-sefardita y musulmana y sus posteriores expulsiones del territorio peninsular, tuvieron su desencadenante en la religión y el poder e influencia crecientes de la jerarquía eclesiástica en los reyes cristianos. Puede ser un gráfico ejemplo de lo que digo el bando editado para su cumplimiento por el rey Felipe III en Valencia, el 23 de septiembre de 1609 que decía así:

«Que los antiguos moros y ahora cristianos nuevos, no son ni buenos cristianos ni

súbditos leales al rey». Por lo cual eran expulsados del reino de Valencia.

Durante 365 años, desde 1245 al 1610, nuestros españoles musulmanes se sublevaron incontables veces contra el poder teocrático cristiano que intentaba imponer su influencia teológica y económica creciente, siendo vencidos, expulsados de una tierra que les pertenecían desde muchas generaciones. Es decir, eran tan españoles como Don Pelayo, como Jaime I, como Fernando e Isabel, como Almanzor o como Boaddil. Insigne caudillo de esa rebeldía fue Al-Azraq musulmán, español y alicantino aunque de otra cultura y otra raza.

A esta altura del relato, es obligado saber que, una vez, el visir derrotado es deportado por Dénia en barco a África. Pero no había de pasar mucho tiempo, cuando aparece con un ejército de caballería dando batalla a los opresores teniendo gloriosa muerte en las puertas de Alcoy. Porque decía a su pueblo «Nosotros no somos africanos, somos de aquí y moriremos defendiendo nuestra tierra», como así ocurrió.

Termino este relato emocionado y con la sensación hiriente que produce la reflexión de, si mi ensayo, torpe y poco erudito habrá sabido hacer justicia a este gran líder morisco de nuestras tierras alicantinas, pensando que aunque sucintamente, sea divulgada su figura. Si así ocurre estaré satisfecho.

2

La fortificación de Polop fue pieza clave en la sublevación de Al-Azraq tras la conquista de la villa por Jaime I.



① La fachada de la ermita de «Villa Angelina» en la actualidad.

Existe cierta confusión en el uso de los términos ermita, santuario, capilla y oratorio. En realidad son términos sinónimos que designan lugares de culto, si bien circunstancias de tamaño, canónicas y de uso hacen que en cada ocasión se empleen unos u otros vocablos. Viene esta introducción al caso de que, recientemente, he tenido la fortuna de conocer uno de estos reductos de la fe en nuestro término municipal de Elda. Una edificación

Una ermita rural en Elda

La Capilla de Ntra. Sra. de los Angeles

por

RAMÓN CANDELA ORGILÉS



②

Detalle de la espadaña y campana de «Villa Angelina».

de las que, tiempo atrás, eran muy corrientes, pero que hoy día en nuestro ámbito escasean o son verdaderamente insólitos. Me refiero a las ermitas, capillas u oratorios ligados a una casa o caserío rural.

En estos casos, se aplica el término de ermita generalmente cuando tienen carácter público, levantadas y mantenidas, como dice Madoz, «por el común de los labradores», es decir por los vecinos de uno o varios caseríos, que pagaban también de su bolsillo al clérigo que les prestaba sus servicios. Por el contrario, los oratorios, tenían un carácter más particular, incluidos en la casa principal de la hacienda, construidos por su dueño y en los que frecuentemente oficiaba algún pariente eclesiástico, venido temporalmente a pasar sus vacaciones, para cumplir sus obligaciones religiosas, las de los dueños y también de los servidores.

A caballo de ambas concepciones se sitúa la ermita o capilla de «Ntra. Sra. de los Ángeles», pues aún siendo su origen por creación particular, tenía y tiene el carácter de ermita semipública. Pero, es su carácter rural por lo que nos ocupamos de ella, pues, aparte de la Ermita de Ntra. Sra. de los Dolores de la Cañada, es el único ejemplo de construcción religiosa rural que queda en nuestro término municipal.

«Villa Angelina», se encuentra, en la partida de la Jaud, al oeste del término municipal de Elda, en las cercanías de la Estación

de Monóvar y no muy lejos del Puente Sambo. Transitando por la antigua carretera, poco antes de atravesar el puente, sobre el que pasa el ferrocarril, arranca a la izquierda un camino que a escaso trecho nos deja en la puerta de la finca. En el mismo paseo de entrada, en un lateral de la casa, encontramos la capilla. Nos acompañan los actuales dueños, D. Félix Solis Peiró, hijo de la dueña que le dio nombre a la finca, y su señora, amables anfitriones, que cortésmente nos proporcionan los datos referentes a la capilla.

No describimos su entorno, la finca, pues en otro artículo, en esta misma revista, se hace con gran pormenor, aunque si diremos que la hacienda fue una aportación de D^a. Virgilia Mirete Sánchez a su matrimonio con D. Primitivo Pérez Sánchez, en 1877, y recibió el nombre de «La Angelina» por llamarse así la primera hija del matrimonio.

Un hermano de D^a. Virgilia, de nombre José, Canónigo de la Colegiata de San Nicolás en Alicante, pasaba habitualmente los veranos en esta casa, por lo que pidió que se la dotara de un Oratorio donde poder celebrar la Santa Misa, por lo que se construyó una pequeña capilla adosada a la casa y se la puso bajo la advocación de San José. Para el nuevo oratorio se obtuvo el oportuno permiso episcopal, dándosele la condición canónica de ermita semipública. Poco a poco, la ermita además de la Santa Misa fue punto de catequesis y primeras comuniones de los hijos de los numerosos vecinos, espe-



③

El altar de la ermita, con la Virgen.



④

④ La fachada de la ermita de «Villa Angelina» en la actualidad.

cialmente de la entonces populosa barriada de la Estación.

La capilla en un principio estaba adosada a la casa y se identificaba porque encima de la puerta se elevaba un frontón en triángulo truncado por una espadaña pentágona y alojada campana. Por necesidades familiares fue forzoso ampliar la casa y edificar la capilla, para lo cual fue necesario recabar la correspondiente autorización del Sr. Obispo, muy remitente al respecto, y que obligó a dejar un doble techo de más de un metro entre la capilla y las habitaciones superiores(1). Desde entonces, perdió su independencia y presenta la morfología actual.

Como he dicho, en un principio, la ermita estaba dedicada a San José, sin duda por deferencia al Canónigo que sugirió su construcción, y así la nombran unos versos, que figuran enmarcados en la misma ermita. Versos de D^a. Angelina⁽²⁾, que al parecer era mujer singular, polifacética, partidaria de organizar reuniones con sus amistades y alma de la animación de las mismas. No sabemos por qué, a pesar de la gran devoción de la dueña por el santo esposo de María, cambiose la advocación por la de «Ntra. Sra. de los Ángeles», probablemente en 1927 al acceder D^a. Angelina a la posesión de la finca.

La ermita tiene su fachada en el lateral de la casa, orientada al sur, y resulta muy cercana a la entrada de la finca, lo cual facilitaba el acceso a los vecinos sin tener que adentrarse excesivamente en la misma. El vano de la puerta se realza con fajones que, sobre el dintel, se amplían en un frontoncillo pentagonal que, a su vez, aloja un azulejo con la inscripción AVE MARÍA.

Más arriba se extiende un tejadillo salvaaguas horizontal de pequeñas tejas curvas, y, sobre el mismo una espadaña, consistente en un hueco en la pared y un saliente tejado a dos aguas. El hueco incluye sonora campana, de lo que damos fe pues no nos resistimos a tañerla (brevemente, por no alertar a los vecinos).

El interior resulta pequeño, pero cuidado con primor. El recinto mide 4 x 3,60 m. más un añadido en profundidad de 1,40 m. para la sacristía. En la pared frontal se levanta un retablo en cuya hornacina se aloja una preciosa imagen de NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES. Esta imagen, sostiene en su brazo izquierdo al Niño Jesús mientras con la mano derecha elevada señala al cielo,

tiene la peculiaridad de estar rodeada por cinco angelitos que, al parecer, representan a los cinco hijos, todos varones, habidos por D^a. Angelina, de los que el más pequeño —que apenas emerge de una nube a los pies de la Virgen— representa al actual dueño que nos acompaña. El resto del santoral está formado por, un Niño Jesús abrazado a la cruz, imagen pietista muy frecuente hace unos años y que sustituyó al pequeño San José de los versos de D^a. Angelina, una Virgen del Pilar; y litografías de Santa Micaela del Santísimo Sacramento, Sagrado Corazón de Jesús, un Via-Crucis de pequeño tamaño, y una reproducción de «Santa Isabel y San Juan Bautista adorando al Niño». Más poderosamente llama la atención una pileta de agua bendita al pie de una cruz de metal y sobre un panel granate, vistosa de verdad.

En la pequeña sacristía se dispone de las vestiduras, ornamentos y utensilios necesarios para la celebración, pues aunque la ermita no tiene culto regular sí se realiza de vez en cuando; la última vez fue hace unos meses con un grupo venido precisamente de Elda.

Han pasado dos escasos meses desde que realizamos dicha visita y nos llega la noticia de que la finca ha sido vendida. Una vez más, por la penuria de las arcas municipales, se ha perdido la ocasión de incrementar el escaso patrimonio eldense. No sabemos cual será el destino de la finca y de la ermita, pero no podemos dejar de tener cierta inquietud al respecto.

NOTAS:

(1) Un ejemplo cercano de este rigor se recoge en la «Visita de la Iglesia Parroquial de la Villa de Elda titulada de Santa Ana celebrada por el Dr. D. Diego Flores Abellán...» en nombre del Ilmo. Sr. Obispo de Orihuela y realizada en 1816, en la que visitando la Ermita de Santa Bárbara, dispuso: «En vista de todo (notable deterioro) y de que sobre la ermita se halla una de las principales piezas de la casa que sirve de dormitorio a la familia que habita en ella... mando: Que por ningún motivo se celebre en esta ermita, ni haga uso como tal, antes bien se tenga por cerrada y sin uso alguno».

(2) «Yo tengo un San José muy pequeñito/
En la Ermita de casa/
Que con Jesús en
brazos y solito/
Todo el año se pasa...»

Un Alcalde eldense en su lugar correspondiente

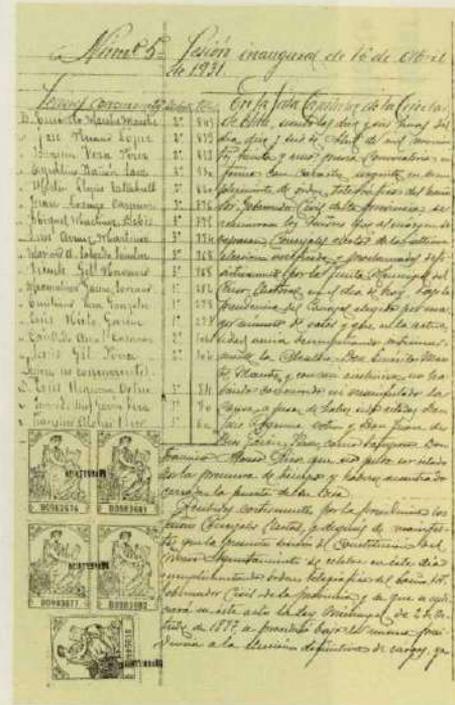
HISTORIA E INVESTIGACIÓN

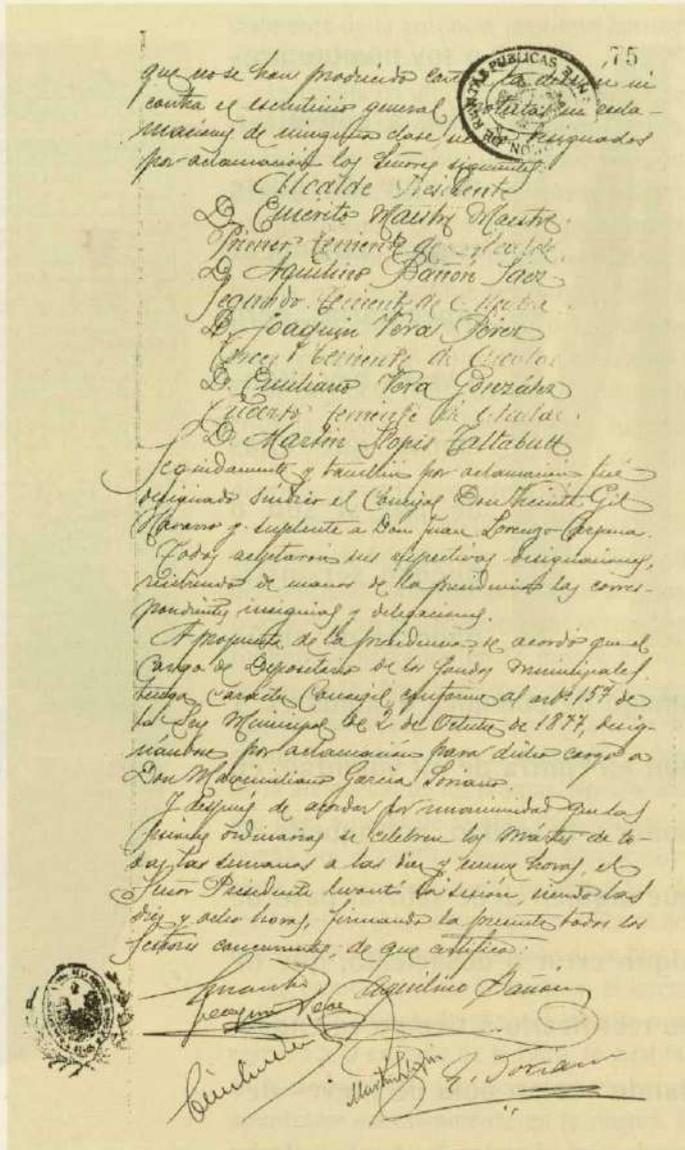
por

JUAN RODRÍGUEZ CAMPILLO

No soy hombre proclive a polemizar, ni que le guste crear polémicas innecesarias, pero a veces hay situaciones que ellas de por sí son o pueden ser instigadoras de algún

amago de polémica o similares. Y aun en contra de mi voluntad, en honor a la verdad, por aquello de que alguien debe salir al paso de algún error o desacierto, que de no rectificarlo a tiempo va engordando -como bola de nieve- dejando en lugar inexacto algún concepto que no le corresponde estar ahí, en detrimento de a quien de verdad le corresponde ese sitio usurpado. Y es ahí donde uno no puede ni debe inhibirse por comodidad, y sentirse cómplice por omisión o relajamiento -como se dice ahora-. Cuando se trata de plantear situaciones de tipo histórico o noticias





pretéritas, y esas se han sacado a la palestra, por quien está conceptuado genéricamente como un «cantamañanas», de los que pululan por ahí, y de vez en cuando se asoman a los medios escritos, no merece la pena molestarse en rectificarlos, pues ellos por sí solos, no tienen la suficiente garantía para ser creídos. Pero cuando el que vierte algún hito histórico es una persona de un reconocido prestigio literario e investigador, pero está desacertado, jeso ya es otro cantar!. En este caso como si tiene garantía y es creíble a pie juntillas, ese desacerto ya entra en el terreno de lo peligroso para la historia, por ese mecanismo de credibilidad, y toma un cuerpo que no le corresponde, y se queda de pleno derecho como un intruso, falseando ese capítulo de la verdadera historia.

¿Que a que viene toda esta parafernalia que antecede? Por favor sigan y verán.

En varias ocasiones se han escrito libros y artículos, de aspecto histórico de Elda, por personas profesionales de la literatura e investigadores que sin serlo, si llevan acumuladas muchas horas de vuelo en estos menesteres, y con un prestigio intachable. En sus textos, refiriéndose a un Alcalde de Elda, que salió elegido en las Elecciones Generales del 12 de abril de 1931, y con toma de posesión el 16 del mismo mes, hacen referencia a D. Emérito Maestre Pérez.

Y no tengo más remedio que salir al paso de esa inexactitud. Sin que por este motivo le reste el valor merecido y la respetabilidad al suplantado, máxime cuando está en la misma área familiar y directa, y con la particularidad de que el susodicho D. Emérito Maestre Pérez si fue Alcalde, pero en 1914.

Como digo, esta anomalía ya está asentada en varios libros con este precepto. Y la verdad ignoro de donde se habrá sacado ese dato equivocado, cuando el verdadero Emérito elegido en esa fecha lo fue D. Emérito Maestre Maestre, hijo del anterior y padre del actual y buen amigo D. Emérito Maestre Pastor.

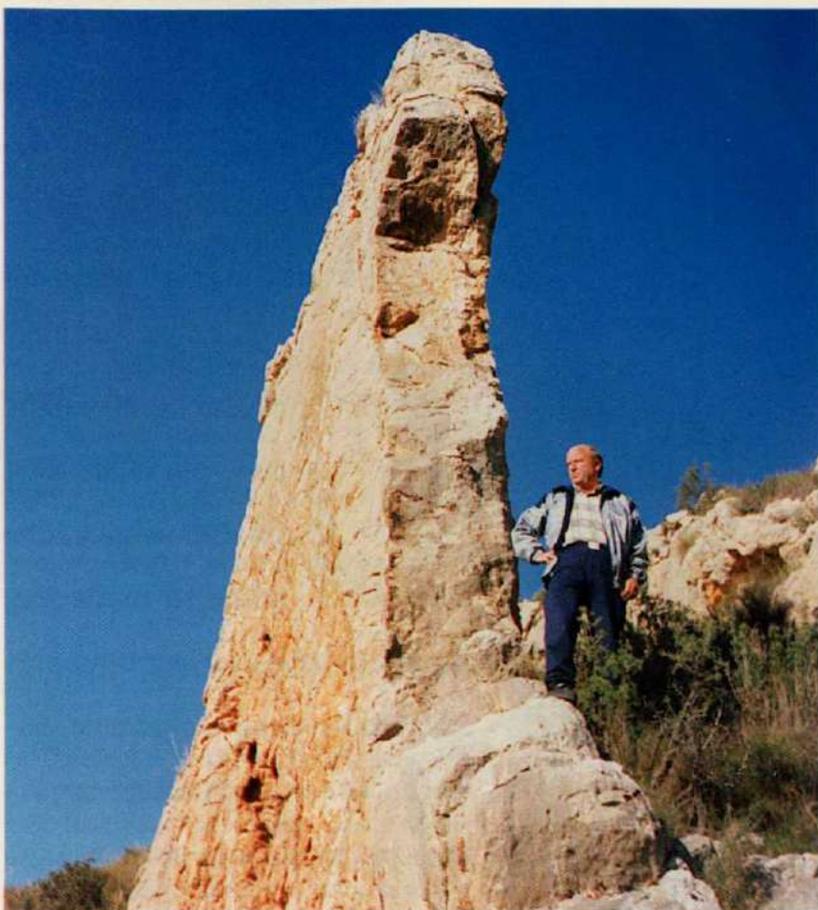
Permitidme que haga una pequeña pero importante semblanza, de estos dos eldenses de pro.

Don Emérito Maestre Pérez nacido en Elda, aunque de ascendencia de un Maestre, Notario-Escribano de Petrer, siendo aun soltero vivió algún tiempo en Alicante, donde ocupaba el cargo de fotógrafo y corresponsal de la revista «Blanco y Negro» de dicha capital, en torno al año 1894. Después al contraer matrimonio regresó a Elda donde fue fundador de la «dinastía» de los Maestres en la fabricación de cartón y cajas, con la primera fábrica en la partida del Monastil. Falleciendo en 1954.

D. Emérito Maestre Maestre, hijo y sucesor del anterior, fue el primer Alcalde eldense de la Segunda República Española, falleciendo en Elda el año 1963.

Y ya subsanada esta anomalía, no me queda sino manifestar mi más sincero agradecimiento a D. Emérito Maestre Pastor por su extremada amabilidad, y mis sinceras disculpas por si alguien se pudiera haber molestado, sin ser esa mi intención, sino que este aspecto de nuestra historia quede en el lugar que le corresponde, como reflejan los documentos.

Capricho de la naturaleza



He aquí un caprichoso muro de roca natural, fruto de la erosión y de la acción del tiempo. Para que la roca haya tomado esa forma han tenido que haber pasado miles de años en los que el muro habrá sido testigo de numerosos eventos de nuestro valle, que se contempla enteramente desde ella. El motivo que me ha impulsado a presentar esta foto no es otro que ofrecer la posibilidad a los eldenses de contemplar esta maravilla de la naturaleza antes de que se venga abajo, lo que puede ocurrir el día menos pensado pues tiene la base muy deteriorada. La pared natural está localizada en el monte de Bolón, frente a la zona de Campo Alto, entre el Peñón del Trinitario y el depósito de agua.

por

JOSÉ ESTEVE

Los avatares de la vida, como toda obra humana —o casi toda— han ido modelando o transformando —en muchos casos desmodelando— obras de rai-gambre popular, que desde su fundación,

habían dejado una impronta paisajística, en el acervo popular. Sólo con nombrar «Plaza de Sagasta», sin tenerla a la vista resurgía «in mente» su fisonomía clásica, especialmente en las personas vencialès elderses.

Después, un buen día —yo diría un mal día—, con ese afán de modernismo «suigèneris» e impetuoso, de borrar de la superficie terrestre todo vestigio ancestral, clásico o simplemente cotidiano con unos valores históricos-espirituales, se hechó por tierra infinidad de obras humanas con ese afán renovador y «progresista», en muchos casos sin meta de verdadero progreso.

La Plaza de Sagasta

¿Susceptible de remodelación?
Su pequeña o gran historia.



por

JUAN RODRÍGUEZ CAMPILLO

Miembro de MOSAICO

¿Pero ahí está el quid de la cuestión!. Sin perder de vista, ni destruir los valores físico-espirituales, que por supuesto son totalmente compatibles, con las mas avanzada e incontenibles —por suerte— ideas de progreso.

ELDA, tan polifacética ella, con tantos recónditos e interesantes lugares y aspectos histórico-culturales, en muchos casos vírgenes de aires divulgativos, están pasando unos momentos presentes de verdadera ebullición exteriorizante, como despertado de un sopor de anquilosamiento estático, como ansiándole unas ganas locas de lanzar a los cuatro vientos del saber, el secretismo de los valores ancestrales, que aún le quedan dormidos en el subconsciente de su añeja espiritualidad.

¿Que hoy le ha tocado el airear este trocito de historia local? como es, ¿el porqué? y ¿el cómo? de esta recóndita plaza, tan representativa como es, o fue, la Plaza de Sagasta. ¡Pues vamos a intentarlo!

Se deslizaba suavemente el recién comenzado siglo XX, que entraba —y no es un secreto— con verdaderos aires renovadores y de progreso.

El urbanismo eldense empezaba a des-perezarse del letargo, de los siglos anteriores, con el nacimiento del nuevo barrio de «Rafael Romero». Romero y Tudela, como promotores de este barrio expansivo hacia el Sur, dieron pie al nacimiento de esta plaza. Como trataremos de demostrar con las siguientes citas documentales.

Composición de la Corporación Municipal, según acta de 5 de enero de 1902: ALCALDE: D. Manuel Beltrán Aravid. CONCEJALES: D. Manuel Vera Pérez, D. Rafael Romero Utrilles, D. Manuel Esteve Beltrán, D. Roque González Amat, D. Joaquín Vera Amat, D. José Beltrán Aravid, D. Constantino Pérez Gras, D. Luis Castelló Payá, D. Eliodoro Pérez Gras, D. Antonio Sirvent Guarinos, D. José Olcina Zapata y D. Manuel Vera Pérez.

Acta de 2 de marzo de 1902

Se da permiso de obras a la sociedad «Romero y Tudela» para construir viviendas: 8 casa en el barrio «Rafael Romero», 6 en la Plaza Sagasta y 2 en la calle de Canalejas. Se estaba formando el barrio.

Acta de 10 de agosto de 1902

Se acuerda conceder permiso de obras a la sociedad «Romero y Tudela» para construir 6 casas más en la calle Zorrilla y 2 en la calle Echegaray.

Acta de 24 de Julio de 1904

D. Damián Tudela Llobregat dueño de las casas del barrio «Rafael Romero», pide permiso al Ayuntamiento para instalar por su cuenta una fuente en la Plaza de Sagasta y que será de dos cuerpos y de mármol, y que el sobrante de agua de la fuente se le ceda para regar el jardín de su casa de la calle Jardines.

Acta de 31 de julio de 1904

Se acuerda se coloquen tres fuentes, una en la calle Chapitel, otra en Sagasta y otra en el barrio de La Prosperidad. Se autoriza al Sr. Tudela para que haga la fuente de Sagasta, y las otras dos fuentes se emplacen: La de Chapitel en la entrada de la calle Jardines, y la de la Prosperidad en uno de los pilones de la casa de D. José Továr. Se da así cuenta al Ayuntamiento que se ha concedido un puesto de la Guardia Civil a esta Villa. Siendo éste el de Petrer, y que habrá necesidad de buscar u alquilar casa-cuartel para instalar la fuerza. Por la presidencia se dió cuenta del contrato hecho con D. Damián Tudela, para la casa-cuartel para la Guardia Civil, en la calle Zorrilla, por el precio anual de 800 ptas. por espacio de 15 años.

Aunque no tenga relación directa con la Plaza de Sagasta, pero si cronológicamente enlazado con estas, conviene recordar que en agosto de este mismo año de 1904, se le concede a la Villa el título de ciudad, aunque en esta fecha la corporación Municipal había tenido variaciones, y estaba formada como sigue: ALCALDE: D. José Joaquín González Amat, CONCEJALES: D. Rafael Romero Utrilles, D. Luis Castellón Payá, D. Pedro Galiano Gil, D. Vicente Maestre Sempere, D. Honorato Amat Soria, D. Rigoberto Maestre Bernabé, D. Manuel Beltrán Aravid, D. Joaquín Vera Maestre, D. Roque González Amat, D. Constantino Pérez Gras, y D. Manuel Esteve Beltrán.



Con esta corporación, y en acta de 2 de septiembre se tomó el acuerdo de nombrar Hijo Adoptivo de la ciudad a D. Antonio Maura Montaner. En el segundo punto dice: Que a la calle de La Esperanza, que es una de las más hermosas de la ciudad se le dé el nombre de dicho señor. Punto tercero: Que en el barrio de «Rafael Romero» hay una calle en construcción con el nombre de Maura, se le cambie por el de Capitán Aguilar en agradecimiento a que dicho militar prestó servicios en la penúltima huelga, evitando un día de luto en la población.

Acta de 23 de julio de 1912

Se da cuenta de la dimisión presentada por el alcalde D. José Joaquín Amat, por motivos de salud. Pasa a presidir el Ayuntamiento como alcalde interino, el primer Teniente de Alcalde D. Damián Llobregat.

Acta de 23 de enero de 1916

Se da cuenta de un oficio de la sociedad «La Prosperidad» que acuerdan dejar sin edificar una manzana, y cederla al Ayuntamiento para plaza y solaz del vecindario, y que en breve plazo se haga plantación de árboles y se ponga el nombre de «Plaza de la Prosperidad».

Se toma el acuerdo de plantar árboles en la Plaza de Sagasta.

Sus denominaciones

La Plaza de Sagasta desde su formación se le puso éste nombre que llevó hasta 1931. Como vemos en uno de los puntos del acta de 17 de abril de dicho año, en las proposiciones hay una, de los vecinos de la Plaza de Sagasta, que piden para perpetuar los mártires de los sucesos de Jaca, se le dé a dicha plaza el nombre de «Plaza de los Mártires de Jaca». Ofreciendo pagar por su cuenta los gastos que se originen. Los concejales acuerdan colaborar de su pecunio particular. Denominación que ostentó hasta el 5 de julio de 1939, que cambia por «Plaza de los Mártires de la Revolución Nacional Sindicalista», que lleva hasta 1979, en que vuelve por segunda vez a ostentar el de «Plaza de Sagasta».

Esta es a grandes rasgos la pequeña historia de la pintoresca Plaza de Sagasta. ¿Que es susceptible de transformación, dándole un carácter más tradicional?. ¡Pues claro que sí, y se debe hacer!. ¿Que es un sitio apropiado para colocar en ella el Monumento al Zapatero?. Yo creo que sí, pues sería un nexo de conexión y culminación, en sus principios, coincidente con la expansión de la industria zapatera eldense. Y que nos ayude a olvidar ese lapsus intercalado en su historia, de indiferencia, sin llegar a comprender físicamente que representaba (confieso mi ignorancia), pasando a representar algo acertadísimo de la idiosincracia eldense. ¡Ya es hora de que le demos y recobre otra vez su personalidad propia!.

Los otros iberos: Avance al estudio del alto curso del río Ciguela

HISTORIA E INVESTIGACIÓN



El mundo ibérico, tan espléndido en sus manifestaciones artísticas, es bien conocido en la actualidad gracias a los numerosos yacimientos arqueológicos descubiertos y estudiados sistemáticamente; baste citar el Cigarralejo (Murcia), el Cerro de los Santos y el Llano de la Consolación (ambos en Albacete) entre decenas de poblados ibéricos repartidos desde

① Parte superior de una gran vasija a torno y pintada con bandas rojas paralelas y círculos concéntricos procedente del Cerro de los Encaños.

por

ADRIANO GÓMEZ RUIZ

el Pirineo hasta el mundo tartésico de Huelva y el valle del Guadalquivir.

Un conglomerado de pueblos de común etnia y muchos rasgos culturales compartidos presentaban, también, notorias diferencias entre unas zonas y otras. Conocemos numerosos pueblos ibéricos por antiguos escritos de autores foráneos: los iler-gavones de Castellón, edetanos en Valencia, contestanos en Albacete y norte de Alicante y los deitanos, pobladores de la actual Elda e Ilicia (Elche) donde se esculpió la celeberrima Dama, allá por el siglo IV a.d.J.C..

Pero también hacia el interior (Toledo, Madrid, Guadalajara, Ciudad Real, Cuenca...) hallaremos pueblos ibéricos; aquéllos que nos citan las fuentes antiguas: titos,

(afluente del Guadiana por su margen derecha), que discurre por un estrecho y fértil valle triangular, el cual, abriéndose ampliamente hacia el oeste, va progresivamente estrechándose para finalizar en vértice, próximo a los Altos de Cabrejas.

Los ólcades pobladores de esta comarca, según las fuentes, poseyeron importantes ciudades como Segóbriga, Valeria, Ercávica y Althea; pero los habitantes del valle que estudiamos prefirieron sacrificar las ventajas de una gran concentración humana, creyendo más eficaz la diseminación a lo largo de la zona que podrían controlar. Pocos yacimientos de los ubicados en el valle sobrepasan la hectárea de extensión, mientras que, por su situación estratégica, pueden realizar una acción defensiva u ofensiva conjunta de la zona de su dominio o por ellos explotada.

El área que estamos estudiando ocupa una extensión de unos 20 Km.², aproximadamente, y en ella hemos prospectado una docena de yacimientos arqueológicos, todos ellos correspondiente a la Edad del Hierro, aunque algunos tienen sus raíces en el Bronce y otros han podido sobrevivir hasta época tardorromana.

Hemos podido constatar que todos los poblados que más abajo describimos, no sólo presentan unas características orográficas y estratégicas similares, sino que su ubicación está principalmente determinada por un preconcebido plan de comunicación (más bien visual que acústico, sin descartar éste) que fuera factible poner en práctica y suficientemente eficaz para garantizar la llegada de un mensaje a su destino, evitando con ello un ataque por sorpresa. En el plano levantado del área donde hemos situado los principales yacimientos prospectados, hemos señalado las curvas de nivel más elevadas entre ellos; ninguna de estas últimas puede impedir la visibilidad entre unos y otros, de tal manera que una señal visual (por fuego, humo o reflejo de la luz solar por espejos metálicos) enviada desde uno de los poblados, sería en poco tiempo receptada por el más alejado, transferida por los poblados intermedios, alertando así a toda la comunidad en escasos minutos.

Dos características fundamentales poseen los yacimientos estudiados en general: su fácil defensa proporcionada por la orografía (reforzados sus puntos más vulnera-

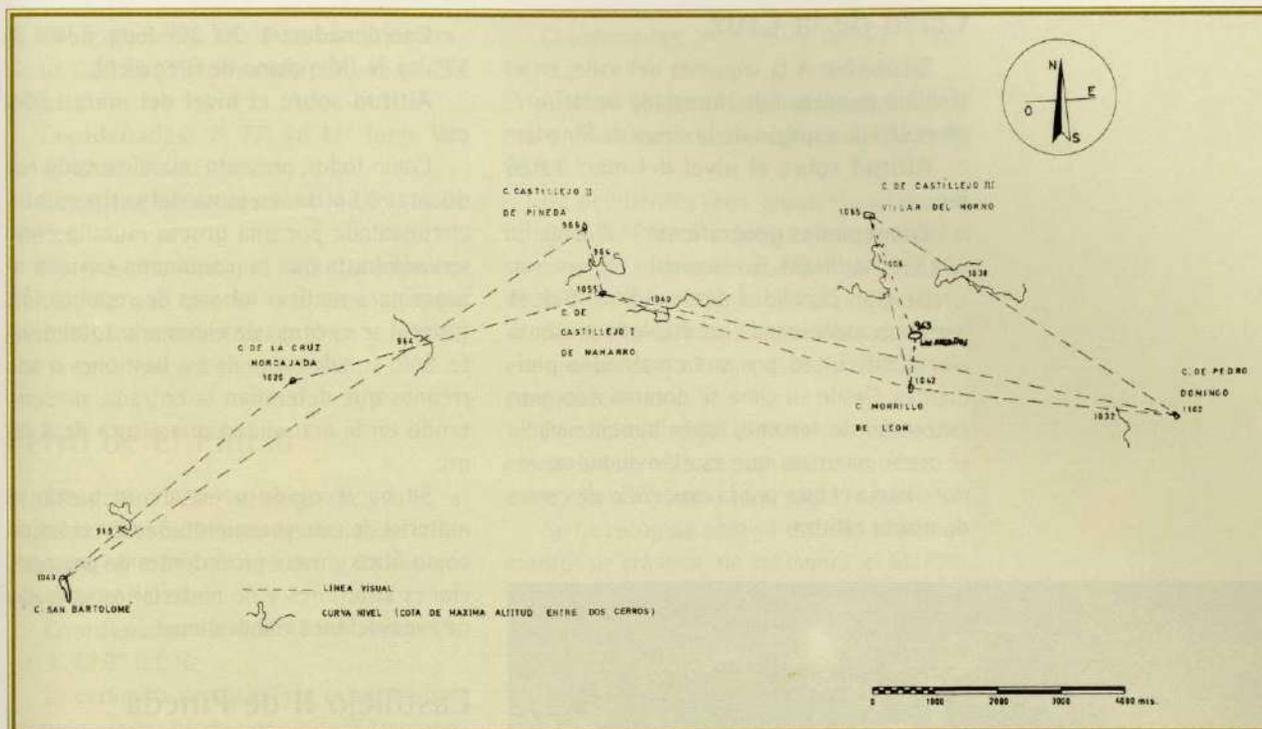


② Sector norte de las excavaciones en el Cerro de los Encaños de Villar del Horno.

belos, lobetanos, lusones, turboletas, carpitanos, ólcades,... Las manifestaciones artísticas de éstos van a estar muy alejadas de los vasos de Liria (Valencia), quizá por su ubicación en tierras del interior, más distanciadas de la influencia civilizadora mediterránea.

La principal vía de contacto entre estos grupos sociales diversos fue el comercio, por el cual, pueblos distintos obtenían a cambio de renunciar a un excedente, quizá producido para trueques. El intercambio comercial entre las diferentes tribus ibéricas fue profuso, a tenor de lo que nos revelan las numerosas excavaciones arqueológicas en poblados y necrópolis de la época.

El avance del trabajo que aquí presentamos se fundamenta en el estudio y prospección del alto curso del río Ciguëla



bles con bastiones) y su reducida extensión habitable; ello nos lleva a la conclusión de que estos poblados se desarrollan o subsisten en un momento de gran inestabilidad política y social; inestabilidad que queda probada por las fuertes defensas que hemos podido detectar en la mayoría de los yacimientos.

Demográficamente la zona estuvo más densamente poblada en la época que estudiamos que en la actualidad, calculando, grosso modo, una densidad relativa de 100/110 habitantes por Kilómetro cuadrado, basándose en el estudio realizado del urbanismo y ocupación del Cerro de los Encaños, único yacimiento de la zona excavado sistemáticamente por nosotros.

Los poblados prospectados que a continuación describimos se hallan situados alternativamente en los bordes del valle surcado por el Cigüela; es decir, el área explotada cinegética y agropecuariamente por unos pobladores siempre avizores del posible peligro que asomara por el oeste.

Actualmente la carretera que une Taracón con Teruel atraviesa el citado valle, como única vía posible para acceder a Cuenca desde el poniente.

He aquí, siguiendo la dirección oeste-este, los yacimientos prospectados y algunas de sus características:

Cerro de San Bartolomé (o del telégrafo)

Situación: A la derecha del valle, dirección Cuenca.

Coordenadas geográficas: 1° 4' 30" longitud este; 40° 1' 22" latitud norte (Meridiano de Madrid).

Altitud sobre el nivel del mar: 1.043 ms.

Se halla en el término municipal de Torrejuncillo del Rey. El acceso a la cima se realiza más fácilmente por la carretera Taracón-Teruel; justamente en el Km. 37 nace una pista por la derecha que se dirige hacia el yacimiento, rozándolo en su base, por lo que su escalada presenta cierta dificultad.

Desde su cima se divisa una extensión de muchos kilómetros cuadrados, especialmente por el oeste y por el sur; hacia el este, una amplia zona de las estribaciones de la Sierra de Cabrejas y el valle del río Cigüela. Su espacio habitable es de 1'30 Ha. y presenta una altura respecto a la base de 138 metros.

La cerámica es abundante por todas las laderas; se recogieron 84 fragmentos de los más significativos, despreciando los atípicos. De ellos, el 51% de cerámica a mano y el 49%, a torno. Esta última es similar a la de los demás yacimientos: algunas pintadas y otras, de pasta gris.

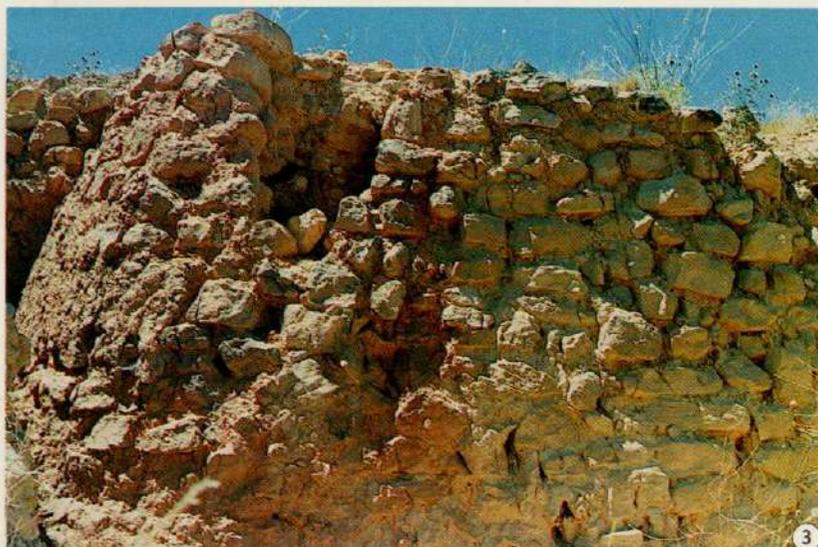
Cerro de la Cruz

Situación: A la izquierda del valle, en el término municipal de Horcajada de la Torre, en el último espigón de la sierra de Pineda.

Altitud sobre el nivel del mar: 1.026 ms.

Coordenadas geográficas: 1° 7' long. E.; 40° 3' 5" lat. N.(M. Greenwich).

De gran visibilidad desde el Km. 40 de la carretera mencionada, su escalada presenta cierta dificultad por sus empinadas pendientes. Desde su cima se domina una gran extensión de terreno, especialmente hacia el oeste, mientras que esa visibilidad se reduce hacia el este por la existencia de cerros de mayor altitud.



③ Bastión o torreón troncocónico que defendía la entrada del poblado Castillejo I. El agujero visible en la parte superior es consecuencia de una excavación clandestina.

La reducida dimensión de su cima (algo menos de media Ha.) sólo permite el asentamiento de un escaso número de personas, pero su altitud y su posición estratégica tuvieron que ser factores determinantes para su ocupación.

Ofrece gran cantidad de cerámica a torno pintada y la cerámica a mano es escasa debido, quizás, a la inexistencia de labores agrícolas. De los 160 fragmentos recogidos en superficie, el 6,25% están fabricados a mano, y el 93,75%, a torno.

Castillejo I de Naharros

Situación: A la izquierda del valle, al norte del casco urbano de Naharros, sobre el último espigón de una estribación de la Sierra de Cabrejas proyectada hacia el oeste.

Coordenadas: 2° 30' 32" long. E.; 40° 3' 57" lat. N. (Meridiano de Greenwich).

Altitud sobre el nivel del mar: 1.055 ms.

Como todos, presenta una dimensión reducida: 0,54 Ha. La cima del cerro estaba circunvalada por una gruesa muralla conservada hasta que la maquinaria enviada al lugar para realizar labores de repoblación forestal se encargó de eliminarla totalmente. Sólo se salvó uno de los bastiones o torreones que defendían la entrada, presentando en la actualidad una altura de 4,60 ms.

Se ha recogido y estudiado bastante material de este yacimiento, tanto cerámico como lítico y óseo, procedentes de prospecciones anteriores y de material recuperado de excavaciones clandestinas.

Castillejo II de Pineda

Situación: A la izquierda del valle, en el término municipal de Pineda del Rey; también como el anterior, sobre el último espigón de una de las estribaciones de la Sierra de Cabrejas proyectada hacia el oeste.

Coordenadas: 2° 30' 39" long. W.; 40° 4' 27" lat. N. (Greenwich).

La latitud sobre el nivel del mar es de 965 ms. y presenta una altura respecto a la base de 78 ms. De fácil localización al norte desde la cima del Castillejo de Naharros y con las mismas características orográficas que éste, salvo su más reducida dimensión de plataforma habitable: 0,30 Ha. La suave vaguada que lo une con el cerro inmediato estuvo fuertemente defendida por una muralla rectilínea cuyos cimientos pudimos prospectar y testificar.

La erosión ha actuado fuertemente sobre el yacimiento debido a la gran inclinación de sus laderas, presentando un estrato arqueológico de sólo 20 cms. de profundidad. Ello ha motivado que de los 126 fragmentos cerámicos recogidos, el 96,83% es cerámica a mano y el 3,17% restante, a torno.

Los Castillejos de Villar de Horno (Castillejo III)

Situación: A la izquierda del valle, en el término de Pajaroncillo del Rey y a 1,5 Kms. al noroeste de Villar del Horno, desde donde

es visible. Presenta una plataforma habitable de 0,90 Ha., circunvalada por una gruesa muralla.

Coordenadas: 2° 27' 48.42" long. W.; 40° 4' 42.8" lat. N.

Su altitud con respecto a la base es de 108 ms.

No presenta vestigios de roturación reciente; de ahí que la cerámica a mano (10,52%) sea menos frecuente en superficie que la cerámica a torno (89,48%).

Cerro de El Pintao

Situación: A la izquierda del valle, al norte de Villar del Horno desde donde se divisa; presenta una altitud de 1.084 ms. sobre el nivel del mar.

Coordenadas: 2° 29' 48.42" long. W.; 40° 4' 42.8" lat. N.

La cerámica de superficie es escasísima, estando representada por algunos fragmentos atípicos y muy rodados. Pero es muy abundante el material lítico; como si la zona hubiese sido destinada para ubicar un taller de herramientas de sílex durante el Hierro y en épocas anteriores.

Cerro de Los Encaños

Situación: En el centro del valle, sobre una loma exenta, a 850 ms. al sur del Villar del Horno.

Coordenadas: 2° 27' long. W.; 40° 3' 35.5" lat. N.

La altitud sobre el nivel del mar es de 963 ms.

Hemos publicado la correspondiente Memoria de las primeras campañas de excavaciones en el yacimiento (Noticiario Arqueológico Hispano nº 27.1.986). Tras posteriores campañas, poseemos conocimientos más firmes en la actualidad de la vida cotidiana en el yacimiento; la estructura defensiva de la cima, su sistema urbanístico y arquitectónico, su economía y, sobre todo, un estudio más completo que nos sirve como punto de comparación para el conocimiento de los yacimientos prospectados que estamos describiendo.

Morrillo de León

Situación: A la derecha del valle, a 1,5 Kms. al sur de Villar del Horno.

Coordenadas: 2° 27' long. W.; 40° 3' 39" lat. N.

Altitud sobre el nivel del mar: 1.042 ms. y una altura con relación a su base de 95 ms.

De pendientes muy pinas, su acceso es dificultoso. Presenta forma troncocónica y su cima, de escasa dimensión (0,25 Ha.) es de planta tendente a circular. Presenta vestigios de defensas amuralladas, especialmente por el suroeste, y restos de construcciones.

Por su reducida dimensión habitable, creemos que más que un asentamiento, el cerro se utilizó como torre vigía natural.

Se ha recogido para su estudio 170 fragmentos de cerámica; de los cuales, el 65,70% es cerámica a mano y el 34,30% restante es a torno.

Cerro de Pedro Domingo

Situación: A la derecha del valle y casi al pie del Puerto de Cabrejas; en la línea limítrofe que separa los términos de Abia de la Obispalía y Torrejuncillo del Rey.

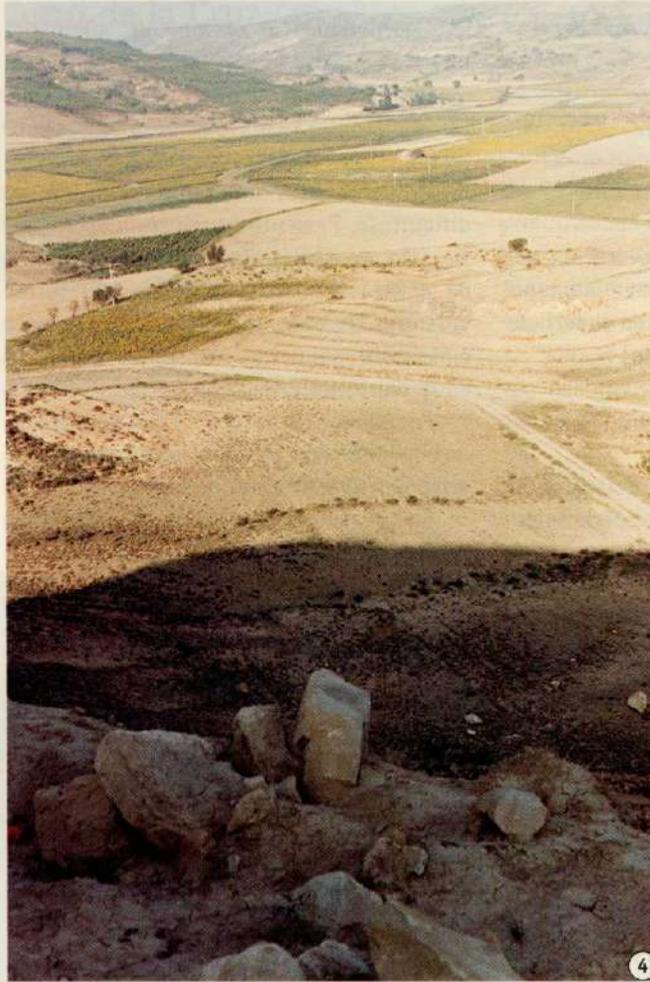
Coordenadas: 2° 24' 46.3" long. W.; 40° 2' 57.60" lat. N.

Altitud sobre el nivel del mar: 1.102 ms. y sobre la base, 85,60 ms.

Se han seleccionado para su estudio 80 fragmentos cerámicos de los más característicos; de ellos, el 72,50% corresponde a cerámica a mano y el 27,50% restante es cerámica a torno.

El material cerámico de superficie es abundante, tanto a mano como a torno, que puede paralelizarse perfectamente con la cerámica estudiada del Cerro de los Encaños. Aparecen también algunas lascas de sílex trabajadas y algunas escorias, posiblemente, de hierro.

No describiremos otros dos yacimientos arqueológicos localizados en la zona, por no corresponder a la intención de este artículo; el primero se identifica con la necrópolis perteneciente al Cerro de los Encaños, localizada a unos 300 metros al sur del poblado; y el siguiente, el asentamiento ubicado en los Llanos de San Miguel, al pie de Castillejo I de Naharros, sobre una llanura sin defensa. Intuimos, aún sin sólidos fundamentos, que este asentamiento pertenece a una población forzosamente trasladada desde los cerros colindantes,



④ Impresionante vista aérea hacia el oeste desde la cima del Castillejo de Naharros.

aplicándose una política de desarme tras las guerras celtibéricas, pues las cerámicas pintadas tipo ibérico se hallan asociadas a diversos tipos de sigillata romana.

Si nos fijamos en el plano podemos detectar que desde el Cerro de San Bartolomé se divisan el Cerro de la Cruz y el Castillejo II de Pineda. Desde el Cerro de la Cruz de Horcajadas sólo se divisa Castillejo I de Naharros. Pero desde la cima de Castillejo II de Pineda pueden verse San Bartolomé y Castillejo I de Naharros; en cambio, desde éste pueden divisarse el Cerro de la Cruz de Horcajada, Cerro Morrillo de León y el Cerro de Pedro Domingo, a una distancia de casi diez kilómetros.

Desde Castillejo III de Villar del Horno se ven el Cerro de los Encaños, Morrillo de León y Pedro Domingo, mientras que desde el Cerro de los Encaños, por ubicarse en el interior del valle, sólo se divisan Castillejo III y Morrillo de León (amén de El Pinta y El Pernal, sólo citados y no descritos más arriba).

Desde Morrillo de León son visibles Castillejo I, Castillejo III, Los Encaños y Cerro de Pedro Domingo, último yacimiento casi en el vértice este del valle y donde ya se inicia la pronunciadas cuestas de la Sierra de Cabrejas.

Como podemos observar sobre el plano, la alerta ante una amenaza por el oeste era inmediata en todo el valle ocupado.

Sabemos que Anibal, en el siglo III a.d.J.C., abandonando la política de acercamiento pacífico y la diplomacia con los indígenas, realizó una serie de expediciones de ocupación y saqueo, azotando la mitad este de la Península.

Todos los yacimientos descritos presentan huellas de destrucción violenta por fuego que, en el caso del Cerro de los Encaños y Castillejo I, se

manifiestan por una gruesa capa de carbón y cenizas sobre los cimientos de las habitaciones.

Los sistemas de alerta y defensa aplicados en la zona por los naturales fueron insuficientes, al parecer, ante un enemigo muy superior. ¿Podemos atribuir a los ejércitos púnicos la ruina y destrucción de la casi totalidad de los poblados asentados en el valle del río Ciguela? No nos atreveríamos a afirmarlo mientras no tengamos datos más fehacientes proporcionados por nuevas campañas de excavaciones arqueológicas en la zona. No obstante, la aportación de datos sobre la comunidad que habitó este valle entre los siglos VII y III a.d.J.C., según pruebas de C14 (UGRA 197), serviría como punto de partida para nuevas investigaciones, porque lo realizado hasta ahora es el inicio para futuros trabajos que nos revelen las aún grandes incógnitas que tenemos sobre la cultura y el pensamiento desarrollado en este período de la Protohistoria.

NARRATIVA Y CUENTOS



ALBORADA

uando vi aquel cadáver, tendido en la cama que en vida acogió mi descanso, supe que yo estaba muerto. El que presumí era mi cuerpo, inmóvil, yacía en una postura un tanto forzada, cris-

pada, revelando los últimos estertores, supuestos, de mi existencia. Tenía la boca entreabierta, los dientes podridos, y un gesto de dolor cruzaba lo que fue mi rostro sin hacerle perder, sin embargo, esa tonta expresión que sólo nos da el sueño o la muerte.

Nunca en mi vida me había visto muerto, y si algo tenía claro de aquella situación, nueva para mí, era la necesidad ineludible de adaptarme a ella. Me decepcionó la otra vida. Nada de señorones barbudos señalando con su dedo divino, ni llamas del infierno, ni lagunas negras con barqueros siniestros, ni trompetas celestiales, ^{ES}

Con el alma fuera de la boca

POP

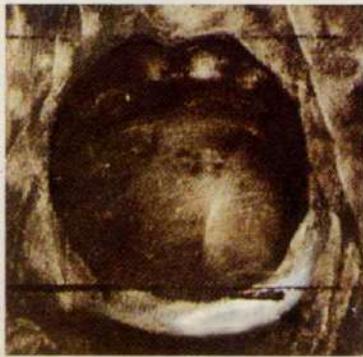
RAFAEL JUAN ORTEGA

NARRATIVA Y CUENTOS

ni oscuridad eterna. La única novedad la constituía el discutible privilegio de contemplar mi propio cadáver.

Sabiendo que tenía toda la eternidad por delante, y habida cuenta de la magnitud de ésta, imaginaba que mi muerte daría más de sí. Por tanto, me hice una composición de lugar. Y el único lugar que veía, no me preguntéis con qué ojos, era mi propia habitación envuelta en la penumbra de una clara noche de verano, iluminada apenas por un débil rayo de luna. Al lado de aquella gran cama había un vaso caído en el suelo, roto, que reposaba en un charco como un puñado de diamantes en el centro de una húmeda estrella. Deduje lo repentino y súbito de mi muerte: ni siquiera había tenido tiempo para acabar la bebida. Pero mis recuerdos eran confusos y escasos, y me encontraba aturdido, sin reconocer los objetos. De aquel cuerpo que, al parecer, era el mío, nada sabía.

Alejé de mí aquella especie de pereza contemplativa y me acerqué a la cama curioso ante lo que fui en vida. No me gusté nada. No, no fui excesivamente agradado. Allí estaba yo, con los zapatos puestos y llenos de polvo, las



uñas de luto, una mancha de aceite en la camisa arrugada y el pelo, gris, lleno de caspa.

El licor en el suelo evocaba una muerte extraña y no del todo limpia. A mi nariz de ectoplasma llegó un aroma a ginebra y almendras amargas, y el estómago me ardió, apenas el asomo de un recuerdo de mi vida ya acabada, como a esos cojos a los que le pica la pierna perdida e intentan rascarse. ¿Quién lo había hecho?, ¿por qué? No es que me importase gran cosa mi vida, de la que seguía sin saber nada, pero hay que ponerse en mi lugar, recién asesinado y con la perspectiva de pasarme todo el tiempo del mundo mano sobre mano, sin nada que hacer, ignorante de todo lo que había rodeado mi fallecimiento.

Salí de la alcoba y recorrí, invisible y atónito, un largo pasillo flanqueado de

cuadros. Reconocía alguna de aquellas pinturas con extraña nostalgia, apenas el atisbo de un eco en el cielo del olvido. Vi varias puertas cerradas que me invitaban, mudas, a filtrarme por ellas. Y eso fue lo que hice una vez que comprobé las ventajitas de mi nuevo estado.

Me sorprendí en un despacho con paredes forradas de libros, muchos libros que despertaron en mí una rara ternura. En un rincón, en silencio, un tocadiscos. En la mesa, cuidadosamente apiladas, revistas de todo tipo, folletos de viaje y un exótico cortaplumas. No sé con qué manos, pero abrí un cajón cerrado con llave y encontré una carpeta. Contenía varios papeles, ligeramente perfumados, escritos con una letra clara y hermosa, redonda y azul, un tanto ingenua. Eran poemas, una simple inicial a modo de firma, extrañas disgresiones llenas de sensualidad

femenina que hablaban de amor, de la muerte, una jactancia sin base, de la soledad y la desdicha, de la vida que se escapa segundo a segundo a oscuros sótanos de piedra. Se adivinaba una tristeza patética y, entre líneas, asomaba el placer como ausencia, el deseo rompiéndose en un acanti-

lado desierto. La atmósfera de aquel coqueto despacho, cierta intimidad sosegada, algunos detalles decorativos, me empujaban a pensar en una mujer delicada y sensible, tal vez hermosa. Nada de esto encajaba con el cadáver de aquel hombre tendido sobre una cama de matrimonio, sucio y descuidado, casi anciano, mi propio cadáver, yo mismo. Y salí de aquel sitio lleno de espanto, sin conocer los motivos, sintiendo, por vez primera, el miedo a lo inevitable y el dolor de estar muerto.

Vagué por no sé dónde, sin detenerme, sin ver nada, como un fantasma, envuelto en la soledad y en la añoranza de la vida. Terminé acurrucado, borracho de pánico, en otra habitación a la que llegué en mi errar sin sentido. Olía bien allí, como a violetas, y una respiración acompañada y tranquila, procedente de una ca-



No había adelantado mucho en mis indagaciones. Estaba muerto, sin recuerdos, como un recién nacido, envenenado, solo.

Aparecí, es un modo de hablar, en la cocina llevado por extraños senderos. Una silla caída, una taza de café derramada y rota, el conocido olor a almendras amargas... y un cuerpo de mujer, con la cabeza torcida, quieto sobre las baldosas del piso. Una escena ya familiar, sabida.

La muerta tenía los ojos azules, abiertos y turbios, con restos de miedo. Y me asomé a ellos como a un pozo muy hondo y muy negro. Recordé, a lomos de un torbellino, mi vida vacía, volcada en los libros, mi soledad que llenaba de amor y de versos, los dolores de un parto, un beso dulce y lejano, aquella

ma cercana, acompañó mi llanto sin lágrimas.

Una vez me hube calmado, con innecesaria cautela, me aproximé a quién dormía. Era una chica muy joven, casi una niña, y el calor de la noche la había destapado permitiendo que el aire caliente gozase de sus tiernos pechos de adolescente. La contemplé largo tiempo, todo aflicción y congoja, impotente para derramar sobre ella un imprevisto torrente de compasión y ternura. Permanecí en aquel sitio más de lo debido, si es que es posible establecer deberes a un muerto. La muchacha se volvió de costado, el dedo pulgar en la boca, como un bebé inocente y feliz. Sentí que algo nos había unido. Aquel amor que hacía latir mi corazón ausente, la piedad que sentía por ella, eran signos inequívocos de un cariño que ni siquiera la muerte había podido borrar, desvanecida como estaba mi memoria. Y salí, herido de angustia y tristeza, dejando a la niña entregada a sus sueños.

taza de café y una sonrisa hipócrita, otros ojos llenos de odio y desprecio... mi hija, mi hija ahora huérfana y sola, el veneno que me golpea el estómago... unos dedos desabrochan mi blusa de seda... las babas de aquel hombre se deslizan sobre mis senos... un aliento fétido... mi matrimonio... mis desdichas y mi viaje imposible... unos dedos que enredan mi pelo... el roce de unos labios queridos... mi desolación... las manos de mi marido me ofrecen una taza, toma, te he preparado un café, estás cansada... su suicidio y su crimen... mi hija corre hacia mis brazos en una lejana tarde de otoño... mi amante... tenemos que irnos, deja que ese animal se revuelque en su mierda... las lágrimas... las palizas... mi refugio... mi desolación... las lágrimas... mi amor sin esperanza.. la música... las palizas... las lágrimas... y se borró mi vida poco a poco, y se desvanecían la casa, los objetos, cada vez más pequeños al fondo de un túnel muy largo, y desaparecen el tiempo, la memoria, las lágrimas...

¿Ha dicho «Ternera»?

NARRATIVA Y CUENTOS

por

LUIS G. TORREGROSA LÓPEZ

Nunca había tenido la urgencia de un servicio semejante hasta el martes pasado. El destino y la vital necesidad que tenía en aquel momento me han puesto en los brazos del enamoramiento enfermizo y babeante.

Desde luego, hay quién desprecia ese estado de bobería; hay otros, sin embargo, para los que representa la culminación de la felicidad. Hoy soy fiel seguidor de estos últimos. Puestos a sincerarnos, yo no creía pertenecer ni a los unos ni a los otros. Nunca he pensado en ello. La verdad es que, hasta ahora, no pensaba mucho en cosa alguna aparte del trabajo, un par de cervezas, el vídeo, algo de cachondeo y un polvo de haber suerte.

Aunque me doy cuenta que soy un insignificante don nadie que vive solo, hace de viajante de alfombras y tapices, gana bastante pasta y se la funde en un abrir y cerrar de ojos, tampoco me ha preocupado mucho. ¿¡Qué más para ser feliz!?

Pero todo ha cambiado. El curso de mi cómoda historia se ha quebrado y el firme puente que me unía al pasado se despeñó. Entiéndase: uno siempre espera que una mujer entre en su vida, pero deslizándose, ganando primero la amistad, y luego, el corazón. Pero esta ha sido otra cosa. Lo primero que

me atrajo de ella fue su voz de tono pastel, de gusto fresco, de olor acaramelado y tacto de aliento angelical, muy apropiada para nuestro primer encuentro. Casi al mismo tiempo me sedujo su nombre, Celeste, con sabor de madrugada algo turbia, ¡tan sugerente! Ella estuvo a lo suyo, insensible a los efectos que me causaba, a la marejada que se me venía encima. Yo, saliendo de un sueño para entrar en otro. El caso es que fue fulminante, como recibir el impacto de un macetón en plena cabeza cuando cruzas a pie un trigal de La Mancha: ni idea de lo que me pasaba. Quedé arrebatao, y supe que aquel primer encuentro se iba a prolongar en mi vida más allá de lo material para llegar, tal como suena, a la espiritualidad suprema. ¡Ahí queda, aunque disguste, la flaqueza empachosa del lenguaje de un nuevo devoto de San Valentín! Tras atragantarme dos veces con mi propia saliva y parpadear como un incrédulo, apenas pude balbucear en una voz que no reconocí como propia, «muchas gracias», y sentí que se alejaba de mí sin remedio, sin poder todavía atraparla. Tal fue el golpe y la consecuencia.

El resto del día lo pasé entre nubes. Los de alrededor se dieron cuenta: «Paco, te noto raro; Paco, no te lleves ese catálogo que es el del año pasado; ¿a pasear a un parque después de comer?, ¿y tu siesta con pijama!?; Paco, deja las llaves en recepción; Paco, pero hombre, que mañana tienes que estar en Granada, ¿qué coño haces sacando billete para el vuelo a Palma?». Pero yo iba a lo mío: cerrados los oídos, viendo el mundo a través de lentes color miel, envuelto en algodón virgen y con la inconfundible sensación de quien anda levitando a tres dedos del suelo. ¡Hasta compré una revista del corazón y miré con ojos golosos los arrumacos, previo pago de rigurosa exclusiva, del doberman de la hija de una tonadillera con una dulce fox-terrier del tenista coreano ese que está de moda!

En nuestro segundo encuentro, al que llegué en vela, mi cuerpo vomitaba adrenalina. Me sentí como un cazador, un gran felino, inmóvil y tenso frente a un bocado exquisito; como una leona con una numerosa prole de sentidos que desean y necesitan el manjar que se les brinda. Se que suena mal, pero la pasión es así. Aunque como les ocurre aun a los grandes predadores, podía perder la presa, por fortuna, mis temores quedaron pronto atrás: ella estaba allí. Y aún más: descubrí una fractura en su monotonía. ¿Cómo podía equivocarse?. ¡Imposible!. Al menos supe que le habían traicionado sus sentimientos. ¡Ella que es una profesional!

Inimaginable que en cuestión tan trascendental se haya podido equivocar: «van a ser, ... perdón, son ...». Así que ya no tuve dudas. En ocasiones como esta, mi experiencia profesional como vendedor con más de quince años de oficio a las espaldas me ha enseñado a leer entre líneas y entender los silencios, y uno sabe, a ciencia cierta, cuando el cliente está o no por la labor. En cualquier momento nos podíamos desbordar, sorprendidos y enlazados para toda una vida. ¡Qué cursi y hermoso!. «Gracias, señorita Celeste», le contesté. Esta vez mi voz perdió su timidez y creo que ganó en cordialidad y confianza. Solté cuerda para el futuro, para hoy, porque hay que amarrar, sí, pero lo justo, sin precipitarse, aunque el corazón me estuviera haciendo delatoras cabriolas en el pecho. A diferencia de la primera vez, cuando terminamos se alejó despacio a seguir con otros.

Después anduve eufórico, como el que bebe hasta coger el punto y sabe parar, y disfruta. Hasta me eché la siesta de rigor. Es cierto que no estuve muy centrado en el trabajo, pero en cambio fui todo sonrisas y buen humor. «¡Que te calles Paco!... ¡Hoy te ha dado habladora!». Ayer fue un buen día.

De un sobresalto del alma, de la sorpresa inicial, he pasado, en apenas dos días, a la certeza de una conquista que sólo a un torpe inútil se le puede escapar de las manos. Ni siquiera el azar es un obstáculo. ¿Qué puede ocurrir?. ¿Qué nuestro siguiente encuentro se dilate porque, mecánica y fríamente, esté ocupada con otros?. Eso lo comprendo porque no está en su mano que haya una tercera vez, sino en las mías. Pueden pasar tres, seis, siete días, pero al final (atentos a la metáfora que nos lleva al éxtasis), la chispa ha saltado y prendido, y el fuego llegará tarde o temprano. Delicioso, ¿verdad?.

Así que aquí estoy, dispuesto para la tercera vez, la definitiva. No la quiero demorar más de lo imprescindible. Sé que voy a tener suerte. Me siento relajado. Quizás algo febril pero, ¿quién no lo estaría en mis circunstancias?.

Bueno, ya está, puntual como siempre. Atento, voy a escuchar:

«Buenos días. Soy la señorita Celeste y este es el servicio de despertador MOVITEL. Señor Ternerera, ...perdón, señor Tordera, son las nueve de la mañana». CLIC.

¿Ha dicho «Ternerera»?!. ¡Dios mío, ha dicho ternerera!... Tuvo que ser un bebedizo; eso es, un brebaje que me ha dejado pichón, chalado, atocinado, chocheante... ¡Con tanta gente leyendo!. ¡Nunca me había pasado esto antes!...

Oro rojo

por

LYDIA SANCHÍS

Una llamada telefónica «importante» (y la revista, ¡zas! que se queda sin portada), una inauguración que se pospone, Pepe, el de «cotilleos», que se casa, Manolo, el de «entrevistas», con gripe, su coche en el taller, y los servicios mínimos de la huelga de trenes comenzaron el proceso, totalmente casual (?), que ya culminaba, después de «toda» una tarde y «toda» una noche de intrincados transbordos de autobuses a trenes y de trenes a autobuses, y total para llenar página y media sobre la «influencia del entorno fálico» en la finalista, de este año, de la Sonrisa Transversal.

«Ironías de la vida» pensó Telesforo (Télex para los compañeros de redacción), y recordó, con verdadero amor, su brillante artículo sobre «El padre de la realidad virtual», aparca-do desde hacía ya seis meses en algún lugar, en algún maldito lugar, esperando una ocasión como ésta.

Se acordó de su casa, patas arriba, y le entró un súbito malestar. Estaba seguro de que se había olvidado buscar en algún sitio, pero en ¿cuál?. Ya se veía de regreso, volviendo a mirar aquí y allá.

«Mala cosa —se dijo— aún no he llegado y ya estoy pensando en volver».

«Aunque, bien mirado —seguía en sus trece— podría tratarse de una venganza de la doméstica, a la que despidió hace medio año; bueno, lo cierto es que se fue ella. Él sólo le dijo que abortase, y se fue. Debió comprender que ya no tenía nada que hacer allí. Ya estaba él creyendo para que lo pillaran así. ¿No le había comprado él mismo los anticonceptivos?. Y la muy burra le decía que se los había tomado siempre cada vez que... Hasta sería verdad. Era tan simple».

Se acordó de la primera vez que la vio. Nadie la hubiera mirado dos veces a la cara, pero tenía un par de... Venía del pueblo, pero ya se encargaría él de sacudirle ese aire de la dehesa. La verdad es que puso mucho empeño. Hizo algunas tonterías, incluso le regaló un libro de Neruda. Recuerda que le dijo a Pepe:

—¡Oye tío!, es que allí en los pueblos no tendrán mucha cultura, pero cómo las crían. Jamón de bellota, joye!

Pero lo que no le contó a nadie fue que su mayor placer se convirtió en mirar esa cara — que nadie hubiera mirado dos veces— regresar lentamente de la muerte bajo su cuerpo. Jamás fue un amante tan desprendido. Aunque fuera por egoísmo. Le hacía sentirse Dios.

—Sólo existo porque tu me quieres —le decía ella. (Seguramente sería de Neruda).

Comenzaba a dolerle el estómago. Se obligó a mirar el paisaje. Dobló el periódico y dejó de aparentar resolver crucigramas. Cambió ligeramente el centro de gravedad de su cuerpo y cerró los ojos. «falta sólo media hora para el próximo transbordo» pensó.

«Realmente aquello no tenía futuro. La chica no estaba mal, pero no «estaba» a su nivel. Era impresentable. Lo cierto es que sintió alivio cuando el asunto terminó. Estaba empezando a obsesionarse. Después de medio año ya no se acuerda muy bien de su cara, pero tenía unas manos... Más limpia que el oro le tenía la casa».

Y de algo más se acordó que le hizo sonreír (su dolor de estómago se había esfumado), al fin y al cabo era la única virgen que había conocido. Este pensamiento le hizo sentirse francamente bien. Se levantó resueltamente del

asiento buscando los aseos y se quedó pasmado contemplando un paisaje imposible: cielo arriba y cielo abajo. Hasta donde abarcaba su vista, la tierra era azul-violeta, y vibraba. Millones y millones de mariposas aleteantes parecían haberse posado sobre ella, en un acto de amor, o de locura.

El dolor en su estómago regresó, incontenible. Respiró hondo tres veces. Además, debía tener cara de imbécil porque el vecino, un soldado que no había dicho ni «mu» en dos horas, aclaró sucintamente:

—Hoy es el día de «todos los Santos», el día del manto. Aquella aclaración le dejó perplejo. Realmente hoy era 1 de noviembre pero...

—Si hombre, sí, es el oro rojo, que le dicen— seguía el soldado, y señalaba, sin lugar a dudas, la azul inmensidad.

La conciencia de Telesforo comenzaba a biquear entre el surrealismo auditivo y la imposibilidad óptica, y llegó a la ferviente conclusión de que se había quedado dormido. Una pena porque seguramente se pasaría de estación. Incluso pensó en la posibilidad de llamar mentalmente al revisor para que lo despertara. Aunque, bien mirado, el sueño era una maravilla. Subido de color, sentenció, pero era una delicia contemplar la tierra de color azul-violeta, y oír hablar del día del manto. ¡Qué imaginación!. Notó que el soldado se preparaba para seguir hablando, y le prestó toda su atención, muy divertido.

—¡Los azafranes...!. Ya me siento en casa— y agregó una disculpa al ver que Telesforo se buscaba la cabeza con las manos.

A caballo entre la nariz y la boca encontró sus gafas. El periódico asomaba debajo de sus zapatos. Miró a su único compañero de vagón, un soldado de permiso, y se sintió desvalido. Detrás de las ventanillas, la tierra aparecía cubierta por un manto azul. Supo que se había abierto una brecha en su conciencia de todos los días, pero luego pensó que seguía soñando y, de perdidos, al río.

—¿Decía usted algo?— se oyó decir.

—Nada; siento haberlo despertado. Estaba pensando en voz alta— se excusó el soldado señalando hacia afuera:

—Son campos de azafrán. Todos los años, justo en este mismo día, se abren casi todas las flores. Lo llamamos el manto de la virgen.

Se sonrió Telesforo de la inocencia del muchacho, pero no le contestó porque ya llegaba el revisor y sí, resultó que se había pasado de estación, y que no había combinación adecuada hasta la tarde.

—¡Toda la mañana perdida! —se sulfuraba— ¡Pero dónde estoy!. ¡¿En el culo del mundo?!

Resultó que no, que era el pueblo del soldado que, amablemente lo invitó a un almuerzo en las eras del azafrán:

—Mi novia está allí. Es cosechadora. Sobre las diez de la mañana almuerza la cuadrilla. Y ya casi son.

Y selló la invitación poniéndole en las manos una bota de vino, de boca generosa:

—Déle con tiento, que aquí lo hacemos con amapola.

(Al día siguiente, por las callejas, las comadres del pueblo murmuraban que el revisor ya le había advertido: «Si se llama Telesforo, no pare por aquí». El soldado lo negaba, pero qué sabría él).

Todo estaba sucediendo a un ritmo vertiginoso. Al soldado, de pronto, parecía que le hubieran puesto una zanahoria delante de la nariz, y ya olía a la novia desde la distancia. Iba a paso de soldado, pero, al final, no pudo contenerse y se puso, francamente, al galope. Telesforo lo seguía a duras penas, con las gafas brincando en la nariz. Con la boca reseca por la carretera y por el polvo del camino, los besitos a la bota se hicieron cada vez más frecuentes y, cuando llegaron a las eras, ya eran verdaderos besos franceses. Sus ojos, en cambio, gafas y todo, se volvieron italianos contemplando los labios de fuego de la muchacha.

—Le presento a mi novia— lo desencantó el soldado.

Bajo un grupo de algarrobos iba reuniéndose la muchachada que afloraba en desbandada de los campos y, para consuelo de Telesforo, todas tenían los labios de fuego. Llegaban sudorosas, oliendo a ellas mismas y a miel. Encorvadas desde las cinco de la madrugada sobre las flores, muchas horas habían cabalgado sobre sus riñones, y venían estirándose, como si quisieran crecer, y adelantando los pechos en un vano desafío.

Muy pronto, como por ensalmo, aparecen las tortillas de patata, las fritadas de conejo, los embutidos, los huevos duros, manos lacradas que aderezan ensaladas, la redonda plenitud del queso y del pan, los «huesos de Santo», una radio que se pone a funcionar, y las risas. Decenas de botas de vino ya hace tiempo que empezaron su andadura, y se cruzan y descruzan, y se vuelven a cruzar.

En uno de esos cruces, Telesforo se olvidó de pensar, y se atrevió a beber el vino que se

escurría por el cuello de su vecina. Como ella se reía, persiguió con la lengua la lágrima de oro por un escote que no retrocedió.

El soldado y su novia, como también otras parejas, ya habían ocupado posiciones entre los matorrales, pero la mayoría de mozas se habían quedado sin pareja, y se daban codazos, secreteando y riendo. Muchas se habían llenado el pelo de flores, y otras tejían coronas de azafrán para los muertos, pero se las ponían en la cabeza y bailaban. Más parecía La Primavera de Botticelli que una estampa de la España profunda.

El cuadro que ofrecía Telesforo no era tan plácido. Tenía la cara roja y el cuello hinchado. Resoplaba como un jabalí.

—Tienes que probar esta miel. Es famosa— sonrió ella. Y mojando el índice se pintó con ella los labios.

—Claro, con tantas flores— farfulló él como pudo.

Con un último destello de inteligencia, Telesforo comprendió que no iba a proseguir esa tarde su viaje. (La ocasión la pintan calva). Y decidió que su jefe no se enfadaría mucho si cambiaba de artículo: «Con esta luz de ámbar, y el colorido de las eras podían salir unas fotos magníficas. Luego le pediría a la paleta de los labios de miel unas cuantas palabras sobre el cultivo; y después todo dependería de cómo le vendiera la cabra al jefe, pero lo que es irse, él no se iba».

Se levantó prístamente, buscando, sin disimulo, un lugar más discreto. (Luego haría las fotos). La mirada se le fue para la era y, con un rescoldo de profesionalidad, buscó ángulos, jugó con la luz y con la sombra, tomando como punto de referencia una silueta pequeña y pardusca, que seguía cosechando, perdida en el oleaje de las flores.

—«Esa es Verónica —le dijo la moza—. Siempre sabe cuando va a llover. Hoy entierran a su hija».

Aunque pudiera parecer extraño, este triste comentario, lejos de aplacarle el ánimo, hizo vibrar el diapasón de su deseo hasta límites para él insospechados. Nunca se sintió tan feliz de estar vivo y radiante de energía como en este Día de los Muertos.

De improviso, como obedeciendo a una señal invisible, la cuadrilla empezó a recoger bártulos y a ponerse en camino, como una extraña y cansina procesión. Incluso desapareció de las eras el bulto gris de Verónica.

—¡Se van todos!— exclamó Telesforo.

—Al cementerio. Es la costumbre. Yo iré después a llevar las flores —sonrió prometedora.

Sin necesidad de ocultarse de ojos ajenos, se transformó definitivamente en fauno, y persiguió a Flora por la enramada.

Cuando, una hora más tarde, Flora se alisó la falda, Telesforo roncaba impúdicamente, y la chica le quitó tranquilamente el billetero. Ya de camino le miró el carnet de identidad, y escupió en su fotografía:

—¡Sabía que eras tú!

Luego se acarició suavemente el vientre:

—Espero que Dios no se lo tenga en cuenta.

Encorvada sobre la era, la mirada gacha, Verónica Montesinos recolectaba flores. Cuarenta años mal cumplidos y ya era vieja. Su figura, enjuta y enlutada, se balanceaba de izquierda a derecha como siguiendo los acordes de una danza antigua, y sus manos, veloces como pájaros, iban apresando, de una en una, las azules flores del azafrán.

La visión de la era, enojada de zafiros, que hubiera hecho temblar de emoción a un pintor (ó a un poeta) no la conmovió. Sabía que se estaba rezagando, y no se atrevía a levantar la vista y comprobar cómo los caballos empenachados de flores azules, azules, azules, se iban persiguiendo por el cielo. No le hacía falta mirar para saber de la espléndida cosecha. Incluso la había anunciado:

—Llovió a cántaros en marzo y abril. ¡Bueno, muy bueno para la flor!

Y allí estaban las flores, a millones. Y ella las iba metiendo en su cesto a cientos, a miles. Muy atrás quedaron aquellos días en que las flores se demoraban en sus manos, como mariposas agonizantes. Hacía ya mucho tiempo que solo eran pesetas. Cada flor una peseta. Al final de la jornada, mil duros. Rápido, rápido, a derecha, a izquierda, adelante, adelante, un caballón entre las piernas, dos más al alcance de los brazos, robando a la era sus tesoros, avanzaban las cosechadoras y, como en la bajamar, la marea azul se retiraba. Parecía un manso mar que va lamiendo las manos que lo achican, pero es una falsa impresión: las plantas se defienden de tan feroz castración azotándolas con el «espartín» que, si fue tórrido el verano, es punzante como las afiladas agujas de los pinos. Pero ésa es su única arma y no es suficiente para detener esas manos magulladas en su tenaz determinación.

Antes de que cantaran los gallos ya estaban las mujeres en el campo. Llegaron con la noche, apretadas en furgones, como reses, y

esperaron, sentadas en la tierra, a que hubiera claridad para moverse. Pasaron sobre la era como una inmensa hoz, pero ya sus movimientos comenzaban a ralentizarse, y algo en el aire anunciaba el fin de la jornada. Era el sol, que despuntaba, como una moneda de oro que escapase de su hucha, e iluminaba aquel mar de flores que, en cuestión de segundos, alcanzó también la gama del ultravioleta y comenzó a clamar en su idioma azul, azul, azul.

Esa fue la señal y, como murciélagos deslumbrados, las cosechadoras se retiran en franca desbandada. Poderosamente armadas, muy superiores en número, temibles «kamikaces», enjambres y enjambres de abejas se han dado cita allí. Son las soberanas de la era, indiscutiblemente.

Pero no, Verónica sigue allí, izquierda, derecha, adelante, los ojos azules como flores (de crecer mirándolas), cinco mil una, cinco mil dos, los riñones de fuego, cinco mil tres, las abejas se apartan a su paso, cinco mil cuatro, siempre había sido así, cinco mil cinco, decían en el pueblo que tenía los ojos como dos flores de azafrán con abejas dentro, cinco mil seis, por eso la llamaban para adelantar la colecta cuando se avecinan tormentas, cinco mil siete.

Al llegar el mediodía empezaron a sangrarle las manos y se buscó el pañuelo, pero, en vez de secarse la sangre, se lo llevó a los ojos y, sentada sobre un caballón, lloró lágrimas de tierra.

«Como se te ocurra morirte no iré a tu entierro, y ya sabes que yo siempre cumplo lo que digo» le había dicho a su hija, pensando que tal atrocidad podría disuadirla. Pero ya no era su hija. Su hija no estaba. Lo supo un día al volver del campo, después de estar todo el día ausente. La encontró sentada, en la misma posición en que la había dejado al partir, el mismo gajo de naranja en las manos, la mirada extraviada, definitivamente, en los entresijos fulgurantes de la fruta.

Ella, por cierto, se alegró mucho cuando su hija regresó al pueblo, aunque fuera con el barrigón. Nunca había estado de acuerdo con su marcha.

—«¡Pero si aquí no te falta de ná!. ¿Pa qué quieres irte a servir?»—. Se acuerda que le dijo.

—«¡Porque estoy harta, si quiero una tortilla, de andar metiéndoles el dedo en el culo a las gallinas, a ver si ya ponen el huevo!. ¡Harta de pasarme el día limpiándoles la mierda a los conejos!»— se encrespaba la chica.

—«¡Animalicos del señor, que no tienen manos pa limpiarse ellos!. Tú, en cambio, te vas a quitar la mierda de gente que tienen un buen par de manos» se indignaba Verónica.

—Por lo menos, es mierda humana— se empecinaba la hija.

—Esa es la peor de todas —murmuró la madre—, mata todo lo que toca.

—¡Además, —terminó la muchacha— no quiero saber nunca más, cuando me coma una paella, que el conejo se llamaba Pepito!.

Y se fue su hija, con lo puesto, 18 años, y un par de buenas manos. Sólo escribió una vez, a Flora: que era muy feliz, que tenía trabajo, y de salud bien. La prima Flora le trajo la carta:

—«Me la ha mandado a mí porque está enfadada, pero es pa usted, tía. ¿Se la leo?».

Todo parecía marchar bien, pero de improviso regresó su hija, sin color en las mejillas.

—«No vengo para quedarme, sólo estaré un tiempo. Él va a venir a buscarme».

Pero nadie vino, y Verónica la vio pasar de la angustia esperanzada (vendrá, mamá, él me quiere; sólo tiene que darse cuenta) a la torpe incredulidad (me decía que era el aire que respiraba) y al mutismo más absoluto (...).

Fue entonces cuando comenzó el calvario, de médico en médico.

—«Mire, doctor, es que no abre la boca ni pa comer».

«Autismo» clamaban unos, «anorexia» aullaban los otros. Extrañas palabrejas. Se las repitieron tanto que hasta se las aprendió. Sonaban como parte de un conjuro, pero no conjuraron nada, y, cuando ya sólo era un pellejo con el vientre hinchado, la llevó donde la Cuca.

—Es cosa del alma. Se la han robado— dijo nada más verla, y añadió:

—Hay que hacer venir al que la robó. Yo puedo llamarlo, pero necesito su nombre. Mientras tanto, hay que mantenerla con vida.

Se acuerda ahora Verónica de las hierbas amigas: unas hojas de salvia en dos dedos de vino, para la melancolía y las penas de amor, la poderosa «rabo de gato», los botones dorados de la «mil-en-rama», «la cola de caballo», el abedul, el fresno, la ulmaria, el humilde hinojo, la parietaria, la rubia manzanilla, el romero... Acabó conociendo todos los montes del lugar.

Mientras tanto, la prima Flora se puso en pesquisas: la de la tienda que le dice que su prima estaba abonada a una única revista. Verónica que la recuerda, antes de que se le per-

diera la mirada, leyendo una y cien veces los mismos artículos, firmados siempre con el mismo nombre. Pero ¿sería ese el NOMBRE?

En la mano la única carta que le escribió, Flora consigue el nº de teléfono de esa dirección, y un contestador automático le chiva que sí, que ése era el NOMBRE. Y la Cuca lo llamó por su nombre.

La prima Flora fue la primera que la sintió llegar. Estaba con las demás mujeres en la «delicada» labor de arrancar a las flores sus hebras de oro, sus antenas de fuego. Otras manos se ocupaban del tueste, que debía ser muy ligero, sólo lo suficiente para asegurar su conservación; no fuera a perder peso, ya de por sí bastante exiguo: toda la cosecha de un campo cabe en una pequeña arquita.

Después de esta segunda y más minuciosa castración, las flores eran desechadas en grandes montones. La prima Flora, que se había tendido a descansar en uno de ellos, jura a quien quiera oírlo que fue entonces cuando sintió llegar el alma de su prima. Cuenta que era translúcida y que «estaba en mil pedazos, como las vidrieras de la iglesia». Se movía como una brisa fresca, le dijo no sé qué palabras al oído. Luego tomó impulso y despegó, llevándose en su vuelo a miles y miles de flores toturadas, que empezaron a volar cual mariposas y crearon un dosel en el aire azul de la tarde.

—Está buscándose— dijo Flora.

No fue difícil seguirle el rastro, que les condujo a una vieja balsa de riego que se dejaron olvidada los árabes. Allí, a flor de agua, la cara de su prima (que nadie hubiera mirado dos veces) era un nenúfar rodeado de azafranes. Estaba bellísima. Era la serpiente marina de Klimt.

De súbito, la bandada de mariposas se estremece. Ya toda el agua está tapizada de ellas, pero las flores siguen y siguen llegando. Hay un desconcierto en el aire y, justo encima de la ahogada (los ojos abiertos mirando el cielo; se diría que ven) empieza a girar un torbellino de flores que se eleva, se eleva, como un tornado.

—¡Hay!. ¡Señor, Señor!. No se lo tomes en cuenta, que no estaba en ella— sentada todavía en el caballón, seguía Verónica llorando lágrimas de tierra.

—¡Si yo misma la hubiera matado, como se remata a un animal malherido. Pero no, ¡qué estoy diciendo!. ¡Antes le hubiera traído a ese novio suyo en una bandeja, con una manzana en la boca!



Llora, sobre todo, porque nunca la entendió, ni siquiera de niña; y la recuerda, con los ojos brillantes y las trenzas despeinadas, haciendo llover miguitas de pan sobre el hormiguero que se esconde bajo los don-pedros.

—Para que no tengan que trabajar tanto — se reía la niña.

—A lo mejor lo llaman maná —y se reía más.

O aquella otra vez, en el tiempo del cólera, cuando un cólico miserere se llevó a su compañera de juegos. «¿Por qué está bajo tierra, mamá?. Allí hace mucho frío y está oscuro». «No llores pequeña, que ya no está allí. Ahora está en el cielo» la consolaba Verónica.

A partir de aquello pasaba más tiempo con su hija, intentando enseñarle sobre las labores del campo. Se acuerda, en especial, de aquella mañana lejana, en medio del tomatar:

—¡Mira, huele, toca, qué hermosos están!. Pero no basta con eso: están verdes. Si queremos ganar algo tenemos que ser los primeros. Y ahora te voy a contar un secreto —decía Verónica, mientras elegía las plantas mayor y mejor surtidas—; y tajando la tierra en círculo a su alrededor, seccionaba buena parte de sus raíces.

—La planta no sabe lo que le pasa, pero se siente morir y aprovechará sus últimas fuerzas para hacerlos madurar. Mañana, a esta misma hora, serán los primeros tomates del mercado — se explayaba la madre.

Al trazar el segundo círculo, el metal tropieza, sorprendido, con el caucho y desentierra, el vestido de princesa hecho harapos y la cabeza decapitada por la herramienta, la muñeca predilecta de la niña.

—Así cuidas de tus juguetes —Verónica iracunda y la niña llorando.

—¡Ay, mamá!. ¡En el cielo no la quieren!.

Se suena ruidosamente con el pañuelo Verónica, y sigue recordando la primera vez que la llevó a ver el azafrán, el calor de su manita (más pequeña que una flor) en su mano de tierra rugosa. Desde la distancia, la niña empezó a palmotear señalando la era:

—¡Mira, mira, mamá, han puesto un espejo muy grande en el suelo, para que el cielo se mire!.

—¿Y por qué no, hija mía, y por qué no?— doblaba sobre sí misma, Verónica Montesinos llora lágrimas de tierra y recuerda, recuerda...

—¡Como se te ocurra morirte, no iré a tu entierro —se acuerda que le dijo. Se levanta como una autómatas y quiere proseguir la recolecta. Izquierda, derecha, adelante, siete mil una, siete mil dos. De pronto se para y, con los brazos en jarras, se dice a sí misma:

—Ni una más. Me voy. Hoy entierran a mi nieto.

Fueron las cosechadoras quienes lo encontraron al día siguiente. Desde lejos parecía un espantapájaros caído en medio de la era. De cerca, hinchado, grande como un buey, las costuras de la ropa reventadas, parecía una escultura de Botero. Una cámara de fotos a medio disparar, y sin documentación. Un turista barato. Nadie lo conocía.

En algunas zonas también la piel había cedido ante tanta desmesura.

—Se le salían los mondongos— decía la tía Felisa.

El médico estaba con una parturienta, y fue el veterinario quien certificó su muerte.

—¿Qué veneno?— quiso saber la policía.

—Muy fuerte. Sólo que no puede detener al asesino— dijo éste.

—Si sabe algo, su deber es decirlo— puntualizó la ley.

—Han sido las abejas— y, al ver la incredulidad en los ojos del poli, añadió el veterinario:

—Las he visto matar a un mulo.

—Pues habrá que ir pensando en enterrarlo, que ya empieza a oler mal. Hemos «mandao» una fotos pero, con la pinta que tiene, no lo reconocería ni su madre— confesó el «madero».

Epílogo

—«¡Menudo cuento!» —dijo el del asiento contiguo— ¿Quién dice que se lo ha contado?. ¡Ah sí!, el viejo guarda-agujas. ¿Qué quiere que le diga?. Yo no me hubiera perdido una visita a las eras por escuchar las trolas de un viejo cuentista.

—Lo que me convenció fue que me dijo: «Si se llama Telesforo y ha hecho algo malo, no parré por aquí».

—¿Qué tiene eso que ver? —dijo la rubia de enfrente, besando ruidosamente a su pekinés.

—Es que yo... me llamo Telesforo, y quién no ha hecho algo malo alguna vez.

—Billetes —pidió el revisor (que se había divertido mucho con la historia, pero que ya estaba bien).

—La cartera, me han quitado la cartera —se queja Telesforo palpándose la chaqueta.

—¡Sí, en la era!. ¡Tío listo!. Si hace más de 15 años que el tren no para por allí. Ahora es un pantano, y el azafrán se lo compramos a los morros. Venga, sea buen chico y pague el billete que en la próxima parada, si quiere, nos tomamos unos chatos.

La equivocación

NARRATIVA Y CUENTOS

por

JOSÉ LUIS BAZÁN LÓPEZ

Decenas de olas, yendo y viniendo, perdidas sobre la epidermis tersa del mar se dejan corroer por un temor trasnochado del viento. La luz cambiante del día, ocasionada por los ocultamientos del sol, apenas modifica la calma del paisaje submarino. Las suaves ondulaciones de las algas, las leves corrientes lodosas, que a veces empañan la visión durante un breve trecho y los brillos anónimos, no consiguen turbar esa espesa paz que parece eterna.

Mientras se deslizaba entre el volumen de agua resplandeciente al ritmo de los suaves aletazos de sus pies, él sentía que de aquella envidiable tranquilidad aparecía el pasado y el presente, convirtiéndolo en el tiempo de una sola inmersión. Volvía a los primeros años de sus escauceos acuáticos con aquellas gafas, de dos cristales, que nunca impedían la entrada del agua y recuperaba también cada uno de los momentos vividos en tantos veranos inolvidables.

Sentía cerca el bulto de su amigo Juan y, aunque hubiesen pasado una docena de años, era como si lo llevase a su lado por primera vez, como cuando eran niños y apenas sabía utilizar el tubo de agua para respirar. Pero había ido creciendo a lo largo de aquella inmersión que unificaba todos los veranos, aprendiendo a sumergirse y a respi-



Ilustración de
Luis Bazán López

rar, y a utilizar el fusil cada vez con mayor destreza.

Hubo una vez, cuando Juan vino de la mili, que le había preocupado su sensiblería. Habían visto un enorme calamar moviéndose sobre una gran roca, con el cortejo de pececillos que aprovechaban los diminutos restos de líquenes y algas que iba levantando su cuerpo al desplazarse. Él se lo señaló y dispuso el fusil, pero Juan le hizo un gesto alarmado, sacó la cabeza y apartó el respirador.

—¿Pasa algo?— había preguntado él.

—¿Vas a matarlo?— dijo Juan con tono implorante.

Sin responder, él se había colocado de nuevo la boquilla del respirador y con una portentosa brazada llegó junto al calamar antes de que el animal se apercibiese de su presencia, fue acercando lo más posible a su cuerpo la punta del fusil, en esos instantes que deciden la suerte del cazador y la de la pieza, y disparó.

No miró los ojos de su amigo hasta que, alzados sobre la cornisa, tras dejar el cuerpo del calamar en una roca plana para admirar lo mágico de su presa.

—Que te entre en la cabeza, somos depredadores, aprovechamos lo bueno de la tierra y lo bueno del mar. Escucha, el hombre siempre ha sido así, así es como ha conseguido sobrevivir y dominar el mundo. Por favor no me vengas con gilipolces.

Juan, hombre de principios muy endeblés, lo había aceptado y acabó disfrutando tanto como él con el acecho a los peces, su persecución, el disparo certero que se une al cuerpo plateado, a su destrucción... Se acostumbró a las desagradables agonías empapadas de sangre que iban transcurriendo tan cerca de la boca, con los peces moribundo enganchados en la cuerda que cuelga del cuello, como un glorioso medallero, mientras se continúa la paciente búsqueda de nuevas piezas.

Una vez más los dos juntos iban merodeando lentamente a lo largo de un saliente rocoso, en un islote solitario, mientras las mujeres les esperaban tumbadas al sol en la proa de la lancha, absortas en una conversación de perezosos murmullos que sólo interrumpían para zambullirse en las cálidas aguas.

Siempre el amigo al lado, el compañero más adecuado para complementar el sentido de la plenitud. Habían atravesado una pradera de algas dormidas y el sol del mediodía re-

fulgía el verdor de las largas hojas donde se cebaban los pececillos. Más allá había un espacio de arena, una zona cristalina donde un cuerpo se iba alejando a un ritmo distinto del habitual y luego una mole de rocas cuya sombra frenaba la claridad submarina con su opaca oscuridad.

Juan le tocó el hombro con un gesto bien ensayado y él volvió la cabeza, observó la señal del índice que indicaba la zona más alejada y luego le vio sacar la cabeza con nerviosismo.

—¿Ocurre algo?— preguntó, tras sacar la cabeza a su vez.

—Por allí —exclamó el amigo— un pez enorme, le he visto sólo un momento.

Prepararon los fusiles y se aproximaron al lugar sigilosamente. Unos alevines, con la imprudente curiosidad de los de su género, permanecían mirando cómo se acercaban. Estaban en el extremo de un pequeño macizo rocoso y era probable que el pez descubierto se hubiera ocultado al otro lado del escollo. Fueron doblando la punta lentamente y él se detuvo y contempló la cavidad que se abría en la parte posterior. Al descubrir la pieza tardó en comprender de que se trataba, era incapaz de asumir lo que estaba viendo.

La sirena estaba boca abajo y escarbaba el fango del fondo con las manos, en una postura muy similar a la de algunas mujeres cuando están fregando. Ya ambos permanecieron asomados, tras la punta de la roca, observando su afán y luego se miraron y retrocedieron al resguardo de la cornisa.

—¿La has visto?— preguntó el amigo, y él le miró a los ojos, temiendo encontrar un reflejo de la sensiblería infantil, pero sólo vio una inmensa y temerosa extrañeza.

—Vamos a observarla —comentó— con mucho cuidado para no espantarla.

Rodearon nuevamente el extremo rocoso. La sirena tendría el tamaño de una moza quinceañera, estaba agachada entre una masa de algas, llevándose algo a la boca con ambas manos. Los dos amigos la contemplaron con lenta cautela. La paz sin tiempo del agua azulada les daba a su visión el aire de un sueño, aunque aquel ser era real. La sirena terminó de comer y continuó con su meticoloso escarbar en la fina arena del fondo. Se fueron aproximando a ella hasta que estuvieron casi encima. En un gesto instintivo, él estiró el brazo apuntándola con su fusil, pero la sirena debió sentir la increíble vibración,

porque volvió el rostro hacia ellos y les miró con sorpresa antes de dar un coletazo y alejarse. Buscó refugio al pie de la masa de rocas, donde se escondió con facilidad.

—Vamos rápido —dijo él y ambos llenaron sus pulmones, doblaron las cinturas y sacudiendo con fuerza las aletas se dirigieron al escondrijo.

La sirena estaba a unos siete metros de profundidad, en una cavidad muy estrecha. Les miraba con la boca abierta, una boca de pez pero con infinitud de dientes muy pequeños. No era tan joven, tenía un pelo lleno de mechones blanquecinos, su cara estaba surcada por viejas arrugas y las manchas de sus manos estaban acordes con la flaccidez de sus pechos.

Volvieron a subir a por aire, se notaba la vibración que producía un momento tan excitante.

—Hay que rodearla —dijo él y el amigo respondió moviendo la cabeza de arriba abajo.

Llegaron en el preciso instante que la sirena empezaba a salirse fuera de su refugio. Él acercó lo más posible el fusil a la parte superior de la espalda y disparó. Juan enseguida clavó el arpón a la altura de la cintura. La sirena intentó retroceder para volver a su refugio. Soltaron los fusiles, que quedaron flotando al extremo de los arpones y se elevaron hacia la superficie para tomar aire, mientras contemplaban el fondo con ansia depreadora. Las nubecillas sanguinolentas se dispersaban en sucesivas emanaciones, atrayendo a una multitud de peces e incluso a una pequeña morena.

—Voy a por ella —dijo Juan y se sumergió mientras sacaba el cuchillo de la vaina. Él bajó también y entre los dos consiguieron

arrancar de su escondite a la sirena agonizante y subirla a la superficie. Dejó de boquear al poco rato, al mismo tiempo que el aire le quitó a su cola el verdoso tornasol que lucía bajo el agua y puso a su piel un tono morado. Muerta la sirena tenía un aspecto muy desagradable.

—Qué hacemos con ella —preguntó Juan.

—Por lo menos nos llevaremos esto —contestó él mientras iba cercenando cuidadosamente la gruesa cola a la altura de las caderas y cortaba los intestinos con certeras cuchilladas. —Lo demás lo esconderemos, porque quién nos iba a creer si le dijésemos que habíamos cazado una sirena.

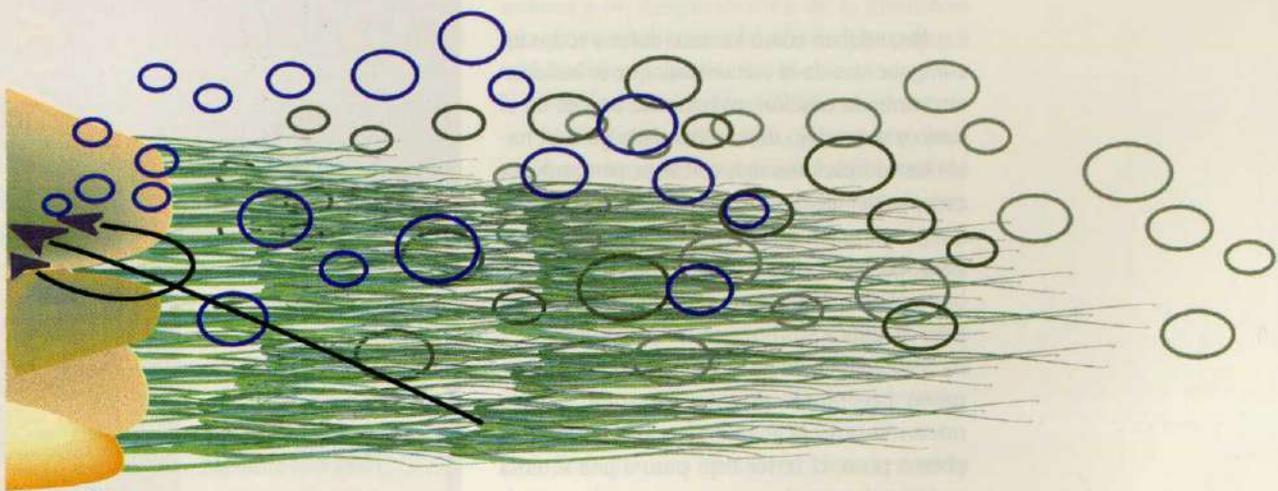
Las mujeres mostraron su admiración ante el tamaño de la cola.

—Tiramos la cabeza porque era muy fea —dijo él entre risas, mientras miraba a su amigo, al que le guiñaba un ojo. Juan sin hablar era testigo de piedra de aquel acontecimiento.

Asaron una de las grandes rodajas en aquella barbacoa americana tan útil que funcionaba a gas y a leña, y comieron. La carne era gris y fina pero sabía un poco a cieno.

Había muchas gaviotas en las rocas, como si esperasen que algo sucediera, y sucedió. Él, que estaba satisfecho de su victoria, en un instante triunfal le empezaron a temblar las manos, su cara adquirió una especie de gesto patético y su cuerpo se quedó flácido.

Al hacerle la autopsia le encontraron un minúsculo tridente que aleteaba graciosamente con agilidad inconcebible dentro del estómago. La venganza sabía a mermelada de algas.



Teresa Gil



Los Mantenedores del Recuerdo del templo consagrado al Sol Viajero recordaban a los devotos, durante las semanas previas al Gran Día, el relato de lo sucedido incontables generaciones atrás.

Recordaban cómo, durante la Noche de la Primera Adoración, una inmensa bola de fuego apareció en el firmamento, apagando en un instante la hasta entonces intensísima claridad que emanaba generosamente de la Triple Diosa de la Oscuridad que, a la sazón, se mostraba en esa fecha en toda su divina plenitud.

Recordaban cómo los sacerdotes y todos los componentes de la comunidad, que se hallaban en arrobada oración, cayeron de bruces en el suelo y se produjo una desbandada general hacia las edificaciones más cercanas, pensando así escapar del castigo del terrible Dios del Calor que, seguramente celoso de la vehemente veneración que recibía su noctámbula esposa, había invadido el dominio temporal de la Diosa para castigar a sus nocturnos adoradores.

Recordaban cómo el presunto destructor se paseó parsimoniosamente cruzando el cielo nocturno por encima de sus cabezas y cómo, poco a poco, el terror dejó paso a una intensa curiosidad general.

Los orígenes

por

PEDRO GRAS CHINCHILLA

NARRATIVA Y CUENTOS

Recordaban como los espíritus de los allí congregados se colmaron de una felicidad extraña que jamás habían conocido.

Recordaban cómo la alegría de La Revelación hizo mella en las reiterativas y fosilizadas creencias de los allí presentes, resquebrajando la dura corteza que envolvía sus anquilosados corazones.

Recordaban, en fin, como aquel acontecimiento cambió la vida de la aldea.

El Sol Viajero descendió sobre una pequeña colina a no mucha distancia de donde ellos se encontraban, en uno de los lados del estrecho valle que al norte del poblado se abría.

Atraídos por la reluciente luz y por la sensación de calor que al acercarse a ella sentían en sus pechos, los presentes, encabezados por el patriarca y los sacerdotes, comenzaron una ansiosa marcha hacia la montaña que les llevó, en poco tiempo, a escasa distancia de la fulgurante luz.

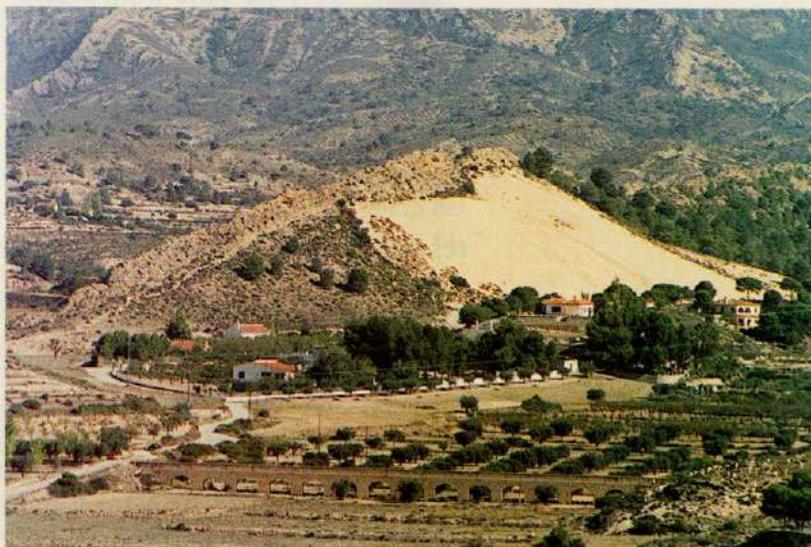
En un momento determinado sintieron que debían parar y así lo hicieron. De la Luz se desprendieron luminosos entes que se acercaron a los allí reunidos y nadie sintió temor...

Durante años los recién llegados convivieron con los aldeanos y la vida del pueblo experimentó un cambio radical. Mejoraron las cosechas. La buena alimentación y las medidas higiénicas instituidas por los Dioses modificaron la calidad de la existencia de la gente del pueblo. La duración de la vida se alargó y los viejos morían dulcemente. El trabajo no se hacía pesado pues producir lo necesario para vivir no era costoso debido a la colaboración y generosidad de todos.

Pero un día, mucho tiempo después, los Dioses Radiantes anunciaron su partida. La gente del pueblo, consternada, les rogó que no se fueran; pero los visitantes insistieron en que ya habían cumplido su misión. Afirmaron que nadie debía acostumbrarse a depender siempre de la ayuda de los demás y que la comunidad necesitaba seguir su propio camino haciendo uso de lo que con ellos habían aprendido.

A pesar de tales argumentos el pueblo seguía aterrorizado por la idea de perder a sus benefactores y éstos, en contra de sus convicciones pero obligados por el pavoroso desamparo que detectaban en sus nuevos amigos, se vieron forzados a dejar una señal que sirviese de recuerdo de su estancia en la aldea y de sus fraternales enseñanzas. De esa manera, la noche de la partida, los Dioses Radiantes reco-

mendaron a la población que permaneciera en la aldea y no se acercasen al Sol Viajero. Así, coincidiendo con la misma fecha de su llegada y cuando más fuerte brillaba en la noche la olvidada Triple Diosa, el Sol Viajero se elevó de la montaña que durante tanto tiempo le había acogido. Desde considerable altura la enorme masa incandescente comenzó a fulgurar intermitentemente con tan creciente intensidad que todos los hombres, mujeres y niños se tuvieron que echar al suelo y ocultar los rostros a los cegadores destellos que parecían querer purificar con su potencia todo el paisaje que abarcaba el horizonte. En un instante aterrador un vivísimo rayo, de suprema luminosidad, partió del Sol Viajero y golpeó con inusitada



violencia y estruendo en la montaña que hacía escasos momentos había abandonado. A continuación la brillantísima esfera pareció esfumarse dejando tras de sí una irisada estela luminosa y un desgarramiento de la atmósfera que provocó un torrencial diluvio que empapó a la desfallecida población que no se atrevió a levantar la cabeza del suelo hasta el amanecer.

Al día siguiente, cuando el pavor les permitió acercarse al lugar donde habían residido sus benefactores, encontraron toda la ladera de la montaña convertida en una fina arena cuyo luminoso color dorado imitaba fielmente el de los cabellos de los amigos perdidos.

Como suele ocurrir, todo lo nuevo se hace viejo y cansa. Con el tiempo se olvidaron las buenas costumbres adquiridas de los generosos visitantes y se volvió a la gris vida anterior. Sólo perduró el supersticioso recuerdo de su poder.

Padecemos desde hace unos años una sequía pertinaz, solo interrumpida de tarde en tarde por trombas de agua y granizo torrenciales. La naturaleza, que se ha visto muy afectada, ha querido mani-

festar sus quejas, por lo que llevamos varias primaveras que las flores con las que esta estación engalana a las plantas o no aparecen o lo hacen muy escasamente, pero nacidas ya mustias y sin perfume, de tal forma que los insectos que se nutren de sus néctares y jugos se ven muy angustiados y sobreviven

con muchísimas dificultades. ¿Qué pasa?, ¿Cómo hemos llegado a ello?, ¿Quién tiene la culpa?. Roto el equilibrio ecológico, ¿Qué desastres nos esperan?, ¿Está en nuestras manos encontrar solución?.



Valero

Efectos de la sequía

por

VICENTE ALARCÓN JUAN

NARRATIVA Y CUENTOS

Soy redactor deportivo y el periódico en el que trabajo, durante casi todo el mes de junio me ha encargado hacer las crónicas diarias de la Vuelta Ciclista a España en su última edición, de modo que me voy a pasar gran parte de la mañana y la tarde siguiendo en helicóptero el desarrollo de la misma. En estos instantes me encontráis inmerso en mi labor para que los aficionados sigan el evento deportivo, posteriormente, a través de mi crónica en el diario. Al recorrido de la etapa, como en la mayoría de las que se han realizado ya, se ha procurado darle dificultades, incluyendo tramos penosos con grandes subidas y bajadas escalofriantes, bordeadas de precipicios que a las velocidades que alcanzan los ciclistas en sus frágiles máquinas deben producirles miedo; pero de lo que no tengo ninguna duda es que a mí sí me lo da cuando los veo desde el helicóptero y, supongo que también a los espectadores que en sus casas la ven por televisión; aunque normalmente hay itinerarios alternativos que conducirían a la meta soslayando dichos escollos con distancias casi rectas y llanas, para darle emoción y dureza las desvían por estas carreteras de tercera o cuarta categoría. Siguiendo la carrera, se distinguen a lo lejos sobre un tramo recto y muy largo a los ciento veinte corredores agrupados, ocupando el principio de la misma casi todo el ancho de la carretera, en un pelotón de unos cien metros de longitud que se va estrechando imperceptiblemente; observado desde lo alto parece «una serpiente multicolor». No soy el primero que la denomina de esa forma, ya alguien, en ediciones pasadas de esta u otras carreras más importantes, creó esta metáfora; posteriormente quedó consagrada como quizás la más llamativa de este deporte. En un momento de inspiración, a mí me sugiere un trozo de sembrado con flores de infinidad de colores imaginables que, mezclados de tal forma, hieren la vista por lo estridentes, chillones y desordenadamente colocados, sin una separación clara entre ellos, unos junto a los otros, incluso superpuestos entre sí. Desde el helicóptero les veo como si se deslizaran rápidamente sobre una corriente de agua, un río ¡Claro un río!. La carretera es como el cauce por el que el agua discurre mansa pero velozmente y sobre ella ese tapiz de flores. El imaginarlo de este modo me pro-

duce una sensación extraña. En este momento mi pensamiento es cortado de raíz porque algo raro sucede en la cola de la carrera: los ciclistas, como si se despertaran, salen disparados hacia la cabeza de la misma. Esto no es normal, lo lógico sería que los que van en cabeza dieran un tirón para tratar de despegarse de los otros, sacar ventaja y tiempo para que los demás no los pudieran seguir, adelantarse y llegar a la meta en un grupito reducido donde uno de ellos, mediante un último esfuerzo supremo, atravesara la cinta de llegada antes que los otros, consiguiendo la victoria. Pero lo que están haciendo no tiene pies ni cabeza ¿Qué ocurre?. Hay que averiguar que pasa. El helicóptero baja lo más posible e intenta situarse detrás de los últimos ciclistas y observa con horror que tras estos y en su persecución va una nube espesa que intenta atraparlos, no sabemos lo que es pero intuimos que algo muy grave está ocurriendo pues observamos que, conforme la nube se dirige a la cabeza del pelotón, la carretera se va poblando de bicicletas y ciclistas entremezclados sobre el asfalto; unas rotas, con ruedas y manillares retorcidos, otras con los pedales y los cuadros abollados y los corredores esparcidos sobre el suelo o sobre los restos de sus bicicletas, ensangrentadas sus caras y sus piernas. Sus espaldas parecen masas sanguinolentas de las que han desaparecido o quedan restos o jirones muy escasos de los colorines tan llamativos con que estaban hechas sus camisetas. La nube, una vez rebasada la cabeza de la carrera, desapareció en un visto y no visto sin que nadie en aquellos momentos de desconcierto pudiera decir por donde... No ha quedado ni un solo ciclista ileso. La carrera por supuesto se suspendió y se tuvo que recoger a la casi totalidad de los deportistas en decenas y decenas de ambulancias, llevándolos a distintos hospitales donde fueron ingresados con heridas muy graves. Algunos habían perdido el conocimiento, otros iban gritando y llorando por unos dolores atroces. Ahí se acabó esa edición de la vuelta, pues se quedó la competición sin gente, y aunque hubieran quedado suficientes, fue una hecatombe y catástrofe tan brutal que en el acto y por unanimidad se suspendió definitivamente la carrera.

Murieron casi la totalidad de los ciclistas entre horribles dolores y sufrimientos, y los que sobrevivieron no pudieron explicar, ni esclarecer suficientemente qué les atacó; fue tan rápido, lacerante e hiriente que no les dio tiempo nada más que para intentar defenderse como fuese de lo que les cayó encima.

Sin embargo los médicos y científicos lograron crear una teoría que seguramente explicaba con certeza qué fue lo que realmente sucedió. Se averiguó que esa nube enorme y amorfa surgió repentinamente de lo alto de un montículo y estaba formada por miles y miles, incluso se supone que por millones de abejas, que al divisar desde lo alto esa mezcla agrupada de tanta diversidad de coloridos, a falta desde hacía varios años de flores llamativas en las plantas en época de floración, creyeron por un error de su memoria genética que los colores de los atuendos de los ciclistas eran flores que como reclamo les ofrecían sus per-

fumes y néctares para su propio alimento, a cambio de que con este favor las abejas completaran en aquellas el ciclo biológico para perpetuar en la naturaleza su especie. Se lanzaron hacia su objetivo como misiles a libar de aquellos supuestos pétalos el néctar y los zumos exquisitos de los que llevaban privadas de disgustar tanto tiempo. Pero al encontrarse con el tejido de las camisetas impregnados de tintes químicos, mezclados con los productos de excreción producidos por los esfuerzos sudorosos de los deportistas y ambos que no sabían, ni oían precisamente a azúcares y rosas; creyéndose engañadas, estafadas y burladas, se indignaron y cogieron tal rabia y cólera que, tomándolos por enemigos acérrimos, en un santiamén asaetearon a agujonazos a los corredores con tanta saña y ferocidad que dejaron sus espaldas como alfileros repletos de agujones que introdujeron sus toxinas y dañinos venenos dentro de los cuerpos de los pobres e inocentes ciclistas.



¿Qué hacen los vivos mientras tanto?

NARRATIVA Y CUENTOS

A Salvador Rueda Sánchez

por

VICENTE BELTRÁ

1.

Ella y yo llevábamos cuatro años junto por aquel entonces. Cuatro años pueden no resultar demasiados para cierto tipo de relaciones, pero en nuestro caso empezaban a pesar como esas peonzas de piedra que los tenderos colgaban de los embutidos para que fueran cediendo poco a poco hacia abajo. Habíamos llegado a la ciudad donde vivíamos, una ciudad grande y espaciosa, con una capacidad de tortura inmensa para los que llegaban de fuera y nada tenían, con el fin de buscar un trabajo estable y duradero. Pero la precariedad de los que íbamos encontrando se encargó de multiplicar por diez la escasa cifra de años que llevábamos juntos.

Por aquel entonces trabajábamos en lo que iba saliendo, sin contratos y por mucho menos dinero del sueldo base, a sabiendas de que si caías enfermo alguien nuevo y más fuerte estaría en tu puesto al día siguiente. El signo de los tiempos. Trabajábamos, y los dos llegába-

mos a casa tan casados, tan sumamente desorientados y asqueados, que apenas cenábamos. Nos sentábamos en el sofá y tan sólo nos tranquilizaba la imagen coloreada del televisor vacía de todo contenido, la mayoría de las veces sin voz, viendo todo tipo de programas sin prestarles atención. «Deberíamos hacer otras cosas...», nos decíamos el uno al otro antes de darnos la vuelta en la cama y mirar cada uno hacia su lado, «... no sé, arreglarnos de vez en cuando y salir a dar una vuelta por ahí». Pero la mayoría de las veces aquellas palabras salían ya cansadas de nuestros labios, bostezaban a nuestro lado y se agazapaban en mitad de la cama a modo de barrera entre ella y yo. Palabras oscuras. Como la idea de ir cambiando los muebles de sitio durante un fin de semana cualquiera o la de visitar a su madre las próximas vacaciones. «Este año iremos a ver a mi madre por Navidades», me dijo ella la primera vez que conseguí un trabajo lo suficiente estable para que me dieran vacaciones, «la pobre se está pudriendo allí sin nadie que vaya a verla». Pero aquellas vacaciones pasaron sin que tan siquiera nos diera tiempo a poner un mísero árbol de Navidad en la entrada.

Un buen día abrieron un bar justo enfrente de casa. Un bar algo tétrico por fuera, triste y gris. Uno de esos bares que sólo sirven para que la gente de los arrabales no tenga que coger el coche entre semana para irse a tomar una copa al centro de la gran ciudad. Un bar de los que abren sin haber limpiado lo que se ensució al obrar, y que con el tiempo acaban cerrando con los mismos lamparones de estuco colgando del techo. Un bar al fin y al cabo, y yo le dije a ella:

—Es increíble. Han abierto un bar justo enfrente de casa. Si te apetece luego podemos bajar a tomarnos algo.

Ella estaba con el pijama ya puesto, viendo la televisión acostada en el sofá.

—Yo no pienso bajar —me contestó tranquilamente, mientras se metía uno de los camales del pijama por dentro del calcetín—. Sabes que no me gustan esa clase de bares. Además, ya llevo puesto el pijama.

—¿A qué clase de bares te refieres?

—Pues a esos bares de barrio. No me gustan, son deprimentes. Ve tú si quieres, yo me quedo viendo la tele un rato.

La televisión estaba encendida, con la voz quitada como casi siempre. Yo cogí las llaves del mueblecito de la entrada donde las guardábamos, para no tener que despertarla cuando vol-

viera. Ella se quedó mirando la televisión desde el sofá, intentando mantenerse despierta al menos hasta que acabaran los anuncios.

En el bar había tres o cuatro clientes hablando con el dueño, y un hombre bebiendo solo al otro lado de la barra. Me puse al lado de los cuatro y le pedí un coñac al dueño. Los hombres estaban preocupados. Por lo visto el que había bebiendo solo estaba borracho como una cuba y no quería irse del bar sin tomar otra copa. El problema era que tras de una copa él pedía otra y luego otra más, y resultaba imposible sacarlo a las buenas del bar. «Tú tranquilo», le decían los hombres al dueño del bar, «que nosotros no nos vamos de aquí hasta que se vaya», pero ninguno de ellos se atrevía a coger al borracho aquel y tirarlo fuera. Uno de los hombres habló de tener paciencia con él, porque lo conocía y sabía que era peligroso, y que acababa de salir de la cárcel precisamente por destrozar un bar y apalear a tres policías locales. «Ahí donde lo veis tiene la fuerza de un toro», les dijo, «y si se pone serio no lo podríamos tirar ni entre todos nosotros». Al decir «todos nosotros» miró hacia mí como intentando mantenerme en el grupo aquel, pero yo apenas le sostuve la mirada. Pagué el coñac y el dueño me dio una caja de cerillas de propaganda. «Es para que se acuerde y vuelva», me dijo, «hoy está esto un poco revuelto, pero normalmente se está muy tranquilo aquí». Yo le conteste que sí, que lo tendría en cuenta, e intenté salir por la puerta sin mirar al borracho aquel.

—Oye —me dijo él cogiéndome del brazo antes de salir—, ¿ya te vas tú también?

—Sí— le contesté yo intentando no ofenderle. Su aliento olía como una alcantarilla podrida.

—Eso es porque alguien te está esperando. Alguien te estará esperando por ahí. ¿Tienes mujer?

—Sí. Bueno, no es mi mujer pero como si lo fuera— le contesté yo sin saber muy bien a qué santo le daba esas explicaciones.

—¿Y eres feliz? —me preguntó tambaleándose—. ¿Eres feliz?

—Sí, más o menos. Soy feliz.

—Yo también —me contestó él escapándosele un eructo agrio de la boca—. Yo también estoy casado y soy feliz...

Ahí fue cuando él me soltó el brazo y me dejó salir, al tiempo que los cuatro hombres de la barra se miraban y el dueño del bar sacaba un palo de madera que tenía justo debajo del mostrador.

2.

Cuando subí a casa volví a verla recostada en el sofá. Las imágenes mudas de la televisión la envolvían con una luz tan irreal que la hacían parecer de mentira. Me pareció que dormía, pero al acercarme me di cuenta de que su pijama se movía con más impetu del que proporciona una simple respiración. Estaba llorando. A veces pasaba. Que al volver yo del trabajo o de comprar cigarrillos en el kiosco la encontraba llorando en el sofá. Se había convertido ya casi en una costumbre, como también las excusas que yo inventaba para consolarla. Siempre le decía lo mismo. Que fuera fuerte y que aguantara, y que ya vería qué pronto nuestra suerte cambiaba y empezáramos a hacer lo que quisiéramos. Ánimo siempre contra el papel cebolla de sus párpados. Me acerqué para animarla y vi que tenía el teléfono en las manos.

—¡Dios mío!, ¡Dios mío! —repetió sin parar cuando me notó cerca—. ¡No puede ser!, ¡no puede ser!

Lo del teléfono me asustó.

—¿Qué pasa? —le dije—, ¿qué es lo que pasa?...

— ¡No es justo!... mi madre... mi madre...

Al cabo de un rato logró decirme que los del geriátrico habían llamado para decirle que su madre había muerto. Así, sin más. Que la habían dejado durmiendo la siesta como cada tarde y que, al ir a despertarla para cenar, la habían encontrado ya fría. Helada. «Dentro de lo que cabe puede usted estar tranquila», me dijo ella que le dijeron, «porque podemos asegurarle que su madre no ha sufrido lo más mínimo». Mientras ella me hablaba yo intenté tranquilizarla. Le dije que fuera fuerte y que aguantara, y que ya vería que pronto las cosas se arreglarían y nuestra suerte empezaría a cambiar. Ella hablaba y hablaba y yo la tranquilizaba como si estuviera hablando con un niño que acaba de romperse un brazo o con alguien que ha perdido las ganas de comer. Le di ánimos como a quien ha perdido un trabajo valioso o se le han quitado las ganas de salir por las noches, mientras ella lloraba y repetía una y otra vez que no era justo. Que no era justo que su madre se hubiera ido de aquella forma. De aquella forma.

3.

A la mañana siguiente nos despertamos sin apenas hablar. La verdad es que no es fácil saber qué decirle a alguien en situaciones así.

Ella tenía los ojos hinchados de tanto llorar y yo le dije «tienes los ojos hinchados», pero no me contestó. No fue una actitud ofensiva la suya, pero lo cierto es que se levantó de la cama y se fue al aseo sin decirme nada acerca de aquellos dos bultos de la cara. Todavía me replicaban en la cabeza sus quejidos de la noche anterior así que no le insistí. Recordé el frío, el espeluznante abrazo que nos dimos al acostarnos y no quise seguir por ahí.

Me levanté y busqué algo oscuro por el armario. Al rato ella llegó del aseo con la cara más limpia, mucho más real que la de aquella misma noche, cuando lo de los lloriqueos y el teléfono aplastado contra su pecho. «No encuentro nada negro», le dije mientras ella empezaba a vestirse, «lo más oscuro que veo es este jersey verde de manga larga». «Da lo mismo», me contestó ella como desde otro planeta, «póntelo si quieres». Sus ojos dieron un repaso al jersey sin apenas mirarlo. El hinchazón de sus párpados parecía lo único real dentro de aquellas cuatro paredes, lo único que parecía dar cuenta de todo lo que había pasado la noche anterior.

Mientras ella acababa de vestirse yo intenté buscar un horario de autobuses por los cajones. Siempre teníamos alguno guardado por si acaso surgía la posibilidad de ir a ver a su madre. También busqué por las chaquetas del armario, pero nada. Luego miré por los pantalones, y en el bolsillo de atrás encontré la caja de cerillas que el dueño del bar me dio aquella noche. «Es para que usted se acuerde», me dijo. Intenté acordarme de ese preciso momento. Del instante exacto en que el dueño del bar me dio aquella caja de cerilla, e intenté pensar qué estaría haciendo la madre de ella en aquel mismo momento. Buscando aquel horario de autobuses sé que pensé que siempre hay un momento, un instante, en que las cosas parecen estar en calma pese a que la rueda de la desgracia las haya puesto ya en movimiento. Un leve, un impreciso y débil soplo de aire antes de que la ventisca se lo lleve todo a nuestro alrededor. ¿Qué andan haciendo los cataclismos antes, mucho antes de que se nos presenten con nombres y apellidos ya sabidos, con caras conocidas y gestos queridos?, sé que pensé entonces, mientras ella terminaba de abrocharse uno de sus zapatos a cientos, a miles de kilómetros de distancia de donde yo estaba.

Hace años, estuve en el interior del desierto del Sáhara trabajando durante tres meses en el servicio de cartografía, en nivelación y relleno de planos, por lo que tuve ocasión y tiempo para hacer amistad con los ascaris que nos acompañaban en plan de vigilancia y protección para que saliéramos ilesos de la aventura de correr en los tres meses más de cuatro mil kilómetros, que dio lugar a que rompiéramos entre mis cinco compañeros y yo unos cien pares de alpargatas, ya que la representación conocida del desierto-arena es mínima si no se anda por encima de las cadenas de dunas que se forman de varios kilómetros de longitud y alturas insospechadas, siendo la real representación del desierto, un paisaje lunar lleno de piedras de distintos tamaños en el que nuestros

Los árboles humanoides

Narración
instructiva

por

SANTIAGO SIERRAS

NARRATIVA Y CUENTOS

tobillos sufrían lo indecible para poder caminar sin lastimarnos o herirnos.

Pues bien, en un momento de esta aventura y cuando ya llevábamos recorridos unos cientos de kilómetros por el interior del desierto con varios días de camino y de trabajo a temperaturas que rebasaban los cincuenta grados por el día y por la noche bajábamos a más de cero grados en nuestro termómetro, coincidimos con una caravana de nómadas, que gobernaba un hombre de anciano aspecto, muy educado y muy sabio, llamado Sultán Azul, con el que nos entrevistamos después de terminar nuestro trabajo pues acamparon cerca de nuestras tiendas de campaña y fuimos invitados a tomar el té con él. Después de las obligadas tres tazas de té, nos pidió que le hablásemos de España, de cómo era, si hermosa con muchos paisajes paradisíacos según el conocimiento de las cosas como le habían contado sus antepasados y también quería conocer cómo eran las ciudades importantes y si aún habían mezquitas en el centro de los pueblos que llamaban a oración.

Entonces tomé la palabra que me cedieron mis compañeros y me permití narrarle cómo era Barcelona, Madrid y Alicante, ciudades que me conocía muy bien por ser catalán de nacimiento, madrileño por adopción y cariño a la capital de España y alicantino de pro por residir en uno de los pueblos más industriales de la provincia, Elda, y tanto le gustó oírme, que al cabo de más de una hora de charla, me preguntó por Sevilla y por Granada y si algo sabía de todos los pueblos que en su tiempo fueron árabes y ahora ya no lo eran. Accedí a sus deseos hablándole de lo que había leído en los libros sobre Granada y su famosa Alhambra, la belleza de sus jardines y fuentes, el canto de las aguas que corren por sus acequias interiores, la maravillosa construcción árabe, con sus paredes y puertas caladas, que eran un sueño que quedó vivo desde la época de dominación árabe, hacía más de quinientos años y que los españoles venerábamos como una de las maravillas del mundo. Le hablé de Sevilla, de su Giralda preciosa, de su mezquita convertida en iglesia por la religión católica, de la torre del oro mirando al río Guadalquivir, cuyo nombre es cien por cien árabe, del gracioso hablar de las gentes andaluzas, del ANDA-LUZ, herencia de un árabe degenerado al castellano, que hacía sentir la vida lle-

na de alegría en el placer de sus conversaciones. Continué contándole la grandiosidad de la mezquita de Córdoba, que fue centro del Islam en la península Ibérica, de la belleza de esta ciudad, la más hija del Islam porque estaba en el corazón de España, sus casas de planta baja, con patios y fuentes, con macetas y flores de los más variados de la vegetación jardinera conocida y le hablé con tanto entusiasmo del nombre de muchos pueblos importantes que habían conservado el nombre árabe, como Beni-dorm, Benimarfull, Beni-sanim, Al-zira, Al-ginet, Benimodo, Al-cudia, Beni-chatel, Al-faz y otros muchos en la mayor parte de las provincias del sudeste de España y Andalucía completa. Le hablé con tanto entusiasmo, que al día siguiente me envió de regalo un dromedario precioso, ya que el regalo por excelencia que los nómadas hacen a sus personas más estimadas es un dromedario joven que no se puede rechazar, pero yo no lo podía aceptar por no poder llevarlo conmigo; a cambio, le pedí un cordero joven para asarlo en la arena esa noche y volvernos a encontrar bajo la hermosa luz de la luna del desierto, que no es como la de Valencia, ni como la de ninguna parte, la luna del desierto es como un sol de plata que se puede tocar con la mano, tan cerca se la ve de la tierra que es como una gran lámpara de una sola y grandiosa bombilla que ilumina con claridad increíble el gran desierto, dando la impresión de estar en un salón monumental y maravilloso de la naturaleza.

No hubo nada que objetar, me dio el cordero con su mayor placer y satisfacción y esa misma noche, entre moros y nuestro cocinero, lo mataron y lo asaron a la arena; resultó delicioso y al finalizar la cena tomamos el correspondiente té, sus tres tazas de rigor y mientras los árabes se fumaban una pipa de hachís, le pedí a aquel anciano de blanca barba y piel curtida por el sol y la arena del desierto del Sáhara llamado Sultán Azul que me contara alguna historia recibida por sus antepasados, algo que fuese verdad y que pareciese una fantasía, pues como yo había leído las mil y una noches estaba seguro de que los hombres de su edad y de su saber, tenían que tener memorias muy interesantes de sus antepasados.

Entonces Sultán Azul dijo que iba a contarme la historia de «Los árboles humanoides», que dice así:

En los tiempos en que el desierto era un vergel porque las grandes sequías no existían y la abundancia de toda clase de árboles se había adueñado de las grandes extensiones, formando selvas y más selvas, en las que vivían toda clase de animales salvajes que bebían un agua cristalina que corría a través de surcos más o menos profundos, formando pequeños cauces que al unirse se transformaban en amplios y profundos ríos, llenos de los más vistosos peces de cuantas especies se conocen y el riego era natural porque llovía con bastante frecuencia y en una zona de aquel paraíso terrenal, gobernaba un antepasado mío, llamado como yo, Ben Ali Sultán Azul, que era un hombre muy astuto y muy sabio y le dedicaba tanto cariño a su pueblo, y con tanta educación, que todos le obedecían ciegamente.

Se vivía de la caza y de la pesca y de los frutos naturales que daban los árboles, gozando así de un bienestar increíble, pero siempre existe algo que no encaja dentro de la felicidad completa y el problema que tenían se debía a que no conseguían enterrar a sus muertos en sitios altos y soleados, donde disfrutasen de una buena luz a la hora de salir sus espíritus de las tumbas para comer la abundante comida que cada día desposataban sus deudos, pues la vegetación era tan abundante y espesa en unas llanuras tan inmensamente grandes y cerradas por la arboleda a la luz del sol, que les resultaba difícil enterrar a sus muertos de cara a la Meca, la ciudad santa por excelencia de los mahometanos, islámicos y árabes, jamás entra en el reinado de Alá, paraíso y edén, donde están las huris danzando y donde hay tanta abundancia de comida, que jamás se puede acabar.

Así que, aquel pueblo tan feliz, le pedía a mi antepasado Ben Ali Sultán Azul, que resolviera el problema con su sabiduría, creando una montaña artificial, que sobresaliera por encima de la vegetación y poder allí enterrar sus muertos bajo el sol y la luna, mirando a la Meca para que tuviesen entrada en el edén paradisiaco con Alá y fueran felices eternamente.

El problema era muy peliagudo, porque habría que talar miles de árboles y mover grandes cantidades de tierra y piedras para levantar una montaña o varias montañas para que cada cual pudiera hacer sus enterramientos donde mejor les viniese. Se reti-

ró a meditar mi antepasado Ben Ali Sultán Azul, pidiendo a Alá que lo iluminase para ser justo con su pueblo y con la naturaleza a la que tanto amaba y respetaba, pero el problema seguía patente y cada vez que había que enterrar un nuevo muerto, volvía el problema, pues los enterramientos se hacían en el suelo húmedo de la selva y no les llegaba la luz del sol y aunque gozaban de abundante comida y tenían todos sus enseres y armas a la mano para luchar y defenderse de las alimañas, no podían hacerlo porque en la oscuridad del bosque éstas son dueñas y señoras de los espacios y una noche, una hiena, socavó varias tumbas para comerse las vísceras de sus ocupantes y esto irritó al pueblo en general por lo que la voz se corrió inmediatamente de que las tumbas habían sido profanadas por las hienas, que son la misma representación del diablo y por lo mismo estos difuntos profanados, perdían sus espíritus e iban a un infierno maldito.

De ahí la continua lucha del pueblo llano pidiendo montañas artificiales pues los enviados del demonio, como las hienas y todos los animales carroñeros, no acuden a los sitios altos, abiertos a la luz del sol o a la de luna de plata del desierto porque temen ser descubiertos y huyen rápidamente ante el temor de ser abatidos por los cazadores.

Mi antepasado Ben Ali Sultán Azul, no estaba dispuesto realizar las talas para crear espacios para las montañas y pedía constantemente a Alá, que lo iluminase en la solución del problema, que tan en tensión tenía a su pueblo sin destrozar parte de la naturaleza y de sus tierras, y precisamente cuando estaba en estas meditaciones, le avisaron que había fallecido la esposa de un buen amigo suyo, muy querido también por el pueblo por su generosidad y comportamiento educado; cuando iba a la casa de su amigo, mi antepasado Ben Ali Sultán Azul, recibió la gracia del todopoderoso y caminando buscó entre la maraña de plantas y árboles un pequeño claro y cavó la tierra con una profundidad suficiente para poder enterrar en él un cuerpo de pie, y dejó marcada la dirección a la Meca, y se fue a casa del amigo a llorar con él tan sensible pérdida y habló a su amigo de la inspiración que había recibido de Alá y que quería que él fuese el primero en llevarlo a la práctica para que todos los demás vecinos del pueblo

árabe-islamita recibieran el ejemplo y la seguridad de que sus muertos jamás serían profanados y a la vez tendrían vida propia: Aceptó el amigo la proposición y fue todo el pueblo a conocer que es lo que iba a hacer mi antecesor Ben Ali Sultán Azul para contentarlos.

Pidió a su amigo que depositasen el cadáver de su esposa de pie en el hoyo que había hecho personalmente y cuando lo hicieron, dejándola mirando a la Meca, empezó a taparla con tierra, como un enterramiento normal, pero que en vez de estar el muerto tumbado, mirando al cielo, estaba de pie mirando a la Meca y encima de él, iba a plantar un abeto, que se transformaba desde ese momento en un árbol humanoide, pues recuperaba el nombre del difunto, en este caso primero, de la difunta, porque iba a recibir la sabia del muerto, su abono sería el mismo muerto y conforme fuese creciendo se acercaría cada vez más al sol y en su copa que sería la del difunto, recibiría también los rayos de la luna de plata y ningún animal carroñero se atrevería con él porque no podrían en ningún momento levantar el árbol para poder comerse sus vísceras y llevarse el espíritu al infierno. También los familiares podrán llamar al árbol por su nombre y llenar sus ramas de guirnaldas en los aniversarios o fiestas, con el nombre del difunto que lo había abonado con su cuerpo, de modo que todas las familias, aceptaron esta innovación y cada una fue eligiendo el sitio que más les gustaba para acotarlo en propiedad y hacer el hoyo correspondiente para enterrar a su posible muerto en cada época del año.

De esta manera, se fue llenado África de árboles con el abono de las personas desaparecidas a la vida, que creciendo a través de los años pasaron a ser grandes árboles y en muchos sitios al paso de las generaciones, no conocen los cementerios tan tristes, silenciosos y llenos de misterio, de ramos y coronas apestosas que duran cuatro días y se pierden en la basura de cada cementerio, bien podrían todas las naciones del mundo tomar buena nota de esta cultura y enterrar a sus muertos de pie, mirando a la Meca, a San Pedro de Roma y a todos los centros espirituales de las distintas religiones del mundo, porque hay que ver lo bonito que sería que una madre que ha perdido a su hijo lo enterrara en el jardín de su casa, plan-



①

tase un árbol en su cabeza y lo llamase con el nombre del hijo, del marido, de la sobrina o de los padres y hablarles con frecuencia todos los días, darles los buenos días y las buenas noches, regarlos y cuidarlos como lo que son, árboles humanoides.

Todos tendríamos nuestros árboles y procuraríamos estar en contacto con el mejor vivero de árboles buenos y bonitos para comprar el mejor árbol, cuidarlo como lo que es, una cosa íntima nuestra, la reencarnación de nuestros queridos familiares desaparecidos, transformados por la gracia de Alá, en «árboles humanoides».

Así, desde 1914 hasta nuestros días, en que ha sido una continuidad de guerras mundiales, civiles y de otros tipos políticos y militares, en que han perecido más de doscientos millones de personas, tendríamos la ventaja de haber levantado en la tierra otros tantos millones de árboles, que a la vez que sirvieran para mejorar la fauna y la flora, nos recordarían los odios habidos y las veces que los hombres se han enfrentado en luchas fratricidas que sólo han servido para destruir el planeta y eliminar lo mejor de nuestra juventud.

①

«Chivani», familia del Sultán Azul.

uando contemplo con detenimiento el mar cercano, el cielo enigmático, ambos con su espléndida grandeza y las montañas que nos envían sus callados mensajes, me emociona tan interesante espectáculo.

Me siento orgullosa del conjunto que forma todo ello, este rincón que es nuestro querido valle. Sin duda, para mí, es el lugar mejor que han designado para desarrollar esta complicada existencia. En las obras de la naturaleza se confirma la magia de la mano de Dios. Entonces me digo: aunque difícil, ¡qué bonito es vivir!. Cuesta trabajo encontrar la forma correcta de caminar por esta vida. El globo que habitamos, de apariencia tranquila, no es un dechado de concordia. Para hallar felicidad hay miles de tropezos, aunque también hay ratos de dicha. Se precisa una técnica especial que se halla, dando

Nuestro corto camino

Primer premio en el concurso de relatos cortos organizado por las Aulas de la 3ª Edad.

por

CARMEN GUARINOS MAESTRE

NARRATIVA Y CUENTOS

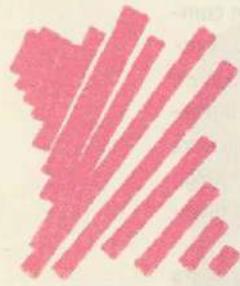
a nuestros pasos calma y paciencia para soslayar sus muchos escollos. Es un espacio tan limitado el número de días que nos corresponden vivir, que hay que darse prisa para sacar partido a los puntos favorables, nuestros buenos sentimientos: familia, amor, amistad,... Ya que es obvio, que los bienes materiales no nos pertenecen, puesto que al «marcharte», lo dejas todo aquí, tratemos de conseguir con nuestras buenas acciones dejar un recuerdo grato. Los afectos que han pesado tanto en nuestro corazón tampoco es posible llevarlos, así que agotémoslos de buena manera en este mundo. No importa que hayas inspirado cantidad de cariño o que tu ames con intensidad, en el «gran viaje» no se admiten equipajes.

Observad, lo extraño de esta corta vida. Cuando llegamos a ella lo lógico sería mostrarnos alegres, casi con estruendosas carcajadas, pero no; cuando dejamos el seno materno, nuestra primera manifestación no es de gozo, salimos malhumorados... De inmediato si no reaccionas, te propinan unos golpecitos en la espalda muy significativos. Nos quieren decir que necesitamos aprendizaje para llorar. El llanto es nuestro primer grito de guerra. ¿Habrá dato más elocuente para hacernos comprender que acabamos de entrar en un valle de lágrimas?. También hay otra razón muy comprensible, nos da pena dejar el rincón más bello y cómodo que disfrutamos. Este lugar al que hemos venido, mitad paraíso mitad infierno, que se llama Tierra, lo encontramos algo confuso. Pensamos de nuevo: ¿cómo será el comienzo de nuestra existencia? ¿Quizá intuimos al entrar en este estrafalario mundo, que la estancia aquí es de cierta envergadura, y vivir nos da un poco de miedo?. Estas son mis apreciaciones sobre el tema y mis tremendas dudas.

En mi opinión, puede compararse la vida, con un espacioso escenario, al que eres invitado para representar todo lo bueno y malo que contengan tus días. A veces son verdaderas comedias que llegan a parecerte paraísos soñados. Otros ratos, te obligan las circunstancias a que tus actuaciones sean auténticas tragedias que te hacen perder la sonrisa, pero tienes que aguantar estoicamente, pues así lo ordena la tiranía de esta fuerza: ¡Vivir!. Como en el teatro, para todo esto, existen aplausos y abucheos, pero hay que seguir la línea que nos dicta el corazón compendio de nuestras alegrías y desdichas. Aunque no somos nosotros los que decretamos nuestro destino, obrando rectamente, es posible que ganemos la partida a las adversidades.

Haciendo alarde de fantasía, también comparo nuestra vida con el juego de ajedrez. Existen jugadas mágicas: unas premeditadas en extremo y otras hechas con demasiado ligereza. Acaban agotados los jugadores, y gana uno, por eliminación de figuras y término del juego con la frase «jaque mate», que equivale a nuestro final.

Pasemos página, y con optimismo, para que sean un poco más alegres mis conceptos sobre el tema, mirado o escrito en un día de moral baja. Hagamos relación de lo que, aunque pasó, fue bueno. Ser niño, fue tiempo de alegrías; sus ratos de inocencia y candor contienen una reconocida belleza. Más tarde, la adolescencia, que encierra misterios y descubre sensaciones en nuestro ser: esta época de nuestra vida es la inolvidable... Después llegar a adultos ¿qué triunfo!, una meta llena de problemas pero interesante. Empiezas a ser el protagonista de tus acontecimientos. Creas con decisión tu entorno con ilusiones y realidades, y errores que ni lamentas, porque cada día es un nuevo despertar, un inesperado amanecer... Más tarde subimos el último peldaño de la larga escalera, más difícil todavía. Llegamos casi sin darnos cuenta a MAYORES. Es una categoría que adquirimos a base de experiencia, que se empaña a veces. La carrera es descendente, y hay que estar alerta para no caer en depresiones. Si en este camino de niebla, encuentras un bello refugio, has dado con la solución a tu problema. Para creernos un poco niños otra vez, venimos a Las Aulas. Han vuelto a interesarnos muchas materias que teníamos olvidadas. Asistimos a clase con ilusión, y aprendiendo, olvidamos nuestras contrariedades y hasta casi no recordamos alguna que otra dolencia física. ¿A que en verdad, en el rato de estancia en Las Aulas olvidamos el tiempo que pasó por nuestras vidas?. A la vez estamos orgullosos de conocer otros temas recién estrenados que nos ponen al día, ¿qué más queremos?. Matar el tiempo es nuestro objetivo, y lo hemos conseguido, y lo hemos conseguido de la manera más digna. La mente se atrofia, se enmohece de no usarla, pero nosotros conseguimos que esto no ocurra. Pensar, es el mejor deporte para no quedar atrás y las horas que pasamos reunidos instruyéndonos nos proporcionan alegría e ilusión. Es el mejor regalo que nos han podido hacer para seguir viviendo las turbulentas horas que tenemos que permanecer, en este mundo de ilimitadas sorpresas.



JUAN HERNANDEZ

C U R T I D O S

Teléfono 539 82 87
Fax 539 83 59

Hilarión Eslava, 10
ELDA

Flor de Lis

Confitería



**la casa
de las tartas**



ELDA
R. S. TORREDA
Pedro Herrans

Juan Carlos I, 30 • Telf. 538 37 00 • ELDA

Cafetín



Plaza Mayor • Telf. 538 73 05 • ELDA

Dos establecimientos a su servicio



COSTA BLANCA CASAS
PROMOTORES INMOBILIARIOS
PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 6. 03600 ELDA. ALICANTE
TEL.: 96 5398181. FAX: 96 5398669



RADIO ELDA

F.M. 90.2

SERZ

F.M.
100.5 PUNTO
Radio Valle



Rincón de Ochoa



Plaza Mayor, 7
Teléfono 538 06 03

ELDA



**FABRICACIÓN DE
LUMINOSOS**

METACRILATO

NEÓN

**ROTULACIÓN POR
ORDENADOR**

**RÓTULOS
ELECTRÓNICOS**

Dr. Castroviejo, 11 • Teléfono: 539 68 36 • ELDA

RADIO
107.7
VIVIR

ELDA

DAMOS DE QUÉ HABLAR

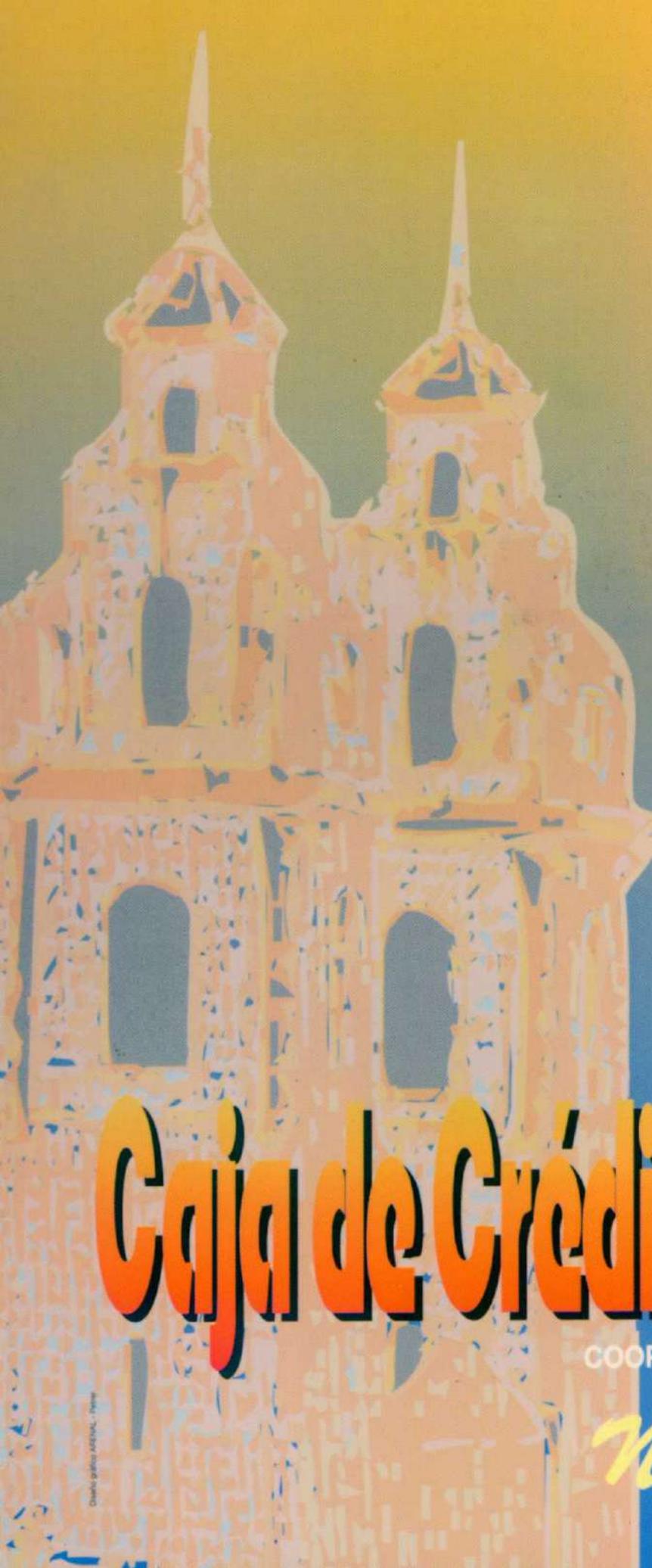
1998

UNA PROGRAMACION DE RADIO
QUE SE SALE



VICENTE ESTEBAN

FOTOGRAFO



Caja de Crédito de Petrel

COOPERATIVA DE CREDITO VALENCIANA

Nacimos aquí